

P. Flaviano Amatulli Valente, fmap

**Charlas
de sobremesa
ENTRE CURAS**

Apóstoles de la Palabra
— México 2008 —
www.padreamatulli.net

Indispensable para toda
BIBLIOTECA FAMILIAR CATÓLICA

Diseño y edición de interiores

P.D. Jorge Luis Zarazúa Campa, fmap

Renato Leduc 231

Col. Toriello Guerra Tlalpan

14050 México, D.F:

Tel. (01 55) 5665 5379 * Fax: (01 55 5665 4793)

jorgeluiszarazua@prodigy.net.mx

<http://zarazuacampa.blogspot.com>

Diseño de Portada:

Efraín Bragado del Ángel

efrainb_angel@yahoo.com.mx

Ediciones Apóstoles de la Palabra

EN MÉXICO

Melchor Ocampo 20

Col. Jacarandas, Iztapalapa

09280 México, DF

Telfax: 01/55/5642.9584

Telfax: 01/55/5693.5013

Nuestra dirección en Internet:

<http://www.padreamatulli.net>

E-Mail: apostle@prodigy.net.mx

Ventas e informes:

edicionesapostoles@hotmail.com

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Introducción a la I Edición

¿Qué sabes acerca de los curas? ¿Has convivido algún tiempo con alguno de ellos? ¿Qué sabes acerca de su manera de pensar y vivir? En realidad, para muchos los curas son un misterio. Según su ideología, algunos los satanizan, otros los idolatran y otros los miran con curiosidad como bichos raros, últimos ejemplares de una especie en extinción.

Ahora bien, a ti ¿te interesa conocer de veras algunos curas de carne y hueso, así como son, sin máscaras ni maquillaje, con sus ideales, sus angustias, sus logros y fracasos? Lee este folleto y quedarás satisfecho. Por lo menos así lo espero, aunque a veces me viene cierta duda acerca del efecto que este descubrimiento puede causar en ciertas almas demasiado piadosas.

Posiblemente la lectura de este folleto dejará en tu boca un cierto sabor agridulce. Bueno. La realidad no es siempre como uno se la imagina. Además, lo que aquí se relata no refleja toda la realidad, sino solamente una parte muy pequeña, a manera de muestra.

“Algo es algo”, dijo un calvo. Por algo se empieza. Ojalá que esto sirva de estímulo para que

otros se decidan a relatar otros fragmentos, rincones o facetas de este mundo tan real y controvertido, que es la vida de los curas.

Quién quita que todo esto ayude a superar el actual bache en que se encuentra este tipo de vida, mucha veces hecha de rutina, aislamiento y un montón de incomprensiones. Que desde la base se empiece a vislumbrar un nuevo modelo de cura, que pueda enfrentar con éxito los nuevos retos, que cada día se le van presentando.

¿Utopía? Así empiezan siempre los cambios en la sociedad y en la Iglesia, con una intuición, que se vuelve en una utopía, que poco a poco va fascinando y contagiando a más gente, hasta que no se vuelva realidad.

Es lo que espero mediante estas “Charlas”.

México, D. F., a 17 de septiembre de 2004.

P. Flaviano Amatulli Valente, fmap.

Introducción a la II Edición

Es un hecho que hoy más que nunca todos tenemos una urgente necesidad de charlar, hasta los curas. ¿Cuándo? Por lo menos, durante y después de tomar los alimentos. ¿Y la televisión? Ni modo. Hay que escoger: ver la televisión o charlar. ¿Con quién? Para los curas el asunto se hace siempre más complicado: ¿con la mamá? ¿la hermana? ¿la cocinera? ¿el sacristán? Toda gente, que tiene preocupaciones muy diferentes de las del Señor Cura. ¿De qué hablar? De muchas cosas.

Sencillamente desahogarse. No se puede vivir escuchando continuamente a los demás y dando consejos, orientando o animando. También el Señor Cura es un ser humano, que necesita compartir con alguien lo que trae dentro. O se vuelve en una olla express, que en cualquier momento puede explotar. Además, en un mundo tan cambiante y problemático como el nuestro, también el Señor Cura siente la necesidad de confrontar sus ideas y opiniones con gente que comparte su misma cultura, las mismas inquietudes y el mismo estilo de vida.

Pues bien, en este folleto “Charlas de Sobremesa entre Curas” se refleja esta preocupación. Curas que

charlan, se desahogan, sueñan y se pelean entre sí. ¿Que se pelean? Claro, se pelean por el Reino de Dios, no por banalidades, como hace el común de los mortales. Y luchan por crear un nuevo estilo de vida en el mismo clero y en la Iglesia. Sueño y realidad, realidad y sueño. Utopía. Claro, utopía. O la vida se hace demasiado monótona y sin sentido. Como pasa con la sal y el chile en la sopa. Todo con medida.

Algunas de estas “Charlas” ya salieron en el boletín “Iglesia y Sectas”. Su éxito hace pensar en la buena acogida que tendrá este folleto, tan sencillo y al mismo tiempo tan cuestionante para todo católico comprometido con el presente y el futuro de la Iglesia. Para aprovecharlo, hay que leerlo una y otra vez. No digo que hay que leerlo pausadamente. Es tanto el interés que despierta que uno no se resiste a la tentación querer saber de una vez “cómo va a acabar”. Precisamente como pasa con los cuentos.

Así que... adelante con su lectura. Que la puedas disfrutar plenamente. Y si se te ocurre tomar parte en la conversación, aviéntate. No te dejes sugestionar por tratarse de curas. De eso se trata.

Catania (Italia), a 28 de septiembre de 2006.

P. Flaviano Amatulli Valente, fmap.

No es bueno que el hombre esté solo

18 de diciembre de 2002. Son las seis de la mañana. Apenas llego a la parroquia, regresando de un congreso, cuando un seminarista me entrega un recado: “El Sr. Arzobispo lo quiere ver con urgencia. Comuníquese inmediatamente con Él”. ¿Qué hago? ¿Le llamo de inmediato o espero para más tarde? Decido darme una buena ducha, mientras hago un buen examen de conciencia.

— ¿Qué quiere el Sr. Arzobispo? ¿Por qué tanta prisa? ¿No le habrán llevado algún chisme con relación a la conferencia que impartí el otro día en el Seminario Mayor, donde me preguntaron acerca de mis “sueños”? ¿O más bien se tratará de algo relacionado con la última entrevista televisiva sobre el caso de Gloria Trevi y sus implicaciones con el satanismo? Realmente no sé qué pensar. Hay momentos en que me siento realmente angustiado.

— Tal vez será mejor aprender a cerrar el pico, como hacen tantos otros colegas. Ultimadamente ¿quién me obliga a meterme en tantos líos sin ser invitado? Claro, hay que ser profetas, no hay que ser cobarde, hay que hablar al momento oportuno... Pero ¿por qué yo y siempre yo? Y después vienen los cocolazos.

Mientras tanto me baño, celebro la misa de horario, desayuno y llamo al arzobispado. Efectivamente me espera el Sr. Arzobispo con carácter de urgencia.

— A las nueve en punto —aclara el secretario canciller—. No vaya a suceder como el otro día, cuando llegó una hora más tarde con el pretexto del tráfico o del pleito que tuvo con el policía. Ya sabe como es el Sr. Arzobispo. Puntualidad extrema, especialmente cuando se trata de asuntos muy importantes y urgentes.

— Disculpe la indiscreción, señor secretario —me atrevo a preguntar—. ¿Se puede saber de qué se trata? Me extraña tanta premura— ¿Qué pasó? Apenas llego de un largo viaje y ¡ya me quiere ver el Sr. Arzobispo!

— Top Secret. Aquí en la Curia todos nos hacemos la misma pregunta y nadie se puede imaginar la respuesta. Lo único que sabemos es que el Sr. Arzobispo está muy ansioso por verlo. Se ve que se trata de algo realmente importante.

— ¿Algún nombramiento?

— Quien sabe.

Más me pica la curiosidad.

— Sin duda —arguyo— no se trata de un regaño o cosas por el estilo. En este caso, yo hubiera sido el último en saberlo. Si el mismo secretario canciller no sabe nada, se ve que se trata de otra clase de asuntos, ahora sí “Top Secret”.

Tomo un taxi y me dirijo volado hacia la Curia.

— ¿No se tratará del nombramiento del nuevo obispo auxiliar? —sigo pensando durante el camino—. Sí, se trata de esto, como pasó la otra vez. Bueno, en este caso no entiendo el motivo de tanta prisa.

No obstante la dificultad del tráfico, llego a la Curia cinco minutos antes de las nueve. Me siento asfixiado. “Por lo menos —pienso— me evitaré una regañada. En estos casos, es mejor empezar con ventaja, llegando a la cita antes de lo establecido”.

Mientras saludo al secretario canciller y éste me acompaña al despacho del Sr. Arzobispo, pasan tres minutos. “Bueno, aún traigo ventaja” —pienso—. Llegan las nueve, nueve y cinco, nueve y cuarto y por fin llega el Sr. Arzobispo.

— Disculpe, padre, por el atraso —empieza el Sr. Arzobispo—. Es que tuve que contestar una llamada telefónica del Sr. Nuncio Apostólico. No siempre se puede ser puntual, como uno quisiera. Y entra en el asunto: — ¿Se acuerda de su última intervención en el consejo presbiteral? Le confieso que su fundamentalismo bíblico me dejó bastante desconcertado: “No es bueno que el hombre esté solo” (Gén 2, 18). Como siempre, los demás se rieron y se les olvidó todo. A mí no pasó lo mismo, después del primer momento de desconcierto y el primer impulso de franco rechazo. (¿Se acuerda de la regañada que le di?), empecé a reflexionar y atar cabos, cosa que algún tiempo me sucede muy seguido. Según lo que leí en un libro, posiblemente se trata de un problema de temperamento.

Y empieza a hacer memoria de lo que en distintas ocasiones, desde hace algunos años, he ido machacando acerca de la importancia de la vida en común también para el clero diocesano.

— Efectivamente —prosigue el Sr. Arzobispo— “No es bueno que el hombre esté solo” (Gén 2, 18). Si hasta Dios tiene vida comunitaria (el misterio de la Trinidad), ¡imagínese si nosotros, sus ministros, podemos vivir aisladamente!

— Claro que cada quien puede vivir por su cuenta, —me permito interrumpir—, pero ¿a qué precio? No sé si su excelencia se enteró del caso de la arquidiócesis de Boston, USA, muy sonado en estos días.

— Claro que me enteré. Aunque se trate de casos aislados, que tienen poco que ver con nuestra realidad...

— De todos modos —vuelvo a insistir— la raíz es siempre la misma: el aislamiento de los curas, su soledad y su falta de apoyo mutuo. Vamos a lo mismo: “No es bueno que el hombre esté solo” (Gén 2, 18).

— Claro, claro —sigue el Sr. Arzobispo—. La soledad es una mala consejera. De la soledad viene el desaliento con la pérdida de todo ideal.

— Y cuando hay vacío, con algo hay que llenarlo: honores, poder, dinero y sexo. Un verdadero desastre para todos, pero de una manera especial para la gente consagrada a Dios.

— Le doy gracias a Dios que estos casos entre nosotros son muy contados. De todos modos, —sigue el Sr. Arzobispo muy preocupado— No hay que esperar que la llaga se vuelva una gangrena para intervenir. Mejor prevenir que lamentar.

— ¿Y cuál sería el remedio? —pregunto.

— La vida en común. Por eso lo mandé a llamar.

Durante una hora abundante el Sr. Arzobispo me habla de la extrema urgencia de inventar algo dentro de la Iglesia para resolver el problema de la soledad en el clero diocesano, citando pasajes bíblicos, documentos pontificios y la opinión de teólogos y pastoralistas de renombre.

— Como usted ha repetido en distintas ocasiones —concluye el Sr. Arzobispo—, es urgente “reinventar la

Iglesia” en muchos aspectos. Claro, no me gusta esta expresión, que se puede prestar a muchas interpretaciones equivocadas.

De todos modos, dándole el sentido que usted le da, la veo totalmente correcta. Hay muchas cosas que renovar en la Iglesia. Solamente así podremos pensar seriamente en una “nueva” evangelización.

— Bueno —me atrevo a preguntar—, ¿qué habría que hacer en concreto?

— Esto dependerá de usted, de su capacidad de inventar cosas... Por ejemplo, se podría empezar con una comunidad piloto en la casa, que me acaban de entregar, por falta de vocaciones, las Hermanas de la Divina Paciencia.

Esbozo una sonrisa, sin que el Sr. Arzobispo se dé cuenta. En realidad, por motivo de la edad (70 años rebasados) de vez en cuando se le escapa algún lapsus de este tipo. Le pregunto:

— ¿Quiénes formarían parte de esta comunidad?
¿Todo el que quisiera?

— No en absoluto. Solamente gente escogida formaría parte de la comunidad, como por ejemplo, el P. Nacho, párroco de Santa Rosalía, el P. Rodolfo, profesor en el seminario, y el P. Juan, Promotor Vocacional; más dos seminaristas en los que veo buena madera de líderes. ¿Qué le parece, P. José?

— Perfecto. Yo me aviento. Y ¿quién sería el superior o coordinador del centro?

— Director —aclara el Sr. Arzobispo— Pues... ¿quién más? Usted, ya sabe cómo lo estimo y confío en su capacidad de discernimiento. Quiero que formen una verdadera comunidad, con espíritu realmente apostólico,

totalmente apegados a las normas de la Iglesia y completamente abiertos y entregados a “reinventar la Iglesia”. Hablen, discutan, opinen... siempre con caridad y espíritu de fe. Quiero que formen un verdadero taller de ideas y experiencias pastorales. Después, según vaya marchando el centro, iremos pensando en fundar otros parecidos.

— ¿Cómo se llamará el centro? — pregunto.

— El nombre es lo de menos. Invente algo. No le falta la imaginación para eso.

— Yo llamaría al centro “Academia Eclesiástica” y a sus integrantes “los pistoleros de Cristo Rey”.

— Siempre con sus payasadas el P. José. ¿Cuándo usted aprenderá a distinguir entre una broma y una cosa seria?

— Es que usted empezó a bromear, cuando habló de las Hermanas de la Divina Paciencia.

— No estaba bromeando. Es que así se llaman las hermanas que nos regalaron el inmueble.

Dicho esto, empieza a dudar. Toca una campanita y entra el vicario general.

— Disculpe, ¿cómo se llaman las Hermanas que nos regalaron el inmueble? — Le pregunta el Sr. Arzobispo.

— Hermanas del Divino Niño de la Misericordia — contesta el vicario general.

— Hermanas del... —repite el Sr. Arzobispo—

¿No es lo que le había dicho a usted anteriormente?

— No. Usted había dicho que se llamaban Hermanas de la Divina Paciencia.

— ¿!?! Disculpe, P. José. Desde hace algún tiempo me estoy dando cuenta que me empieza a fallar la computadora — concluye el señor arzobispo señalando la cabeza.

Hace señas al vicario general para que se retire. Se levanta y se me acerca para despedirse.

— Así que... manos a la obra, P. José. Y no se olvide de tenerme informado de todo. Es que para mí esta iniciativa tiene una importancia muy especial en orden a replantear toda nuestra pastoral, contando con un clero realmente maduro, equilibrado, satisfecho y feliz. Subrayo esta última palabra: “Feliz”. En realidad, si nosotros no somos felices, ¿cómo vamos a entusiasmar a otros para que sigan nuestros pasos?

— ¿Cuándo vamos a empezar todo esto? — pregunto al Sr. Arzobispo, mientras saco una libreta del portafolio y empiezo a escribir algunos apuntes acerca de la entrevista, que ya está por concluirse.

— Pronto —contesta el Sr. Arzobispo—. En la próxima reunión del presbiterio daré a conocer los pormenores del asunto. Por mientras, todo queda como un secreto entre nosotros dos. Silencio absoluto. Top Secret.

— ¿Y los consultores?

— Nada de consultores. Es una decisión que tomo bajo mi completa responsabilidad. De otra manera, ya sabe cómo son estas cosas: yo presento la propuesta a los consultores, ellos la pasan a los peritos... Es un cuento de nunca acabar, mientras yo tengo prisa en que se arranque en la mayor brevedad posible, puesto que ya estoy de salida. ¿Qué son cinco años que me faltan para presentar mis dimisiones al Santo Padre? Hasta luego, P. José. Y no se olvide: pico cerrado.

El Sr. Arzobispo se levanta, me abraza apretándome con fuerza, me da unas palmadas en la espalda y se retira. Antes que abandone el despacho, una idea me fulgura en la mente:

— Excelencia, si está tan convencido de la importancia de la vida comunitaria, ¿por qué usted no da el ejemplo, asociándose a nuestro equipo?

El Sr. Arzobispo se para, da la vuelta, parece que quiere decirme algo... mueve los labios... como que se confunde. Se parece a un niño tomado in fraganti. Se ruboriza, me mira como pidiendo disculpas. Se le humedecen los ojos...

Me arrepiento por haberle hecho una pregunta tan impertinente. Distrayo la vista del Sr. Arzobispo, mirando hacia otro lado. Pasan unos instantes eternos. Por fin balbuceó unas palabras:

— Será después...

Unos pasos se alejan velozmente, mientras yo me quedo solo con mi secreto.

El Gran Destape

Desde la conversación con el Sr. Arzobispo hasta la reunión del presbiterio pasan unos 15 días. Quince días de gloria para mí. Todos están convencidos de que yo seré el próximo obispo auxiliar.

— ¡Qué casualidad –comenta el Vicario General con sus alegados más íntimos– que, antes de hablar con el P. José, el Sr. Arzobispo sostenga una larga conversación telefónica con el Sr. Nuncio Apostólico!

— Claro que es Él el próximo obispo auxiliar. ¿Vieron cómo cambió su actitud hacia todos nosotros? – confirma el Secretario Canciller.

En realidad, para afianzar más esta creencia general, empiezo a comportarme de una manera diferente: muy reservado, con traje clerical y alzacuello, zapatos bien boleados en lugar de huaraches, calcetines rojos... Para muchos, todo está claro. Soy el elegido.

Consecuencia: un cambio de actitud generalizado en el trato conmigo. Casi nadie me sigue llamando como antes: P. José. Todos se esmeran en querer agradarme: “Señor” por aquí y “Señor” por allá; “Lo que usted orde-ne”... No faltan casos en que alguien me llama “Monseñor”.

Ni modo. Hay que aprovechar la bonanza. Llamo por teléfono al secretario Canciller con un tono de voz muy sofisticado, como de alto ejecutivo.

— Señor Secretario, tenga la bondad de orientar oportunamente al matrimonio que le llegará de aquí a unos momentos, llevando una nota de mi parte. Como se dará cuenta, se trata de un asunto muy delicado, que confío a su amable consideración. Usted me entiende.

— ¿Cómo no, señor? Estoy completamente a sus órdenes, como siempre...

— ¡Cuerno! —comento en mis adentros— ésta es la primera vez que me atiende con tanta amabilidad.

— Señor Vicario General, posiblemente en estos días voy a dejar mi parroquia. Le ruego que haga todo lo posible para que en mi lugar quede el P. Jonás. No creo que habrá alguna dificultad al respecto.

— No, señor; no existe ninguna dificultad. Como ya sabe, para mí sus deseos son órdenes.

Y cosas por el estilo. Ni modo. “Ahora o nunca”, pienso. Quince días de “inocentadas”. ¡Qué bueno que nadie sospecha nada! El mismo Vicario General, tan astuto según él, cae redondito. Un día, muriéndose de curiosidad y haciendo alarde de extrema sagacidad, se avienta con el Sr. Arzobispo, preguntando por el “destape”. El Sr. Arzobispo, convencido de que ya se trata de un secreto a voces, contesta con cierta molestia:

— ¿Destape? Si ya todos lo saben... Bueno, será durante la próxima reunión del clero.

Es suficiente para que toda la maquinaria burocrática se mueva: solideo, anillo, cruz pectoral... y un enorme pastel con la escrita: “Ad multos annos – El presbiterio”. Hasta que llega el gran día. Cuando todos están listos, llego al salón acompañando al Sr. Arzobispo y vestido como siempre, con huaraches, suéter y camisa normal con mangas cortas. Flashes por todos lados y apertura oficial de la asamblea, hecha con toda la

solemnidad del caso por el mismo vicario general, que anuncia el gran destape de parte del Sr. Arzobispo.

Este, sin tantos rodeos, saca un oficio del portafolio y lo entrega al Secretario Canciller, que le da solemne lectura:

“Mediante este decreto, nombro al P. José director de la Fraternidad sacerdotal “San Juan María Vianney”, que tendrá como sede principal el inmueble, que acaban de regalar a la Arquidiócesis las Hermanas de la Divina Misericordia...”.

Un instante de incertidumbre y empieza un pandemonio con gritos, aplausos y golpes ensordecedores sobre las mesas. El único que queda desconcertado por el inesperado alboroto es el Sr. Arzobispo, que me mira en busca de una explicación. Yo me hago el desentendido. Entonces se dirige al Vicario General, verde de bilis, que le aclara la situación. Casi le da un infarto al Sr. Arzobispo, que se baja del estrado, se confunde con los clérigos y no deja de reírse hasta no cubrirse las mejillas de lágrimas.

Cuando logra reponerse de la risa, se me acerca, me toma de las manos y me lleva a la fuerza a la mesa donde se encuentra el enorme pastel. Todos gritan: “que lo muerda”, “que lo muerda”, “que lo muerda”. Ni modo. Tengo que morderlo. Vox populi, vox Dei. Aprovecho la distracción de los más desalmados entre todos los curas, para aventarme a morder el pastel. Pero ¿qué pasa? Que el mismo Sr. Arzobispo con un manazo en la cabeza hunde toda mi cara en el pastel, hasta las orejas. El alboroto llega al clímax. Hasta el Vicario General y el Secretario Canciller, muy molestos por la broma que les acabo de jugar, ya no pueden aguantar la risa y le entran al quite.

Apenas logro liberarme la cara del montón de pastel que me impide la vista, me siento agarrar por la espalda y oigo la voz amenazante del Vicario General: “Me

la vas a pagar, cabrón”. De pronto alguien me pone al cuello la cadena con la cruz pectoral, el solideo sobre la cabeza y el anillo al dedo... y me pasean por todo el salón, mientras la mayoría aprovecha para fotografiarse conmigo. Parecemos unos diablos desencadenados.

Cada quien se sirve del pastel a su antojo. La champaña y la sidra corren como agua, entre gritos de “salud” y buenos deseos para el festejado. Apenas el Sr. Arzobispo logra reponerse un poco, toma el micrófono e intenta pronunciar el discurso de circunstancia, continuamente interrumpido por los aplausos de la plebe y los ataques de risa:

Ilustrísimo Sr. José Arenas –empieza entre el griterío general—, hijo auténtico de esta bendita tierra... (Otro aplauso general con comentarios fácilmente imaginables a la palabra “hijo”)... en nombre de toda esta honorable asamblea... Unas cuantas palabras más y el Sr. Arzobispo tiene que interrumpir definitivamente el discurso a causa de un fuerte ataque de risa con tos y abundantes lágrimas. Entonces interviene la palomilla, que nunca falta en estos casos...

— Brindis... brindis...

Pronto se levanta el Secretario Canciller, que aprovecha la oportunidad para desquitarse de una vez de la mala jugada que le acabo de hacer:

— Brindo por el más asqueroso payaso, que he conocido en toda mi vida, el bufón de la chusma, siempre listo para fregar a la gente. Que Dios se lo pague con creces.

Gritos, aplausos y muchos comentarios:

— ¡Qué tomada de pelo, Señor Canciller!

— Ponte buzo.

— Viva el P. José.

Y empiezan a remedar al Vicario general y al Secretario Canciller:

— A sus órdenes, señor.

— Lo que usted mande, monseñor José.

— ¿Supiste la novedad? El P. José será el próximo obispo auxiliar. Estoy seguro. Pronto será destapado.

— ¿No te fijaste como viste ahora? Calcetines rojos, alzacuello... es él. Ya va a dejar la parroquia.

Pasa adelante el P. Jonás, un verdadero actor, y se apresta a representar la escena de su nuevo nombramiento:

— ¿El P. Jonás?

— A sus órdenes, Sr. Vicario General.

— Tenga la bondad de presentarse a mi despacho con carácter de urgencia.

— ¿Se puede saber de qué se trata?

— No en absoluto. Se trata de un asunto muy delicado y reservado.

Pues bien, corro al despacho del Sr. Vicario General y lo encuentro muy misterioso:

— Fíjese que el P. José va para arriba y entonces ha pensado en usted para tomar su lugar como párroco de Santa Filomena. ¿Qué le parece?

— Bueno...

— Nada de "Bueno"... Conteste sí o no.

— Bueno... sí.

— He aquí su nombramiento y cuidadito con darlo a conocer antes de la próxima reunión del clero.

— ¿Qué va a pasar con el P. José? — preguntó con cierta ansiedad.

— Top secret. Se trata de un asunto muy reservado, que se dará a conocer precisamente en la próxima reunión del clero.

— ¿Obispo auxiliar?

— ¡Silencio!

Es tan realista la escena representada por el P. Jonás (mismo tono de voz y mismos ademanes del Vicario General), que todos se mueren de la risa.

Por fin interviene el Sr. Arzobispo, que toca la campanita y trata de reanudar la sesión. Apenas logra anunciar los nombres de los candidatos a constituir el primer grupo de la Fraternidad Sacerdotal, cuando se ve obligado a darla por concluida. En realidad, resulta imposible restablecer el orden y seguir con el programa establecido. Los señores curas están demasiado alborotados. El mismo Sr. Arzobispo comenta: “Otra reunión como ésta y ahora sí que me da un infarto”.

Café Teológico

Bastan unos cuantos días para darle a la casa una manita de gato y amueblarla, y ya se reúne la comunidad, establecida y dada a conocer por el Sr. Arzobispo: un servidor como director, el P. Nacho, párroco de Santa Rosalía, el P. Rodolfo, profesor en el seminario, el P. Juan, promotor vocacional, y dos seminaristas, uno de teología, el Hno. Rodrigo, y el otro de filosofía, el Hno. Pascual.

Se trata de dar inicio a una nueva experiencia dentro de la Iglesia, muy querida por el Sr. Arzobispo y algunos curas más. Sabemos que en muchas parroquias, asociaciones y movimientos apostólicos, y en todas las casas religiosas se está rezando por el éxito de la Fraternidad Sacerdotal. Como dice san Pablo, nos hemos vuelto en un “espectáculo” para todos. Toda la Iglesia arquidiocesana está pendiente de lo que va pasando con la Fraternidad. Por lo tanto, no podemos permitir que fracase una iniciativa, sobre la cual se han cifrado tantas esperanzas. A como dé lugar, tenemos que luchar para que se logren plenamente los propósitos del Sr. Arzobispo y toda la Iglesia arquidiocesana.

— ¿Entendieron de qué se trata? —Declaro en mi primer encuentro con los miembros de la comunidad—. Se trata de un taller de ideas e iniciativas para renovar la Iglesia. No es que todo lo tenemos que hacer nosotros. No. Tenemos que inventar cosas, que después también otros pueden poner en práctica para el bien de toda la

Iglesia. Y también tenemos que invitar a todos para que se junten con nosotros y suelten ideas que puedan servir para el progreso de la misma causa. Acuérdense de esta palabra muy importante: involucrar. Si logramos esto, ya la hicimos. Involucrar a otros en nuestro proyecto, no aislarnos: esta tiene que ser nuestra estrategia fundamental.

— Prácticamente usted quiere —interrumpió el P. Juan...

— No yo, sino el Sr. Arzobispo.

— Bueno, el Sr. Arzobispo quiere que formemos un club de profetas...

— Algo parecido.

— ¿Y sabe usted qué les pasa a los profetas? — insiste el P. Juan.

— Claro que tenemos que estar bien conscientes de nuestro papel. Como siempre, si las cosas salen bien, el mérito es del Sr. Arzobispo; si salen mal, es por nuestra culpa. De todos modos, tenemos que arriesgar. No sé cómo la ven ustedes.

Todos están conscientes de los riesgos inherentes a nuestra misión y están dispuestos a correrlos por el bien de la Iglesia.

— Es una nueva forma de ascética —comenta el P. Nacho, párroco de Santa Rosalía.

— Que puede llevar hasta el martirio a manos de los de afuera y los de adentro —insiste el P. Rodolfo, profesor en el seminario.

— Como sucedió con los antiguos profetas —concluye un servidor.

— De parte mía me siento muy contento de pertenecer a esta comunidad —interviene el Hno. Rodrigo,

el seminarista de teología—. ¿Quién sabe qué me vio el Sr. Arzobispo para incluirme en la Fraternidad.

— Yo también pienso lo mismo —añade el Hno. Pascual, el seminarista de filosofía.

Visto el entusiasmo de parte de todos los miembros de la comunidad, prueba evidente del conocimiento que el Sr. Arzobispo tiene de su gente, prosigo:

— No sé si ustedes coinciden con mi apreciación. La Iglesia actualmente se encuentra en un grande bache y es nuestra misión tratar de sacarla. ¿Qué les parece?

— Claro que estamos de acuerdo.

— Existe mucha confusión a nivel pastoral y doctrinal.

— Parece que no tenemos rumbo. Cada quien hace lo que se le ocurre.

— Masas de católicos alejados y abandonados.

— Un clero dedicado en su mayoría a distribuir sacramentos a gente inconsciente y ¿para qué? Para buscar el pan de cada día.

— Y algo más.

— Curas que viven en la opulencia y curas que viven en la máxima indigencia.

— Si hay tanta desorganización e injusticia dentro de la misma Iglesia, ¿con qué cara vamos a tratar de corregir los males, que existen fuera de ella, a nivel político, económico y social?

— Es ridículo.

— Primero hay que poner orden en la propia casa y después hay que tratar de ponerlo en la casa ajena.

Parece que con esa gente me voy a entender muy bien. Aunque cada uno salga de un ambiente diferente, de todos modos veo que coincidimos en muchísimos aspectos y todos tenemos la misma actitud de optimismo y decisión frente a la problemática que afecta a la Iglesia, dispuestos a jugarnos todo para lograr un cambio. Su amor hacia Cristo y la Iglesia es tan grande, que basta tocar una mínima cuerda de su sensibilidad para que todos reaccionen de inmediato y con energía. Es lo que siempre había soñado en mi vida. Pocos, pero decididos. Un verdadero equipazo. Así se avanza más fácilmente, sin desperdiciar energías.

Prosigo, ampliando el panorama de la problemática eclesial:

— ¿Han reflexionado nunca en la praxis sacramentaria? Sacramentos al por mayor ¿y el resultado? Casi nulo. Una vez hecha la Primera Comunión o recibido el sacramento de la Confirmación, ya no vuelven.

— Lo mismo para el matrimonio y el bautismo de los niños — añade al P. Nacho.

— ¿Qué se puede hacer en estos casos? —pregunta el Hno. Pascual.

— Es precisamente lo que vamos a ver nosotros — aclaro—. Es por eso que el Sr. Arzobispo está promoviendo la Fraternidad Sacerdotal.

— En la misma formación de los seminaristas — sigue el P. Rodolfo—, hay mucho que rectificar. Pura teoría y nada de práctica. Se busca siempre la excelencia académica y casi nunca la excelencia pastoral.

— Por eso —añade el P. Nacho—, al salir del seminario, los recién ordenados no pueden impartir ni un curso bíblico, no cuentan con ninguna experiencia en las visitas domiciliarias y no saben dialogar con nadie.

¡Qué bueno que están metiendo el dedo en la llaga! El seminario. Ahí está el problema: la formación en los seminarios. Una formación filosófico—teológica, totalmente ajena al mundo cultural actual, un gueto con relación a la misma Iglesia y al mundo profano. Un verdadero desastre. ¿Qué hacer? Tomo la palabra:

— Mis queridos hermanos. Aquí está el meollo de todo el problema: el seminario, el corazón de la Iglesia. Aquí se concentra el ser y el quehacer de la Iglesia. Todo llega al seminario y todo sale del seminario. Por lo tanto, es importante que antes que nada enfoquemos la puntería hacia el seminario.

— Efectivamente —prosigue el P. Rodolfo— es necesario un cambio radical en la formación que se imparte en los seminarios: una formación que tiene que estar en función de los demás miembros de la Iglesia (evangelización y pastoreo) y de toda la sociedad profana (diálogo cultural). Una vuelta de 180 grados.

— Está duro —comenta el P. Juan—. Esto nunca me lo había ni siquiera imaginado. Efectivamente encuentro una enorme dificultad para dialogar, no solamente con la gente más alejada de la Iglesia y culturalmente preparada, sino también con los mismos amigos y parientes practicantes. Nunca había caído en la cuenta de que todo esto depende esencialmente del tipo de formación que he recibido en el seminario.

— ¿Y cómo hacer frente a todo esto? —pregunta el Hno. Rodrigo, estudiante de teología y ya próximo a la ordenación—. Todo esto... ¡está canijo!

Gozo en constatar la enorme receptividad y el espíritu de apertura de mis hermanos, comprometidos en la misma aventura. Por eso aprovecho el momento para terminar de aclarar mi pensamiento:

— Como les dije anteriormente no vamos a trabajar solos. Nuestro papel específico consistirá en involucrar en nuestro proyecto, mejor en el proyecto del Sr. Arzobispo, al mayor número posible de clérigos, laicos, religiosos, etc.

— Una atarea que sin duda no es tan fácil de llevarse a cabo —comenta el P. Rodolfo—. Fijense que ya en el seminario mis colegas empiezan a burlarse de mí, llamándome “el consentido” del Sr. Arzobispo, “el nuevo reformador” de la Iglesia, etc. etc.

— Bueno. Más que fijarnos en los indiferentes y en los que se oponen a este proyecto, empecemos a fijarnos en los que simpatizan o apoyan esta línea. Cada uno de nosotros vea qué puede hacer en concreto, a quién puede invitar a participar en algún encuentro con nosotros.

— En mi decanato —asegura al P. Nacho— por lo menos hay dos párrocos que simpatizan con esta línea de acción.

Lo mismo aseguran los demás miembros de la comunidad. Cada uno se compromete a invitar alguien que participe en nuestros encuentros de reflexión. Yo me comprometo a buscar algún pez gordo en la curia. Un total de diez–quince posibles candidatos. Empezamos bien.

— ¿Cómo se podrían llamar estos encuentros periódicos de reflexión? —pregunta el Hno. Rodrigo, muy eufórico por la iniciativa.

— Encuentro de reflexión teológico–pastoral.

— Taller de idas.

— Café teológico.

— Café teológico – confirman todos.

Perfecto. Como hay café literario, café Internet, café carismático, café poético... así también de hoy en adelante habrá un “café teológico”. Y al que no le guste, que chi que chi que chiquitibúm la bimbombá, chiquitibúm la bimbombá, alabío, alabao, alabimbombá, el café teológico, ra ra ra.

Un Equipazo

Vivir en comunidad no es fácil. Pronto empiezan a surgir las dificultades. Por lo tanto, urge un encuentro para tomar algunos acuerdos básicos.

— Antes que nada, tenemos que enfrentar el problema económico, —opino como director del centro.

— También tenemos que ver cómo limar ciertas asperezas, que puedan surgir entre nosotros mismos — sugiere el P. Rodolfo—. No nos tenemos que olvidar que se trata de crear un nuevo tipo de sacerdote diocesano, con un nuevo estilo de vida.

— Sigue el problema pastoral —continúa el P. Nacho.

— Bueno, ¿qué les parece si hoy nos avocamos al problema económico y al problema de las relaciones entre nosotros mismos y el pueblo en general? —propongo a la comunidad.

— Perfecto — asienten todos.

— Según mi opinión, —insiste el P. Rodolfo— será mejor empezar por el segundo aspecto, es decir, el tema de las relaciones entre nosotros mismos y el pueblo en general. Se trata de definir el papel del sacerdote diocesano, que vive en comunidad.

— Un problemón —comenta el P. Nacho.

— El grande descubrimiento del Tercer Milenio — subraya con énfasis el P. Juan—, o sacerdote célibe que vive en comunidad o sacerdote casado. No hay otra.

No todos estamos de acuerdo con esta posición que parece algo radical. De todos modos, el P. Juan no es el único en sostener dicha opinión. Sabemos que no falta gente de Iglesia que va por esta línea, teniendo en cuenta de una manera especial los lugares en que la vida cristiana es muy raquítica y el sacerdote, en lugar de ser sal, luz y levadura para el pueblo, fácilmente se vuelve en uno de tantos, con los mismos problemas, la misma manera de pensar y actuar de los demás, causando un verdadero escándalo en la comunidad.

— Por el momento —intervengo —, lo que importa a nosotros es dar el primer paso. A otros les tocará ahondar en esta línea hasta volverse en un nuevo camino para toda la Iglesia. En realidad, casi siempre los grandes cambios en la Iglesia no vienen desde arriba, sino desde abajo, con inicios muy humildes, como en nuestro caso. Que si después se llega o no a la situación que propone el P. Juan, esto no depende de nosotros. A nosotros lo que importa ahora es sembrar, intentar abrir un nuevo camino...

— Según mi opinión, —afirma el P. Rodolfo, tratando de entrar en el meollo del tema— si queremos crear un nuevo estilo de sacerdote, antes que nada tenemos que luchar para alcanzar una verdadera honestidad intelectual, es decir, adquirir el hábito de buscar siempre la verdad, estar siempre al servicio de la verdad... evitar, a como dé lugar, todo tipo de manipulación o sofisma. Solamente así podremos garantizar una sólida base para una vida sacerdotal realmente sana y feliz.

— Estoy plenamente de acuerdo con usted — interviene el Hno. Rodrigo—. El otro día, por ejemplo, el profesor de historia, que se la da de muy intelectual, atacó duramente la línea del P. José, diciendo que en el día del juicio el Señor no le preguntará si defendió la virginidad de María, sino si defendió al pobre. Y con esto pensó haber descalificado toda la labor del P. José en el campo de la apologética. Para mí se trata de un sofisma y nada más. Y éste precisamente es el estilo del profesor Ramiro, que se aprovecha de sus conocimientos para confundir a la gente. Puesto que él no sabe nada de apologética, quiere convencer a todos que la apologética no sirve y que por lo tanto el P. José se está dedicando a una actividad que no tiene ningún sentido, cuando en la práctica sabemos que muchísima gente ha encontrado en su enseñanza razones válidas para fortalecer su fe.

— Aquí está el problema —retoma la palabra el Hno. Rodrigo—: aprovecharse de la preparación filosófico—teológica que uno tiene, para confundir, humillar, atacar y descalificar a los demás. Y todo esto para beneficio propio, para ensalzarse, tapan las propias deficiencias y eliminar a posibles opositores. Se ve la preparación intelectual como un arma para causar daño a los demás y no como un instrumento para hacer el bien.

— De ahí viene muchas veces — ahonda el P. Nacho — la actitud de superioridad, soberbia e imposición, que existe en muchos miembros del clero y los hace tan antipáticos ante el pueblo.

— Y al mismo tiempo propicia y alimenta el grave fenómeno del anticlericalismo — concluye el P. Rodolfo—. Claro, siempre hubo y siempre habrá enemigos de la fe y en concreto de la Iglesia. Siempre hubo y siempre habrá enemigos del clero, que no desperdiciarán ninguna oportunidad para atacarlo y desprestigiarlo. La Palabra de Dios es muy clara al respecto: “Heriré al pastor y se

dispersarán las ovejas”. (Mc 14, 27). Sin embargo, en muchos casos, somos nosotros, los clérigos, que con nuestra actitud autoritaria e impositiva nos volvemos odiosos para el pueblo en general y también para los católicos practicantes.

— Es urgente —interviene un servidor— un cambio de rumbo radical en este aspecto. Es la ABC de la Nueva Evangelización. No nos olvidemos que, siendo pastores de la Iglesia, ejercemos un influjo determinante en la manera de entender a Dios de parte de mucha gente. Muchos de por sí tienen una imagen distorsionada de Dios. Pues bien, llegamos nosotros y con nuestra actitud caciquil, en lugar de rectificarla la afianzamos más, alimentando la idea de un Dios enojón e impositivo, insensible al dolor de la gente y despreocupado de sus necesidades, que vive en un mundo aparte, lejos de los problemas concretos de cada día.

— Haciendo esto, ¿qué estamos provocando? — reflexiona el Hno. Pascual— Un enfriamiento en la Fe, hasta propiciar distintas formas de ateísmo y llevar a un éxodo generalizado de católicos hacia otras propuestas religiosas.

— Así que... — insisto — se impone una nueva actitud en las relaciones entre nosotros mismos y con el pueblo en general. Que cada uno se sienta un servidor de los demás; que cada uno vea en el hermano una imagen de Cristo, sin tener en cuenta su situación cultural o económica. Basta de privilegios a los más ricos o a los más poderosos o a los más preparados intelectualmente o profesionalmente. Nada de acepción de personas. Todos iguales. Y si hay alguien a quien privilegiar, es el pobre, el débil, el que a los ojos de los hombres vale menos. En fin, se trata de tomar más en serio el Evangelio. Menos razonamientos humanos y más Evangelio.

Todos los miembros de la comunidad están de acuerdo en seguir esta línea de conducta. Honestidad intelectual, amor hacia la verdad, espíritu de servicio...

— ¿Qué más se necesita para dar un buen testimonio, como seminarista y sacerdote? —pregunta el Hno. Rodrigo.

— No es fácil dar una lista completa de todas las cualidades de un buen seminarista y un buen sacerdote —contesto—. Lo que sí me parece fundamental para crear una buena imagen de la Iglesia y sus seminaristas, es un espíritu de desprendimiento de los bienes materiales.

— No solamente para crear una buena imagen de la Iglesia y sus seminaristas —insiste el P. Rodolfo—, sino para formar al verdadero creyente y cuanto más al verdadero ministro de Dios. No nos olvidemos de la advertencia del mismo Jesús: “Nadie puede servir a dos señores... no se puede servir a Dios y al dinero” (Mt 6, 24).

— Es uno de los aspectos en que nuestro pueblo se manifiesta más sensible — comenta el Hno. Pascual—. En realidad, está dispuesto a perdonar muchas debilidades, pero no logra entender por qué ciertos curas tienen el corazón tan amarrado al dinero. Dinero para todo: sacramentos y sacramentales, misas de difuntos, de presentación, de quince años o de matrimonio. Todo con tarifa, sin tener en cuenta si los que solicitan el servicio son ricos o pobres, pueden pagar o no...

— Y lo peor del caso —interviene el P. Nacho— es constatar cómo ciertos curas despilfarran este dinero en viajes al extranjero, carros último modelo, etc. etc. Evidentemente, se trata de una minoría, que de todos modos afecta mucho la imagen de la Iglesia.

— Por eso —intervengo— es necesario cortar por lo sano. ¿Cómo? Poniendo todo el dinero en un fondo

común y distribuyéndolo según la necesidad de cada uno.

— Como precisamente hacían los primeros cristianos —observa el P. Juan—. ¡Qué bueno! Así tendré de dónde sacar para la promoción vocacional. Me parece realmente vergonzoso estar pidiendo una limosna por aquí y otra limosna por allá para llevar adelante alguna iniciativa en orden a mi trabajo. Fíjense que algunos de mis compañeros ya son párrocos y cuentan con su flamante camioneta, mientras yo sigo con mi bochito, que se pasa en el taller la mayor parte del tiempo. Me parece una verdadera injusticia.

— Ya no se preocupe por el problema económico, querido P. Juan —le digo para tranquilizarlo una vez por todas—. De hoy en adelante no le faltará lo necesario para sus iniciativas. Juntando lo que me dan por mis conferencias, lo que percibe el P. Rodolfo por sus clases en el seminario (una miseria) y lo que sale de la parroquia del P. Nacho (muy poco por cierto por encontrarse en la periferia de la ciudad. “Algo es algo dijo un calvo”), creo que vamos a poder hacer frente a nuestras necesidades con cierto desahogo. Pero, lo que más importa, es la libertad con que podremos trabajar, sin apremios de orden económico y sin ambición de riqueza, totalmente entregados a nuestra tarea evangelizadora. Lo ideal para uno que quiere ser un verdadero ministro de Dios.

— Ahora mismo —concluye el P. Rodolfo— voy a preparar un letrado que diga: “Honestidad intelectual, desprendimiento de los bienes materiales y espíritu de servicio” y lo voy a poner en el comedor, para que a nadie se le olvide lo que hoy acabamos de acordar. Y con estas actitudes básicas estoy seguro que podremos formar un verdadero equipazo, listo para enfrentar toda la problemática del mundo, con la seguridad de estar haciendo una obra útil para nosotros mismos, la Iglesia y todo hombre de buena voluntad.

Corazón Indiviso

Poco a poco la comunidad toma su ritmo. El P. Rodolfo queda como subdirector, el Hno. Rodrigo como ecónomo, el P. Juan encargado de la pastoral... En fin cada uno tiene asignada su tarea específica. Un servidor, como siempre, sigue impartiendo conferencias y talleres bíblicos y apologeticos por aquí y por allá. De vez en cuando algún congreso sobre el tema del proselitismo religioso, que está afectando seriamente la vida de los hermanos más débiles en la fe.

Único acontecimiento sobresaliente: el primer café teológico. Participan unas quince personas entre los miembros de la comunidad y seminaristas de teología, provenientes de distintas instituciones. Pocos, pero buenos, realmente comprometidos con su vocación como futuros pastores de la Iglesia, se abordan distintos temas: el de los curas pederastas, que tanto escándalo están suscitando en la Iglesia y la sociedad, la situación política de Venezuela, al borde del enfrentamiento entre chavistas y opositores con consecuente colapso económico, el caso de los maestros que entran en el congreso a caballos y con machetes, etc.

Nos detenemos a examinar el tema de la crisis en las congregaciones religiosas femeninas.

— Por lo que veo —afirma un seminarista— no todas las congregaciones están en crisis. Por ejemplo, las

órdenes y congregaciones de vida contemplativa o que se dedican a la catequesis están en sensible aumento.

— Las que más están en crisis —añade otro seminarista— son las que se han metido demasiado en lo social, limitándose a la denuncia y sin aportar nada consistente a nivel propositivo. Apostaron todo por un cambio social radical, mediante la revolución armada o apoyando a los partidos de izquierda, y se quedaron con las manos vacías. Se les agotó su capacidad de reflexión y acción, al resolverse los conflictos armados y al darse ciertos cambios en la sociedad por caminos democráticos. Con esto bajó su grado de credibilidad en muchos ambientes eclesiales, perdieron su protagonismo en la esfera política y en los medios de comunicación masiva y se desplomaron. Como que se les acabó el oxígeno. Ahora ya no saben qué hacer. Su perspectiva quedó truncada y cayeron en la depresión. Su vida ya no tiene sentido. El recuerdo del “martirio” de sus héroes no basta para llenar el vacío, dejado por el fracaso de sus ilusiones.

— Según mi opinión —interviene el P. Rodolfo—, se dejaron llevar por la dinámica del poder, por querer estar siempre sobre la cresta de la ola. Pensaban que el futuro de la Iglesia y del mundo iba a pasar por Carlos Marx y sus achichincles, y se aventaron a la conquista del poder, empezando por sus mismas instituciones. ¿Y qué lograron? Choques, divisiones, amargura y decepción. Muchas hermanas abandonaron las congregaciones en busca de paz, otras por el vacío que se fue creando en su vida a causa de la pérdida de los valores religiosos.

— Evidentemente —aclara el P. Nacho— los que causaron todo este lío y siguen causándolo, son unas cuantas personas.

— Pocas, pero bien concientizadas y activas — comenta el P. Juan.

— Fanáticas, me atrevería a decir —sigue el P. Rodolfo—. Tercas. No quieren reconocer sus errores. Hablan de conversión, discernimiento y Espíritu Santo de labios para afuera, como lección aprendida, sin hacer un sincero examen de conciencia, para descubrir las causas profundas de su fracaso. Hablan de modernidad, postmodernidad, involución, crisis... sin querer llegar al meollo del problema. Hablan en favor de los pobres y están rodeados de puros ricos e intelectuales. En sus mismas filas no se ve gente realmente pobre económica o culturalmente. Pura gente universitaria. Mientras las congregaciones que no hablan tanto de los pobres y humildes, progresan cada día más. Según mi opinión, las congregaciones que se están alejando de los pobres en carne y hueso, aunque se encuentren enfrascadas en su problemática, están destinadas a desaparecer, abriendo el paso a las congregaciones, que se encuentran bien identificadas con su vocación, y a los movimientos apostólicos y eclesiales.

— Vamos a lo mismo — afirmo a manera de conclusión —: no se puede servir al mismo tiempo a Dios y al poder, como no se puede servir al mismo tiempo a Dios y al dinero. En realidad, hay mucho parecido entre el poder y el dinero, que son dos formas de idolatría. Más aún: no se puede perseguir la fama y el poder, tomando como pretexto la propia consagración a Dios. O Dios o el poder. Hay que ser más sinceros. Si estas hermanas piensan que la felicidad del hombre pasa por el dinero, la política y el poder, ¿por qué no se inscriben en algún partido político y desde allí enarbolan sus banderas y hacen su lucha? ¿Es propio necesario que primero una muchacha tenga que consagrarse a Dios para después dedicarse a buscar el bien material para los pobres? Si las religiosas se dedican a lo material, ¿quién se dedicará a lo espiritual? ¿O lo espiritual no tiene validez en orden a la felicidad del hombre?

Son preguntas que dejo vagando en el aire al concluirse el primer café teológico. Aprovecho después para ulteriores reflexiones a nivel comunitario:

— ¿Se dieron cuenta? El poder es una forma de idolatría, como el dinero, los honores y los placeres. Por eso interviene Dios y lo desbarata todo. “Derribó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes” (Lc 1, 52), dice la Palabra de Dios. Y es lo que estamos viviendo ahora: las congregaciones con gente culta que busca el poder, se están extinguiendo, mientras prosperan las congregaciones con gente sencilla que busca el servicio y confía en Dios más que en la sabiduría y la fuerza del hombre. Es el estilo de Dios.

Hablo de despego de los bienes materiales y de la necesidad de ser muy atentos en cuidar la virtud de la castidad. Menos trato haya con gente de otro sexo, tanto mejor. No hay que permitir ningún tipo de familiaridad con gente de otro sexo, mejor que nos consideren exagerados en este aspecto que laxos.

Parece que todos están de acuerdo en aceptar mis orientaciones. Pero ¿qué pasa? Que de regreso de una gira de dos meses por Sudamérica (compromisos tomados con anterioridad), encuentro la comunidad muy diferente: caras largas, especialmente de parte de los dos seminaristas y el P. Juan, y dos o tres muchachas que se mueven en la casa con toda familiaridad.

— Es que me pidieron el permiso —añade el P. Rodolfo— para que las dos muchachas vinieran a la casa para sus tareas de computación. La otra muchacha es nieta de la cocinera. A veces la ayuda para los mandados.

¡Qué santa ingenuidad la del P. Rodolfo! No me queda que citar a los miembros de la comunidad para una reunión de emergencia. Se nota claramente que todo el asunto tiene cola. No es tan sencillo como parece.

Resulta que no solamente las muchachas se pasan gran parte del día en la casa, sino que seguido se quedan a comer y que una o dos veces por semana los seminaristas y el promotor vocacional van a pasar algún rato en la casa de las muchachas, que son vecinas entre ellas.

— ¿En qué quedamos en el último encuentro? — comento con cierta molestia.

— Se trata de muchachas pobres que no tienen donde hacer sus tareas de computación —explica el P. Juan—. Es una manera de expresar el compromiso con los pobres. Yo mismo a veces me quedo con ellas para darles algunas orientaciones sobre ciertos programas de computación.

— ¿Compromiso con los pobres o con las pobres? —contesto enfadado—. ¿Es posible que no se den cuenta del peligro que esto representa para la sociedad y el buen nombre de nuestro centro?

No sé si no entienden o no quieren entender. Insisten en la importancia del equilibrio afectivo en la vida del seminarista, que se adquiere con el trato personal con gente del otro sexo, de cierto tipo de noviazgo que tendría que haber antes de tomar una decisión definitiva en orden a la vocación, etc. etc. Me doy cuenta de que el problema es más serio de lo que me imaginaba. De hecho, el día siguiente sucede algo que me ayuda a aclarar mejor la situación.

Sin avisar a nadie, la mamá de una muchacha organiza una fiesta en mi honor, dizque para celebrar mi regreso de la gira por Sudamérica: pavo, champaña, mole, pastel, cerveza... todo a cargo de la comunidad. Un detalle me llama la atención: la manera cómo la doña mira a Pascual. Definitivamente parece enamorada de él y para llevárselo le avienta a su hija como carnada.

No me queda que pedir una cita con el Sr. Arzobispo con carácter de urgencia. Me contesta él personalmente:

— ¿De qué se trata? —me pregunta.

— Del centro. De la marcha de nuestra comunidad.
—contesto.

Posiblemente por el tono de la voz el Sr. Arzobispo comprende que me encuentro alicaído. Contesta:

— Lo espero de inmediato. No se preocupe. Para todo hay remedio.

— Busco un taxi y me dirijo hacia el arzobispado.
En el camino voy pensando:

— ¿Por qué me habló así el Sr. Arzobispo? ¿Ya sabía algo acerca de lo que está pasando en el centro? ¡Qué desastre! De plano aviento la toalla. Que el Sr. Arzobispo busque a otro más capaz para estas cosas, a uno que entienda más la manera de pensar de esa gente. Esto no es para mí. Parece que todos están de acuerdo y después todo lo contrario. Esto va en contra de mi manera de ser. Así que ahora mismo presento mis dimisiones irrevocables.

Mientras tanto saco una hoja del portafolio y empiezo a escribir una carta de dimisiones. A continuación, en otra hoja apunto los aspectos sobresalientes que voy a tratar con el Sr. Arzobispo: organización interna, principios básicos que van a regir la comunidad, manera de ser de cada integrante de la comunidad, etc.

Con sólo verme, el Sr. Arzobispo intuye todo. Me invita a sentarme y a tomar un café antes de entrar en el tema. Me pregunta acerca del recorrido por Sudamérica. Cuando me ve bastante tranquilo, me invita a tratar el asunto del centro.

— Como ve, P. José, nunca se deja de aprender — comenta el Sr. Arzobispo—. ¡Si supiera cuántas veces yo mismo he tenido que darme de golpes en la pared para entender ciertas cosas! Ni modo. Hay que volver a empezar, ahora sí, conociendo mejor a cada miembro de la comunidad con toda su historia, que muchas veces es un verdadero desastre. Por eso puse en sus manos esta iniciativa. De otra manera, hubiera bastado un decreto. ¿Y qué hubiera conseguido? Nada.

— Me siento aliviado. Las palabras del Sr. Arzobispo me vuelven a infundir ánimo y valor. Otra vez me siento como un león, decidido a todo. ¿Y la carta de dimisiones? De plano me olvidé.

El Diálogo

Está por finalizar un concurso bíblico entre niños, con unos 600 participantes. El tema que manejo siempre en estos casos es: “Biblia para Todos y Biblia para Todo”: una idea fija que tengo metida en la cabeza desde hace algunos años y que estoy tratando de transmitir al pueblo católico con todos los medios a mi alcance. Biblia para todos, desde los niños que se preparan para la Primera comunión, utilizando el folleto “Curso Bíblico para Niños”, hasta los jóvenes que se preparan para la Confirmación con el folleto “Curso Bíblico para Jóvenes” y todo tipo de adultos que se preparan para recibir algún sacramento o están interesados en profundizar su fe.

También Biblia para todo, es decir, para la oración personal, la celebración de la Palabra, los encuentros de oración, la santa Misa, la catequesis presacramental, etc. A este respecto ya contamos con el folleto “Pan de Vida: preparación para la primera Confesión y primera Comunión – con Biblia—” y “Ven, Espíritu Santo: un Camino de Fe para vivir o revivir el Sacramento de la Confirmación – con Biblia—”. Que no se haga nada sin la Biblia: rosario, vía crucis, novenario de difuntos, etc.

Según algunos, se trata de una verdadera manía de mi parte. Ni modo. Cada quien tiene su don, carisma, locura, idea fija o llámese como se quiera.

Pues bien, antes de dar inicio a mi conferencia, me pasan el celular:

— El Sr. Arzobispo quiere comunicarse con usted.

— Bueno, soy yo —es la voz del Sr. Arzobispo—. ¿Qué hay después de la conferencia?

— La celebración de la santa Misa —contesto.

— Bueno — añade el Sr. Arzobispo—. La va a presidir un servidor. Avísele al párroco. Estoy por salir del arzobispado.

Quedo sorprendido por esta inesperada intervención del Sr. Arzobispo.

— Sin duda —comenta el párroco—. No corresponde a su estilo. Al contrario, cuando va a una parroquia, con mucha anticipación se conoce la fecha con el programa. Además, el Sr. Arzobispo no acostumbra ir a ninguna parte sin ser invitado previamente. En este caso, posiblemente quiere darse cuenta personalmente del éxito que está teniendo la iniciativa de los cursos Bíblicos para niños con relativo concurso. Es la primera experiencia de este tipo que se está dando en la arquidiócesis.

De hecho, al bajar del carro, el Sr. Arzobispo pronto empieza a felicitar al párroco y las catequistas por las iniciativas que se están llevando a cabo en la parroquia con relación al apostolado bíblico.

— Por eso —comenta— quise estar presente en la conclusión de este concurso, presidiendo la celebración de la santa misa y entregando los diplomas a los vencedores.

Como era de esperarse, con la presencia del Sr. Arzobispo el evento adquiere una dimensión arquidiocesana con artículo y fotografía en la revista de pastoral. Al finalizar la ceremonia, todos los que hemos tenido la dicha de participar en esta actividad, nos sentimos honrados por ser presentados por el párroco al Sr.

Arzobispo, que nos felicita uno por uno y nos anima a inventar cualquier cosa hasta no hacer de la Biblia el libro de cabecera para cada católico. Acto seguido, el Sr. Arzobispo baja de la tarima y se mezcla con la gente, especialmente con los niños, haciendo a todos preguntas relacionadas con la Biblia. Se nota que se siente realmente feliz. Algo insólito en el Sr. Arzobispo, que normalmente anda de prisa y familiariza poco con la gente.

Cuando todo termina y estoy por despedirme, me toma del brazo y me lleva hacia la casa cural.

— ¿Tiene prisa? —me pregunta.

— No —le contesto.

— Lo invito a tomar un café conmigo —y hace señas al párroco que nos prepare un café en la sala.

Es algo más que un café teológico. Pasan dos horas abundantes sin que nos demos cuenta. Hablamos de todo: cómo me siento en el nuevo cargo, cómo es cada miembro de la comunidad, cuáles podrían ser los planes para el futuro...

— Con relación al P. Rodolfo —insiste el Sr. Arzobispo—, como se ha dado cuenta, se trata de buena gente, pero algo ingenuo. Muy culto, pero con poca experiencia con la gente. Puros estudios, investigaciones y enseñanzas. Es la primera vez que se encuentra con responsabilidad en un grupo concreto de personas. Hay que tenerle paciencia, pero al mismo tiempo hay que ayudarlo a madurar, dialogando mucho con él. Así él aprenderá a dialogar con los demás.

— Como usted está haciendo ahora conmigo —comento. El Sr. Arzobispo esboza una sonrisa.

— Claro. En el fondo —sigue el arzobispo— el P. Rodolfo es muy bueno, sano y profundamente honesto. Solamente tiene un defecto: le faltan colmillos. Usted lo

ayudará a despertar un poco en este aspecto, a volverse buzo, como dicen por ahí. Y ojalá que lo logremos. Así podrá encabezar otra comunidad cerca del seminario. ¿Cómo la ve usted?

— Perfecto. Bueno —sigo con cierto titubeo—, ¿y por qué no me dijo todo esto el otro día, cuando lo fui a ver en el arzobispado?

— Al ver la cara que traía, no creí oportuno tratar estos asuntos. Posiblemente no hubiera entendido nada. Por eso decidí esperar otra oportunidad para aclarar todo esto. Bueno, y ahora ¿cómo piensa regresar al centro?

— En un taxi.

— ¿Qué pasó? Es muy peligroso ir en un taxi a estas horas de la noche. Le voy a dar un aventón.

La mañana siguiente nadie cree en los propios ojos al leer en el pizarrón de los avisos un mensaje del Sr. Arzobispo con su propia firma. No obstante todas las explicaciones que doy, queda siempre la duda que se trate de otra broma de mi parte. Ni modo. Es el precio de la fama. Por fin el testimonio del P. Nacho viene a disipar cualquier duda.

— ¿Saben? —cuenta el P. Nacho, fuera de sí por la emoción—. Hoy el Sr. Arzobispo se presentó de improviso a nuestra reunión de foranía. Cuando lo fui a saludar, me llamó dormilón. Es cierto que estuvo aquí la otra noche.

— ¿Qué hizo en la reunión el Sr. Arzobispo?— Pregunto.

— Hablé de la importancia del diálogo: diálogo del obispo con su clero; diálogo del clero con los laicos, especialmente con sus colaboradores más cercanos... Algo realmente interesante. No parece el Arzobispo de antes. Ha cambiado muchísimo. Cuando, al finalizar el

encuentro, el vicario foráneo, le preguntó la razón de un cambio tan grande, contestó: “Nunca se deja de aprender. Mejor tarde que nunca”.

— Era tiempo —comenta el P. Rodolfo—. En realidad, entre nosotros los clérigos existe poco diálogo. Estamos acostumbrados a escuchar los desahogos de los demás, sus problemas, angustias y alegrías, pero no estamos acostumbrados a desahogarnos con otros, a contar a otros nuestros problemas. Nuestro lema es “aguantar hasta no reventar”. En lugar de compartir con otros hermanos nuestros problemas (¿quién no tiene problemas?), preferimos callar hasta no tronar, tomando a veces decisiones descabelladas, por no pedir ayuda a nadie. De improviso se oye: “Fulano dejó el ministerio”; “Mengano desapareció y nadie conoce su paradero”. Y cosas por el estilo.

— A veces, en la misma parroquia —añade el P. Nacho— el párroco no sabe nada de su vicario. Viven los dos en la misma casa como islas. Cada uno toma sus alimentos en hora distinta, como si estuvieran en un hotel. ¡Cuántos problemas se hubieron podido evitar, si hubiera habido diálogo entre los curas!

— Creo que desde el seminario —retoma la palabra el P. Rodolfo— habría que enseñar a los jóvenes aspirantes al sacerdocio a dialogar entre sí, a ser más abiertos, a confiar en los demás, a preocuparse los unos por los otros...

Así es el P. Rodolfo. Muy inteligente, muy santo, muy bueno para enfrentar los problemas en teoría, pero en la práctica... nada. Interviene solamente cuando se le pide su opinión o hay algún encuentro de comunidad. Nunca habla a solas con alguien, tratando problemas personales. Sufre en silencio sus problemas y los problemas de la comunidad. Es algo escrupuloso. Ni

modo. Es un buen elemento, pero hay que ayudarlo a madurar, a crecer, abrirse con los demás. Es mi tarea y la tarea de toda la comunidad. No hay otra. Hay que entrarle con ganas. Y empiezo pronto con el Hno. Pascual.

Pero se trata de un caso desesperado. En realidad, el Hno. Pascual se encuentra en una crisis muy profunda:

— Es que no conozco a las mujeres y por lo tanto no me conozco a mí mismo. En el fondo yo mismo no sé qué soy. En distintas ocasiones alguno hombre trató de abusar de mí. Con facilidad, las mujeres me buscan, pero pronto se alejan no sé por qué.

Trato de darle algún consejo. No escucha nada. Ya tomó su decisión. Quiere salir del seminario para establecer una relación de noviazgo formal con una de las muchachas, que han frecuentado el centro durante los dos meses de mi ausencia. Después se verá, si regresa o no. Que Dios lo bendiga.

Con el Hno. Rodrigo pasa algo parecido. Aparenta gran entusiasmo y gran entrega, pero es un tramposo. Al pedirle el informe económico, contesta siempre: “Después”. Cuando ya no puede más, confiesa cándidamente que no existe ningún fondo económico:

— Lo que entró, salió. Me pueden esculcar.

— Y la tienda de tu mamá ¿de dónde salió? — pregunta el P. Juan.

El Hno. Rodrigo se enoja, se pone nervioso, busca un montón de excusas, hasta intenta chantajear al P. Juan, amenazándolo con hacer revelaciones sensacionales acerca de su pasado.

No me queda más que sacarlo del centro. Que regrese al seminario y arregle su asunto vocacional con el rector. Conversando con el P. Juan, descubro que desde

un principio él sospechaba algo acerca de las mañas del Hno. Rodrigo: ropa nueva, invitaciones a cenar en algún restaurante, a ver alguna película importante... hasta que se enteró de la tienda de la mamá.

— ¿Viste? —le hago notar— Hay qué olvidarse de esta manía de solaparse el uno al otro. Somos una comunidad. Tenemos que hablar, ser sinceros, ayudarnos mutuamente. Y ahora ¿qué? Hasta te amenaza con hacer revelaciones sensacionales acerca de tu pasado.

El P. Juan se abre. Hablamos durante dos horas o más. Ya empezó la aventura del diálogo. Ya no me importa el tiempo que dedico a esta tarea. Posiblemente se trata del tiempo mejor empleado.

Pobres y sencillos, sí; mañosos, no

Al constatar el fracaso tenido con los primeros seminaristas designados por el Sr. Arzobispo, empezamos a pensar seriamente en establecer algunos criterios básicos para la aceptación de nuevos candidatos, vengan del seminario o directamente del mundo. Aprovechamos cualquier oportunidad para profundizar el tema.

— Antes que nada tenemos que establecer el perfil del sacerdote diocesano que vive en comunidad —aclara el P. Rodolfo—. En realidad, no todos pueden vivir en comunidad. Hay temperamentos violentos, gente egoísta que no ve más allá de sus narices, preocupada esencialmente por sus estudios, su vida, su superación personal, su carrera, su dinero... Hay gente que...

— Bueno, me pregunto —interviene el P. Tacho— :¿Es conveniente que este tipo de gente esté en un seminario? ¿Qué garantía ofrecen para ser buenos sacerdotes?

— De hecho en el seminario hay mucha gente así — contesta el P. Rodolfo.

— Es cierto —confirma el P. Juan—. Todo el problema está en la falta de vocaciones. ¡Parece que nosotros pertenecemos a una especie en extinción!

— Una vez más me pregunto —sigue el P. Nacho— : la escasez de vocaciones ¿nos da el derecho para admitir a gente con graves problemas psicológicos, aislada y egoísta?

Muchas veces regresamos sobre lo mismo, sin llegar a un acuerdo. Todos estamos convencidos de la necesidad de contar con un número suficiente de ministros para que la fe permanezca y se arraigue siempre más en el pueblo católico. El problema es: “¿Dónde encontrar ministros?” Ya no podemos seguir pensando en una solución que venga de Europa, Estados Unidos o Canadá, como se hizo por mucho tiempo en el pasado. De hecho, desde hace algunos años también allá existen los mismos problemas que tenemos nosotros aquí.

— Si hablamos de equilibrio psicológico, madurez humana y tantas cosas bonitas —opino—, nunca vamos a solucionar el problema. Tenemos que ser realistas, como dice el refrán: “Estos bueyes tenemos y con estos bueyes tenemos que arar”. ¿Han pensado alguna vez en el tipo de familia, de donde provienen los alumnos de nuestros seminarios? A veces les falta la figura paterna, a veces viven en la más grande promiscuidad con todos los problemas que se pueden imaginar... Y todo esto, se quiera o no, deja una profunda huella en la vida del futuro ministro de la Iglesia.

No nos queda que solicitar un encuentro con el rector del seminario, una personalidad de relieve en el mundo eclesiástico, muy apreciado por su cultura y el conocimiento de la problemática relacionada con el clero. Su fama ha rebasado el ámbito arquidiocesano, por lo cual seguido es invitado a tratar el tema del clero en distintos foros a nivel nacional e internacional. Al contrario de lo que pudiera imaginarse, se trata de un hombre muy sencillo, accesible, ameno y práctico.

Después de habernos escuchado un buen rato, viene al grano.

— Pobres, humildes, sencillos, con algunos problemas de orden psicológico, sí. Mañosos, definitivamente no —declara con énfasis. Y nos presenta algún caso concreto.

— Por ejemplo —sigue el rector del seminario—, hace algunos años un cura muy amigo mío y caritativo me presentó a un joven, que pertenecía a una familia de escasos recursos económicos, muy piadoso y con una inteligencia excepcional. Evidentemente lo acepté de inmediato, confiando en la sinceridad del joven y la capacidad de discernimiento del cura amigo. ¿Y qué pasó? Que en realidad durante los primeros meses dicho joven se portó muy bien. ¡Hasta se levantaba la mañana una hora antes de lo establecido para ir a la capilla y quedarse en oración! Era un ejemplo para todos. De hecho, no faltó alguien que empezó a imitarlo.

Sin embargo, en la medida en que iba avanzando en los estudios, lentamente empezó a cambiar. Ya dejó de levantarse antes de lo establecido para orar en la capilla, se fue aislando de sus compañeros, de vez en cuando no participaba en los actos de piedad comunitarios, se acostaba y se levantaba cuando quería, con el afán de dedicar siempre más tiempo al estudio. En distintas ocasiones le llamé la atención para que se fuera adaptando al ritmo del seminario. Nada. Al contrario, se puso siempre más rebelde y en actitud claramente desafiante. Hasta que tuve que despedirlo.

Quién sabe cómo enredó las cosas. El hecho es que el cura, que me lo había presentado con anterioridad, lo recibió en su casa y se hizo cargo de todos sus gastos, siguiendo en el seminario como alumno externo, hasta lograr la licenciatura en filosofía. Una vez fuera del

seminario, se aisló totalmente de sus compañeros tomando actitudes claramente homosexuales, con cara y pelos pintados, ropa extravagante... Nadie estuvo presente cuando defendió su tesis, en la que logró la máxima calificación: “Summa cum laude”.

Una vez terminados sus estudios, tuvo el descaro de pedirme una carta de recomendación para entrar en otra institución eclesiástica. Como era de esperarse, en ningún lugar fue aceptado. De todos modos, él asegura que algún día no solamente llegará a ser sacerdote, sino también obispo. Otro detalle: ahora me acabo de enterar de que, desde que salió del seminario, siguió explotando a nuestros bienhechores, presentándose como seminarista. Un verdadero bandido.

— Tal vez hubiera sido oportuno aconsejarle un psicólogo— sugiere el P. Rodolfo.

— Claro que lo hice. No aceptó —contesta el Padre Rector.

— ¿Será posible que lo acepten en alguna otra institución eclesiástica, teniendo en cuenta estos antecedentes? — pregunta el P. Nacho.

— Todo es posible —contesta el P. Rector—. Puesto que es un buen actor, fácilmente puede engañar algún obispo o superior de alguna comunidad religiosa para que lo acepten. Éstos, teniendo en cuenta su preparación académica, fácilmente pueden caer en la trampa.

— Y así —comenta el P. Rodolfo— se siguen colando en nuestras filas elementos negativos, que después afectan grandemente la imagen de la Iglesia.

— Afortunadamente se trata de casos aislados — sigue el P. Rector—, que de todos modos no dejan de causar daño a la Iglesia, desfigurando su imagen. Los enemigos de la Iglesia después se encargan de darle la

máxima publicidad con el afán de apartar cada vez a más gente de la fe católica. Como si ellos fueren unos puros, honestos, santos y todos los demás que practican la fe fueran gente hipócrita, orgullosa, egoísta o depravada sexualmente.

— Es una prueba más del papel único —observa el P. Juan—, que la Iglesia Católica juega en la sociedad. Por cualquier cosa que nos pasa a nosotros, todos levantan el grito al cielo. Como dijo don Quijote: “Si ladran los perros, se ve que estamos avanzando”.

— De todos modos —sigue el P. Rector—, para nosotros ser ejemplo para el pueblo creyente constituye una exigencia de nuestra vocación. Imagínense qué daño representa para los feligreses la presencia entre nosotros de un cura borracho, violento o psicológicamente afectado. Por lo tanto, tenemos que ser muy cuidadosos, cuando se trata de admitir a alguien a las órdenes sagradas. Primero tenemos que estar bien seguros de que se trata de candidatos realmente idóneos.

— Claro que esto resulta bastante difícil —comenta el P. Rodolfo—, cuando hay que atender a un número relativamente grande de alumnos.

— Por eso —subraya el P. Rector— el Sr. Arzobispo ha depositado tantas esperanzas en la Fraternidad Sacerdotal, que con usted está dando sus primeros pasos. Tratándose de grupos chiquitos, es más fácil conocer mejor y dar seguimiento a los que se preparan para el sacerdocio. De todos modos, yo les aconsejo que tengan un diálogo abierto con el Sr. Arzobispo para que vayan definiendo mejor todo este asunto.

Es lo que decidimos hacer de inmediato. Como siempre, un servidor se encarga de tomar contacto con el Sr. Arzobispo y ponerlo al tanto de la situación de la Fraternidad.

— ¿Que le pareció la actitud del P. Rector con relación a este proyecto? —me pregunta el Sr. Arzobispo.

— Muy favorable — le contesto.

— Pues bien invítalo a una reunión entre gente muy interesada en este proyecto. Yo me encargaré de llevar a otros dos o tres sacerdotes, que veo muy abiertos.

Y se celebra la reunión, que resulta todo un éxito.

— ¿No entendieron cuál es la tirada? — Empieza el Sr. Arzobispo—. Lo que pretendo es que algún día desaparezca este tipo de seminario que tenemos ahora, que más bien se parece a un cuartel. Que todos los aspirantes al sacerdocio se vayan formando en pequeñas comunidades, en un contacto continuo con el pueblo y sus formadores y acudan al seminario solamente para recibir las clases. Así se evitan tantos problemas, especialmente el problema de la masificación, que representa una lacra en la Iglesia. Y cuando se den estas condiciones, es más fácil discernir quién es realmente idóneo para el ministerio sacerdotal y quién no, contando con la opinión del mismo pueblo, que en estos casos parece mucho más sabio y prudente que nosotros mismos. ¿Qué les parece?

Nadie se hubiera imaginado una actitud tan radical de parte del Sr. Arzobispo. Como siempre, desde que decidió tomar el camino de la vida comunitaria para el clero diocesano, el Sr. Arzobispo no deja de sorprendernos con sus ideas tan innovadoras. Aunque para algunos se trata de una utopía y nada más, de todos modos, todos empezamos a soñar con un nuevo tipo de sacerdote diocesano. El mismo P. Rector no puede evitar el contagio general.

— Aunque me quede sin trabajo —afirma en un breve discurso de conclusión—, haré todo lo que esté de

mi parte para que el proyecto del Sr. Arzobispo prospere y todos los seminaristas se formen en pequeñas comunidades. ¡Viva la Fraternidad Sacerdotal! ¡Viva el nuevo seminario, que está por nacer!

— ¿Y qué va a pasar con el seminario actual? — pregunta alguien. — ¡Que descanse en paz! — es la respuesta del P. Rector.

Diálogo Cultural

Uno de los temas que más manejamos en nuestras charlas de sobremesa, es el tema cultural. Evidentemente en esto el P. Rodolfo es el águila que descuella incontrastable. Reflexiona, pregunta, provoca, afirma, duda..., tratando de involucrarnos a todos en su giro de ideas. A veces lo logra y a veces no. El que se manifiesta más refractario ante esta problemática es el P. Juan. Parece que se asfixia, cuando el P. Rodolfo se eleva en sus vuelos pindáricos, lanzando algún cuestionamiento provocador.

— Es que el P. Rodolfo anda siempre por las nubes —se justifica el P. Juan—. Es tiempo perdido tratar de seguir sus razonamientos. Por mi parte, prefiero ser práctico: resolver problemas concretos. ¿Para qué sirve divagar tanto en asuntos que no tienen nada que ver con la realidad?

Ni modo. Así es el P. Juan. A veces intento convencerlo de que se trata de algo importante, que tiene que ver mucho con el problema de la evangelización. Pero me estoy dando cuenta de que se trata de una fatiga inútil, puesto que el P. Juan, más que práctico, es algo corto de entendimiento. ¿Qué le podemos hacer si le tocó un solo talento? Lo bueno es que no se siente acomplejado por ello. Posiblemente no tiene plena conciencia de su realidad. Por eso es muy espontáneo en expresar sus opiniones y trata de intervenir en cualquier conversación,

aunque a veces moleste por su terquedad en querer sostener puntos de vista, que no tienen ni pies ni cabeza.

Un día el P. Rodolfo llega a la mesa con un entusiasmo, que se le nota hasta por los poros de su piel. Esto le pasa cuando se le ocurre alguna idea genial. Y de hecho, terminada la oración, proclama con toda solemnidad a manera de oráculo:

— El místico y el artista serán los misioneros de mañana.

Todos nos quedamos sorprendidos e impactados por su ex abrupto, en espera de una explicación. Pero interviene el P. Juan que lo agüita todo, reduciendo el asunto a una diatriba de palabras.

— Si es así —ataca el P. Juan—, ¿que vamos a hacer nosotros? Mejor que nos dediquemos a vender chicles o pepinos en la calle.

Y empieza a remedar a una artista de cabaret predicando la Palabra de Dios. Todos nos damos cuenta de que el P. Juan no agarró la onda. Trato de intervenir para aclarar el malentendido, pero veo que todo resulta inútil. El P. Juan sigue terco en su posición hasta no levantarse de la mesa y retirarse, echando pestes contra los intelectuales que, según él, no hacen más que enredar las cosas.

Una vez que nos quedamos solos un servidor y el P. Rodolfo, éste trata de explicar su concepto acerca de la misión del futuro.

— En un mundo plural — aclara el P. Rodolfo, tratando de sobreponerse— la mística y el arte representarán el lenguaje universal, capaz de asombrar, suscitar estupor, cuestionar... en fin, crear las condiciones para que el hombre pueda rebasar los estrechos horizontes del contingente para vislumbrar otros mundos y

respirar otros aires, más allá de toda experiencia tangible o esfuerzo intelectual. En el fondo, yo percibo en la mística y el arte los grandes vehículos destinados a llevar al hombre del futuro hacia la esencia de las cosas, superando toda trampa que pueda surgir del contacto con las cosas o el uso de la razón.

— Si así están las cosas —me aventuro en opinar—, nuestro mundo católico está out, es decir fuera de onda. En efecto, hemos apostado todo por la filosofía, es decir la inteligencia, descuidando seriamente otros aspectos igualmente importantes del ser humano, que pueden ayudar al hombre a huir del mundanal ruido para elevarse en la contemplación de la belleza que en el arte, la mística y la poesía encuentran su máxima expresión. Es suficiente notar el tipo de formación que se imparte en los seminarios para darnos cuenta de que se trata de una triste realidad.

— Efectivamente —sigue el P. Rodolfo como inspirado — desde la ruptura del mundo cristiano occidental que tuvo lugar con la Reforma Protestante, parece que el mundo católico tomó su camino a solas, centrándose esencialmente en la filosofía y la teología como medios para alcanzar y entender el misterio de Dios y el hombre. La Iglesia se aisló, buscando en sí misma su seguridad; se volvió fortaleza...

— La Iglesia docente, evidentemente — trato de aclarar.

— Cierto, la Iglesia docente —repite el P. Rodolfo—, mientras los demás miembros de la Iglesia se refugian en las devociones populares, en busca de una salvación segura y barata.

— Y ahora —observo, siguiendo el hilo del discurso— nos encontramos con el enorme paquete de un pueblo católico interiormente dividido: por un lado

se profesa creyente y por otro respira, siente y vive valores culturales ajenos a su fe. En realidad, para las masas católicas la fe va del altar a la puerta del templo. Afuera piensa, siente y vive de otra manera.

— Es que nosotros no producimos, no creamos cultura. La poesía, el teatro, las artes plásticas y las distintas expresiones literarias andan por su cuenta, al margen de la fe, con presupuestos ajenos o contrarios a nuestros valores como creyentes.

En este momento llega el P. Nacho, que trata de involucrarse en nuestras reflexiones. Generalmente se limita a repetir ciertos tópicos propios del mundo católico, aprendidos en las clases de teología o en los documentos oficiales de la Iglesia.

— Urge evangelizar la cultura — afirma el P. Nacho muy preocupado.

— ¿Evangelizar la cultura? — repite el P. Rodolfo muy contrariado— ¿Qué quiere decir eso de evangelizar la cultura? ¿Entiende lo que está diciendo? ¡Como si se tratara de echarle agua bendita y nada más!

— Bueno —retoma la palabra el P. Nacho—, se trata de un desafío..

— Más que de un desafío —sigue el P. Rodolfo, un poco calmado—, se trata de un pretexto o una manera fácil de eludir el verdadero problema, que consiste en ver cómo hacer cultura, por lo menos para alimentar a nuestros feligreses y tratar de crear un puente entre nuestra manera propia de ser como creyentes y otras maneras de ver la realidad y enfrentarse a los grandes enigmas de la existencia.

— Y entonces, —sigue un poco molesto el P. Nacho— ¿Para qué sirven los documentos de la Iglesia?

En este momento regresa el P. Juan muy tranquilo y, como siempre, se mete en la conversación, sin saber de qué se trata.

— ¿Cuáles documentos de la Iglesia? —pregunta el P. Juan— Yo de plano ni los leo. Documentos por aquí y documentos por allá. Todos hacen documentos, como si fuera suficiente hacer documentos para cambiar el mundo. Fíjense que también nosotros, los promotores vocacionales, estamos preparando un documento. Gente intelectual se está quemando las pestañas para preparar este documento, investigando en la Biblia, los Santos Padres, el Concilio... Un montón de cosas, que a la mera hora nadie lee y menos pone en práctica.

El P. Nacho no sabe qué hacer frente a la superficialidad del P. Juan. No sabe si reír o llorar. Muchas veces se lo he hecho notar. Interviene un servidor tratando de suavizar las cosas:

— Claro que para algo sirven los documentos de la Iglesia. Aunque por lo general no sean operativos, sino simplemente orientativos y exhortativos, de todos modos sirven para entender el status quaestionis, es decir qué hay acerca de tal o cuál problema, en un determinado momento y lugar. Nunca son definitivos ni perfectos. Siempre se pueden mejorar.

— Aquí está precisamente nuestro papel como teólogos, pastores de la Iglesia o simples feligreses comprometidos con el ser y el quehacer de la Iglesia— interviene el P. Rodolfo—: partir de los documentos para ver en qué nos ayudan o en qué nos enredan...

— Cuidado, P. Rodolfo —observa el P. Nacho—. De un teólogo oficial tendríamos qué esperarnos otro tipo de lenguaje.

— Bueno, —sigue el P. Rodolfo—. Si queremos servir a la Iglesia, no tenemos que esconder o soslayar

ciertos límites presentes en los documentos de la Iglesia o en sus acciones pastorales. No nos olvidemos que el problema de la globalización está presente también en la Iglesia. No todo lo que es útil y ayuda a resolver ciertos problemas en un determinado lugar o tiempo, es útil y ayuda a resolver los mismos problemas en otro lugar o tiempo. En el caso del ecumenismo, por ejemplo, ¡cuánto daño ha causado el tratar de usar esta receta en todas las latitudes, sin tener en cuenta los peligros de un proselitismo descarado y avasallador, que está haciendo derrumbar muchísimas comunidades católicas!

Me doy cuenta de que, al tratar de aclarar estos detalles, el P. Rodolfo se está alejando del propósito inicial, que consiste en enfrentar el problema cultural y sus implicaciones con la evangelización. Lo hago notar al P. Rodolfo, que de inmediato se calla en espera de algún comentario o pregunta, que lo lleve al terreno inicial. Tomo la palabra:

— Según usted, habría que crear cultura. Pero ¿Quiénes lo harían y cómo?

— Nosotros, pues: usted, yo, el P. Juan... —contesta el P. Rodolfo.

Todos nos reímos, imaginándonos al P. Juan como escritor. ¡Pobrecito! ¡Si aún no puede escribir correctamente ni el programa de sus eventos vocacionales! El P. Rodolfo no se rinde. Toma más aire, se llena los pulmones y explota como un volcán:

— Ahí está. Se ve que no entienden qué significa hacer cultura. Para ustedes, se trata solamente de escribir novelas o guiones cinematográficos. No señores. Hacer cultura o crear cultura significa también hacer historietas con monitos, contar cuentos, hacer payasadas en las calles, las plazas, los teatros o las casas... y en esto, disculpen si a ustedes no les va a agradar lo que estoy por

decir, el P. Juan es un verdadero artista, que encanta con sus...

El P. Rodolfo no logra terminar su perorata a favor del P. Juan. Todos lo interrumpimos con un frenético aplauso.

— Viva el P. Juan, nuestro artista preferido.

— Viva el payaso de Dios.

Un fuerte abrazo entre el P. Rodolfo y el P. Juan sella un pacto de amistad, que nada ni nadie ya podrá romper.

El hombre y las estructuras

Acabo de regresar de una gira por Centro y Sudamérica, donde he visitado distintas diócesis y he dialogado con muchos obispos, sacerdotes y religiosas. Por lo general, he notado un gran despliegue de energías en el campo social: colegios, clínicas, asilos de ancianos... En el campo religioso, muchas construcciones: templos por todo lado, centros de retiro, casas para la formación de los laicos... Y todo esto, manejado por obispos y sacerdotes managers, que saben de dónde sacan el dinero y cómo administrarlo. Por lo general, se trata de dinero que llega del extranjero.

No es raro oír: “Ahí está la iglesia del Padre tal”. Construcciones bonitas, pero aisladas del pueblo que no las siente como propias. Surgieron como hongos en el desierto y allí quedan para ser usadas en ciertas ocasiones. Algo que rebasa esencialmente las posibilidades y expectativas del pueblo, para el cual fueron ideadas y realizadas. Ahora queda el problema de su mantenimiento. Una enorme preocupación para los herederos de estos pioneros, que pasan a la historia como gigantes o meteoritos llegados de otros mundos, deslumbrando con su fuerza y poder.

¿Y la evangelización que representa la tarea propia de la Iglesia? Después. Primero las estructuras después

la evangelización. “Yo hice el atril –me confesaba un obispo constructor—: a mi sucesor le tocará utilizarlo para predicar”. Ojalá que esto suceda. En realidad, para muchos obispos el mantenimiento de tantas obras, desligadas del pueblo al que están destinadas a servir, representa una verdadera carga, que muchas veces les quita el sueño.

¡Qué diferencia con las humildes capillas que a lo largo de tantos años han ido surgiendo a raíz de la actividad misionera, desarrolladas por tantos agentes de pastoral anónimos: capillas hechas por el pueblo y para el pueblo! Capillas de madera o adobe con techo de lámina, zacate o palma; capillas o templos parroquiales de ladrillo, varilla y cemento, cuya construcción demoró años y le costó al pueblo enormes sacrificios. Ahora son su orgullo y el mejor testimonio de su fe para las futuras generaciones.

Como se ve, hay diferentes maneras de concebir y realizar la misión y en general ver el problema del progreso de los pueblos bajo cualquier aspecto. Para mí, el hombre viene primero, después las estructuras. Otros piensan lo contrario: primero las estructuras, después el hombre. Otro detalle que me llama la atención: casi siempre en la Iglesia católica se aprecia y se privilegia la promoción humana con relación a la evangelización directa. Para muchos la misma evangelización consiste en la promoción humana, no solamente en los lugares pobres, sino también en los lugares más desarrollados. En estos casos, se privilegia la atención a los drogadictos, los inmigrantes, los ancianos...

¿Y el anuncio directo de la Palabra que lleva a la conversión? Tengo la impresión que muchos se sienten asfixiados frente a esta perspectiva. Aunque hayan estudiado teología, en la práctica no entienden nada de

evangelización. Para ellos, lo material viene primero, después lo espiritual, después... Después... ¿cuándo? Ya son sacerdotes y aún no tienen experiencia de cómo evangelizar. Por eso se dedican casi exclusivamente a la administración de los sacramentos, dejando la tarea de evangelizar a los laicos, sean catequistas o miembros de las asociaciones o los movimientos apostólicos.

Pues bien, con estas reflexiones introduzco otro café teológico.

— Primero se necesita la conversión del corazón —reacciona un seminarista de filosofía, que sale de un movimiento apostólico—. Solamente así es posible cambiar las estructuras de la Iglesia y la sociedad.

— Pero ¿cómo se puede anunciar el Evangelio a uno que tiene el estómago vacío? — contesta otro.

Con estas dos intervenciones, las cartas están echadas y el problema está puesto. Todos hablan, cada uno defendiendo su punto de vista. Se ve que se trata de un tema muy sensible para todos. Un seminarista de teología logra imponerse:

— Por favor, dejemos a un lado todo sofisma o propaganda barata y seamos honestos y sinceros. Ahora bien, todos sabemos que en el mundo hay muchas carencias, especialmente en ciertos lugares y ciertos sectores de la sociedad. El problema es: ¿cómo ayudar a la gente a salir de esta situación? ¿Lanzándola en aventuras revolucionarias, donde se vuelven en carne de cañón o anunciándoles el Evangelio para que cada quién descubra el sentido de su vida y tome decisiones responsables en orden a su futuro y el futuro de la sociedad? ¿Acaso los pobres e indigentes no tienen también un alma que salvar? ¿Acaso los únicos problemas vitales son de orden económico y político? Los que piensan así ¿no se dan cuenta de que su manera de pensar

está diametralmente opuesta a la del Evangelio? En este caso, ¿por qué siguen ejerciendo como pastores de la Iglesia? ¿No se dan cuenta de que, en lugar de servir al Evangelio, se están sirviendo del Evangelio para apoyar causas que no tienen nada que ver con el Evangelio? Para un discípulo de Cristo y más aún para un ministro de la Iglesia ¿está permitido el sofisma y la manipulación como medios para lograr objetivos supuestamente legítimos?

Algunos no resisten el cuestionamiento, se levantan y se retiran, otros tratan de matizar ciertos aspectos, examinando casos concretos de pastores de la Iglesia implicados en esta problemática o lugares que hicieron historia por sus conflictos armados, contando con la presencia activa de determinados sectores de la Iglesia. Se habla de Nicaragua, El Salvador y Guatemala, donde se logró la paz después de años de conflicto y a costa del sacrificio de tantas víctimas inocentes.

— En el fondo —comenta una religiosa— los que pagan el pato son siempre los más débiles, sea de parte de la guerrilla que de parte del gobierno. En realidad, ¿qué son los soldados? ¿Acaso no son parte del pueblo? Además, en la mayoría de los casos son los civiles los que más sufren las consecuencias de cualquier enfrentamiento armado entre los ciudadanos de un mismo país.

— ¿Y qué pasa cuando un determinado grupo rebelde logra sus objetivos? —comenta otra religiosa— se instala en el poder y se vuelve opresor, peor que el gobierno que logró derribar.

— Por eso, vuelvo a repetir —insiste el seminarista de antes—: primero se necesita la conversión del corazón. Cambiando el corazón, se puede cambiar la sociedad. Hombre nuevo en mundo nuevo. Primero el hombre y después la sociedad con sus estructuras. De otra manera, podrán cambiar las estructuras, quedándose siempre

igual el hombre, es decir un lobo para otro hombre. Y esto a nivel social, político, económico y religioso.

Alguien grita:

— Viva el subcomandante Marcos.

— No seas payaso.

— Cállate —es la respuesta de muchos.

Algo increíble. Casi empieza un zafarrancho entre los seminaristas, las religiosas y los curas presentes. Se ve que los simpatizantes del subcomandante son pocos, pero muy concientizados y decididos. Para ellos, el subcomandante es el hombre providencial que viene a despertar la conciencia nacional sobre el asunto de los indígenas. Para otros es un aventurero en busca de una causa para hacer protagonismo.

— De hecho —aclara un joven sacerdote—, ya se metió con el rey de España, el juez Garzón y el país vasco, que no tienen nada que ver con la causa indígena.

— Es un pensador y un brillante escritor, y nada más —insiste otro—. Lo que busca es materia para hacer literatura.

— Y darse a conocer.

— Y conseguir plata.

— Y asegurarse su lugar en la historia —añaden otros.

— Para él, los indígenas, los vascos, la globalización y todo lo demás no le importa un bledo. Lo que le importa es su ego, su fama y su poder.

— Es un capitán de ventura, que adopta cualquier causa con tal que le reditúe fama, prestigio y poder.

— ¿Y qué? —Toma la palabra un secuaz y defensor acérrimo del subcomandante Marcos— ¿Acaso durante

siglos ser capitán de ventura no fue considerado como una buena profesión, propia de los nobles y bien nacidos, que ponían su espada al servicio de las grandes causas? ¿Qué hay de malo en todo esto?

— Bueno —contesta otro participante en el café teológico—, mejor no meternos en este asunto, porque nos podría llevar muy lejos, hasta justificar a los mismos mercenarios o soldados a sueldo, que son una forma de pistolero organizado y a servicio del mejor postor.

Se intenta ahondar más en el asunto del subcomandante con relación al tema que nos interesa. Algunos desaprueban la actitud de ciertos sectores de la Iglesia, que apostaron demasiado sobre el papel liberador del subcomandante y ahora quedan decepcionados. Otros hacen notar cómo una vez más gente de afuera se aprovecha de los indígenas para experimentar la validez de su propia ideología. Son pocos los que se meten con sinceridad y desinterés al lado del pobre y del débil para ayudarlo a superarse, volviéndose en protagonistas de su propia historia. La mayoría se sirve de los pobres con el cuento de querer ayudarlos. Hasta hay Ong's (organizaciones no gubernamentales), que viven a espaldas de las causas humanitarias, quedándose con gran parte de la ayuda que tendrían que repartir entre los pobres.

Alguien lamenta no poder llegar a una conclusión correcta sobre el asunto que nos interesa. Le contesto que no corresponde a los objetivos de nuestros encuentros. Lo que importa es aprender a escuchar y hablar, compartiendo opiniones e inquietudes. Por fin toma la palabra un anciano misionero, que concluye el encuentro con broche de oro:

— Hermanos, les confieso que muchos conceptos aquí expresados me resultan totalmente extraños. Lo que les puedo decir es lo siguiente: como discípulos de Cristo,

tratemos de conocer, amar, vivir y proclamar su Palabra. Nunca pongamos algo por encima de la Palabra de Dios. Si hacemos esto, poco a poco nosotros iremos cambiando y también irá cambiando el mundo que nos rodea. Confiemos más en el poder transformador de la Palabra de Dios. Las estructuras vendrán después, según la necesidad de cada lugar. Por lo menos ésta ha sido mi experiencia.

La familia crece

El trabajo del P. Juan ya empieza a dar sus frutos. Poco a poco empiezan a llegar las solicitudes para adherirse a nuestra comunidad. La mayoría son seminaristas de filosofía o teología. No faltan jóvenes estudiantes o jóvenes con aspiración al sacerdocio, pero carentes de formación académica. Algunos aún no cuentan ni con la primaria terminada.

— Para éstos me encargo yo —sugiere el P. Nacho—. Tengo unos cuartitos en los anexos parroquiales. Hasta diez o quince muchachos pueden vivir tranquilamente conmigo, frecuentando una escuela abierta y haciendo el apostolado en las numerosas colonias que me han sido confiadas.

Todos quedamos admirados al notar el espíritu de iniciativa y la generosidad del P. Nacho. Tal vez la experiencia comunitaria lo ha hecho más valiente y decidido. Quedamos en que el P. Nacho y el P. Juan se encargarán de los candidatos de primaria, secundaria y preparatoria, mientras el P. Rodolfo y un servidor nos encargaremos de los jóvenes del introductorio, la filosofía y la teología. Ni modo. No queda otra. Si de veras queremos que prospere la idea del sacerdote diocesano que vive en comunidad, tenemos que empezar desde los años de la preparación al sacerdocio.

— Es que algunos ya llegan al sacerdocio con ideas chuecas —confirma el P. Juan—. Sueñan con su carrito

nuevo, su buena comida y todas las demás comodidades posibles. Por eso les resulta difícil injertarse en una comunidad, donde se comparte todo y se hace un verdadero esfuerzo para vivir según el Evangelio.

— Peor aún si ya traen algunas mañas —añade el P. Rodolfo— como la de tomar, ser demasiado autoritarios o de explotar a la gente.

— Por eso, es urgente —concluye un servidor— empezar a vivir en comunidad desde el período de la formación para ir detectando a tiempo ciertas mañas y tratar de ir eliminándolas. Así que... manos a la obra, si queremos hacer realidad el nuevo tipo de sacerdote al que todos anhelamos, contando con un tipo de formación más personalizado y menos parecido al que se imparte en los cuarteles.

Todos estamos de acuerdo en que no tenemos tiempo que perder, empezando a examinar las solicitudes según nos vayan llegando. Algunas son desechadas al tener la primera entrevista con los candidatos: se ve claramente que se trata de homosexuales en busca de empleo. Otras nos llenan de esperanza: se trata de jóvenes que optan por nuestra comunidad a raíz de un verdadero discernimiento vocacional. De todos modos, tenemos que examinar detenidamente cada caso, dialogando con los interesados y pidiendo informes a las respectivas instituciones.

Dos casos nos llaman particularmente la atención: Samuel, un joven con preparatoria metido en la pastoral desde hace años y Santiago un seminarista que acaba de terminar el primer año de teología en un seminario diocesano de provincia. Los dos tienen algo en común: están muy interesados en el tipo de pastoral que maneja un servidor (la apologética) y en el tipo de vida que se lleva en la Fraternidad Sacerdotal, que acaba de descu-

brir. En los dos casos notamos signos claros de vocación, por su rectitud de intención, celo apostólico y deseo de conversión.

En el caso de Samuel, nos da mucho gusto notar como, no obstante todas las presiones de parte de su párroco, no se dejó enredar en el asunto vocacional. Perteneciendo a una congregación de altura, siempre con su impecable clergyman, el párroco hizo todo lo posible para atraparlo, bajándole las estrellas del cielo. No dejaba de repetirle:

— En nuestra congregación hay pura gente culta y tenemos un nivel de vida muy elevado. Todos vamos a estudiar al extranjero y contamos por lo menos con una licenciatura. Fácilmente nos codeamos con la crema y nata de la sociedad.

— Pero esto a mí no me interesa —contestaba Samuel—. Yo prefiero trabajar con los pobres.

— ¿No entiendes que, una vez contando con el apoyo de los de arriba —insistía el párroco—, es más fácil convencer y controlar a todos los demás? Solamente así se puede evangelizar de veras.

— Quién sabe. Yo prefiero trabajar con los pobres, los marginados y los que, según ustedes, no valen nada.

Y de ahí nadie lo sacaba, mientras seguía buscando por otro lado en contra de la voluntad del párroco. Hasta que se topó con la Fraternidad Sacerdotal, mediante la propaganda impresa en un calendario. Desde el primer contacto con Samuel, nos damos cuenta de que se trata de un alma privilegiada, con un grande equilibrio psicológico y un amor innato hacia los más pobres y marginados. Estoy convencido de que va a representar una pieza importante dentro de la fraternidad.

El caso de Santiago es muy parecido. Después de una vida sin preocupaciones religiosas, fue a parar con los testigos de Jehová, contra la voluntad de sus familiares y especialmente de su papá, el catequista de la aldea. Nada ni nadie lograba convencerlo de su error, hasta que un día, con ocasión de su graduación, el papá le regaló el libro “Diálogo con los Protestantes”, un clásico en el campo de la apologética.

Mano a mano que iba leyendo dicha obra, sus dudas se fueron despejando y su vida tuvo un giro de 180 grados, adhiriéndose totalmente a la fe de sus padres y volviéndose en un entusiasta apologista. No desperdiciaba ninguna oportunidad para aclarar las dudas a los católicos confundidos por los grupos religiosos proselitistas. Empezó a frecuentar el grupo juvenil de la parroquia y por fin entró en el seminario.

Allá cursó propedéutico y filosofía. Al empezar la teología descubrió la Fraternidad, leyendo un tríptico enviado por el P. Juan a todos los seminarios. Era lo que más esperaba: dedicarse completamente a la evangelización en una Fraternidad Sacerdotal, en que se apreciara debidamente y se manejara la pastoral bíblica y la apologética, tan urgentes y necesarias el día de hoy para conocer la propia fe, vivirla y cuidarla ante la agresión sistemática de los grupos proselitistas y la sugestión de la Nueva Era (New Age).

Con su entusiasmo logró contagiar a otros dos seminaristas del mismo grupo. Al enterarse el P. Rector, se puso furioso:

— ¿Qué les falta en el seminario, que les pueda ofrecer la dichosa Fraternidad Sacerdotal?

— Es que allá es más fácil vivir con mayor entrega el ministerio sacerdotal. Además, hay más experiencia pastoral...

Pronto el P. Rector mandó recoger y quemar toda la propaganda de la Fraternidad y todos los libros de apologética presentes en la biblioteca. Según él, era necesario cortar por lo sano. Empezó a dialogar con los tres uno por uno, hasta convencer a los otros dos a no cambiar el seminario por la Fraternidad. Para lograrlo, les dispensó el año de pastoral, que se acostumbraba hacer después del primer año de teología. Al ver que no se podía con Santiago, lo instó a dejar el seminario lo más pronto posible. Lo que hizo al terminar el año escolar.

Al darnos cuenta de todo esto, el P. Rodolfo y un servidor le damos gracias a Dios por enviarnos a gente bien identificada con nuestro ideal. Evidentemente estos dos jóvenes son aceptados de inmediato, mientras para los demás seguimos con otras entrevistas, hasta no despejar todas las dudas. No falta algún sacerdote que solicita informes. Entre éstos, uno nos llama particularmente la atención por ser muy conocido en muchos ambientes por sus aspiraciones artísticas. Canta, baila, habla por radio y televisión... parece un óptimo elemento para animar a la juventud, despertar vocaciones y dar a conocer al gran público nuestra comunidad, sacándola de su ámbito puramente eclesial.

Al preguntarle las razones de su decisión, contesta con entusiasmo:

— Solicito el ingreso a su comunidad por el espíritu de hermandad, apertura e iniciativa que se respira en su ambiente. Solamente así es posible enfrentar seriamente los retos de la Nueva Evangelización, utilizando de una manera especial los medios de comunicación masiva—. Y me habla de sus conciertos y grandes planes de evangelización, en las plazas y en los estadios, por radio y televisión. Parece realmente convencido de lo que hace y quiere seguir haciendo en el futuro para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Estoy por aceptarlo de inmediato, pero el P. Rodolfo me sugiere ser más cauteloso, solicitando informes al superior de la comunidad a la que pertenece. Al hacerlo, descubro un abismo de podredumbre, mentira y engaño.

— ¿El P. Fito? —contesta el superior de la naciente congregación.— un caso realmente patológico. Esquizofrenia pura. Bajo una apariencia de entusiasmo, entrega y santidad, se esconde un lobo rapaz, cuya única preocupación consiste en atraer a la gente, chuparla y aventarla, sin ningún escrúpulo.

— ¿Es posible todo esto? —sigo preguntando con un cierto velo de escepticismo.

— Es la pura realidad. Diez años de engaño. Estaba encargado del preseminario: unos cinco o diez jóvenes aspirantes a la vida religiosa. ¿Y qué hacía? Los tenía como achichincles para sus conciertos: organizar eventos y entrenar, y durante el tiempo libre coleccionar en las parroquias para la construcción del seminario. ¿Cuál seminario? Al pedirle cuentas claras de todo para dar inicio a la construcción, se sale con que no existe ningún fondo económico destinado para eso. Casi nos da un infarto a todos.

— ¿Cuánto tiempo duró esta farsa?

— Unos diez años. Cada vez que le pedía cuentas, contestaba: “Después... después”, con el pretexto de que estaba siempre ocupado. Aseguraba que él tenía la capacidad de convencer a cualquiera. Hasta que no empezó a surgir alguna duda y no me enfrenté a él con toda determinación, destituyéndolo del cargo y exigiéndole cuentas claras. Entonces, empezó a crear cortinas de humo, tratando de convencer a todos de que era mi intención sacarlo de la congregación por ser muy inteligente. Una vez que no pudo sostener el cuento de su

inocencia en campo económico, debido al testimonio de los mismos seminaristas que habían estado a su cargo, se salió con el principio de la compensación y la fe en Cristo: “Lo que sustraje, fue una justa compensación por los servicios prestados a la congregación; además, una vez que acepté a Cristo como Salvador, todos mis pecados quedaron perdonados y ya nadie me puede exigir nada”.

— Teología barata, manejada por los evangélicos modernos.

— Precisamente. De hecho, no me extraña que, al verse cerradas las puertas dentro de la Iglesia (se acaba de dar a conocer su situación al episcopado) se pase a un grupo evangélico o funde su propia secta.

Toda esta historia me deja confundido y anonadado. ¡Hasta qué punto puede llevar el amor al dinero! Un aspecto que hay que tomar muy en cuenta en la formación de los aspirantes al sacerdocio. Un motivo más para echarle ganas en el proyecto de la Fraternidad Sacerdotal, para poder detectar a tiempo ciertos trastornos de personalidad, antes que sea demasiado tarde, como en el caso del P. Fito.

Planeación pastoral

Nos llega una circular del arzobispado. El P. Juan la enseña a todos solemnemente y la tira al cesto de la basura.

¿Qué creen esos señores de la Curia? —comenta en tono fastidiado y burlón—. Como si nosotros no tuviéramos nada que hacer. Circulares por aquí y circulares por allá. Reuniones, retiros, encuentros, avisos, recomendaciones... si yo hiciera caso a todas las circulares que me llegan, me pasaría la vida leyendo circulares y asistiendo a todo tipo de encuentros: a nivel nacional, a nivel regional, a nivel zonal, a nivel arquidiocesano, a nivel de foranía, a nivel de decanato. Un verdadero manicomio. Por eso he tomado una firme decisión: de hoy en adelante ya no voy a leer ninguna circular. Me dedico a lo mío y ya.

— Siempre exagerado el P. Juan — interviene el P. Rodolfo, mientras se levanta del sillón y va a rescatar la circular. Hojea el encabezado y empieza a leer:

— Planeación Pastoral. Por disposición del Sr. Arzobispo, comunico a todos los vicarios episcopales, señores canónigos de la catedral, etc. etc. que el día — se tendrá la primera sesión preparatoria para organizar la Planeación Pastoral de la arquidiócesis. Como de costumbre, es obligatoria su asistencia para los señores —, aunque todos estén invitados a — Firmado: el Canciller —

El mismo P. Juan queda sorprendido:

— Por fin los de la curia empiezan a utilizar la cabeza. Quien sabe si fue una idea de ellos o directamente del Sr. Arzobispo. Posiblemente el Sr. Arzobispo se está dando cuenta de que le queda un cuarto para las doce y quiere dejar asentado algo claro antes de irse. Porque, a decir verdad, hasta la fecha hemos dado palos de ciegos, a ver si le pegamos.

— Efectivamente —interviene el P. Nacho—, durante todos esos años que me tocó ejercer mi ministerio sacerdotal, lo único que hice fue tratar de tapar el ojo al macho, como se suele decir. Prácticamente pasé todo mi tiempo atendiendo las demandas de los feligreses: Preparación para la Primera Comunión y Confirmación, Misas de difuntos, quinceañeras, bautismos, matrimonios, fiestas populares, etc. ¿Y la verdadera evangelización? Ni papas. Ningún plan, nada.

— Con tanto trabajo que hay, ¿cómo es posible encontrar el tiempo para planear? —Pregunta el P. Juan.

— Claro que es posible. Es lo primero que hay que hacer. Primero pensar, planear, y después actuar —precisa el P. Rodolfo.

— Es lo que espero hacer en la mayor brevedad posible —retoma la palabra el P. Nacho—. De hecho, en este momento siento una verdadera angustia por querer hacer algo más serio en orden a una verdadera evangelización. Sé que hay muchos movimientos apostólicos que me pueden ayudar en esto, pero no me decido por dónde empezar. Alguna vez intenté tratar el tema con los más despiertos de la comunidad, sin llegar a ninguna conclusión. Uno dice una cosa y otro dice otra. Prácticamente me quedé más confundido que nunca.

— De todos modos —aconseja el P. Rodolfo—, éste es el camino que hay que seguir: dialogar con la comunidad. Solamente así será posible un mejor discernimiento para llegar a una decisión más prudente. ¡Ay de nosotros, si quisiéramos hacerlo todo por nuestra cuenta! Además, no tenemos que ser perfeccionistas. No nos olvidemos de que muchas veces el óptimo es enemigo del bien. Lo importante es empezar, para después ir avanzando poco a poco. Si lo queremos tener todo claro desde un principio, corremos el riesgo de no decidirnos por nada y quedar paralizados.

Una vez entrado en confianza, el P. Nacho se desahoga con el P. Rodolfo y los demás miembros de la comunidad. En realidad, no obstante toda su apariencia de bondad y comprensión, el P. Nacho es bastante retraído y desconfiado. De una manera especial, tiene cierto temor reverencial hacia el P. Rodolfo— por su inteligencia excepcional y cierta capacidad de introspección psicológica. Frente a él, el P. Nacho se siente como desnudo, indefenso e impotente. No logra expresarse con claridad, por el miedo a que el P. Rodolfo descubra su confusión interior y lo haga quedar mal frente a la comunidad.

Después de convivir casi un año con el P. Rodolfo, por fin el P. Nacho logra abrirse con toda confianza:

— Sinceramente me encuentro en un gran aprieto. Como saben, mi parroquia está ubicada en la periferia de la ciudad y cuenta con pura gente desplazada del campo, con un montón de problemas que todos ustedes ya conocen. Pues bien, ¿qué puedo hacer para evangelizar a toda esa gente? El otro día me hablaron los dirigentes diocesanos del Movimiento de Renovación Carismática, solicitando su ingreso en la parroquia; desde hace algún tiempo siguen insistiendo los que están promoviendo las Comunidades Eclesiales de Base; ayer en la reunión de

foranía nos dieron a conocer su carisma y su método de trabajo los representantes del Cursillo de Cristiandad, el Movimiento Familiar Cristiano y no recuerdo qué grupo más.

— Cuidado, P. Nacho —interrumpe el P. Juan—. No se meta con la Renovación Carismática. Pura gente sentimental y fanática. Hoy están con nosotros y mañana ya están metidos en una secta. Se parecen mucho a una casa con dos puertas: una para entrar y otra para salir. ¿Sabe cuántas sectas han salido de la Renovación Carismática? Yo conozco a un sacerdote carismático, que dejó la Iglesia para fundar su secta. El caso de Monte María.

— ¿Quién tiene la culpa de todo eso? —Aclara el P. Rodolfo—. ¿No somos nosotros los sacerdotes? Con el pretexto de que no nos gusta su manera de actuar, los dejamos solos, a la deriva. Llegan las sectas y fácilmente los convencen. ¿Qué hacer, entonces? No dejar de darles acompañamiento, atenderlos, ayudarlos a profundizar su fe, uniendo el entusiasmo al conocimiento y al compromiso. Lo mismo por lo que se refiere al caso de Monte María. Desde hace mucho tiempo ya se preveía todo esto y nadie hizo nada. Faltó diálogo.

— En eso usted tiene toda la razón —sigue el P. Juan—. Y ¿qué piensa acerca de las Comunidades Eclesiales de Base? ¿No tienen una cierta mentalidad marxista?

— Repito lo de antes —insiste el P. Rodolfo—. Todo depende de nosotros, si las apoyamos o las dejamos solas. Según mi opinión, cada movimiento tiene su razón de ser. Más movimientos hay en una parroquia y más oportunidades se ofrecen a los feligreses para madurar como discípulos de Cristo y formarse como apóstoles en su ambiente. Todo el problema está en el compromiso que

tengamos nosotros para darles formación y acompañamiento.

Aprovecho el entusiasmo que hay en la comunidad por el problema pastoral para señalar algunos libros y artículos de revistas con temas relacionados con el problema de la Planeación Pastoral. El P. Rodolfo se lanza sobre ellos como un león hambriento, tomando notas y haciendo comentarios a cada rato:

— Siempre con sus tonterías estos benditos pastoralistas. Parece que aún sueñan con la era constantiniana. Es tiempo de pensar en clave de diáspora y pluralismo religioso y cultural. Grandes análisis de tipo filosófico, sociológico y económico, que no vienen al caso. Nunca enfrentan directamente el problema de la evangelización.

Frente el P. Rodolfo, todos nos sentimos como pulgas o cucarachas, especialmente cuando habla de una forma inspirada, solemne y contundente. Nadie se atreve a comentar algo y mucho menos a contradecirlo. Hasta que baja de tono y entonces cada quien trata de intervenir en la conversación, opinando o aportando algún elemento nuevo.

Por fin llega el día fatídico en que se da inicio a los trabajos preparatorios para montar y echar a andar toda la maquinaria organizativa, relacionada con la formulación del nuevo Plan Pastoral. Contrariamente a lo que se podía esperar, el número de los participantes rebasa las cien unidades, casi todos clérigos. No falta algún laico, particularmente comprometido con la Iglesia o experto en asuntos de organización. El mismo Sr. Arzobispo abre la sesión, invitando a cada uno de los presentes a dar lo mejor de sí mismo para lograr el objetivo para el cual hemos sido convocados.

— Entre nosotros hay de todo —observa el Sr. Arzobispo—: pastoralistas, teólogos, juristas y especialmente pastores de almas. Trabajando juntos, no nos resultará difícil armar un bonito Plan Pastoral. Nada de ampuloso, solemne o pretencioso. Lo que quiero es algo extremadamente sencillo y práctico, que cualquier católico pueda fácilmente entender y manejar. Quiero que de una vez se vayan quitando de la cabeza la idea de querer apantallar frente a otras diócesis, el Nuncio Apostólico o la Santa Sede. Lo que realmente nos tiene que preocupar es el bien de nuestra gente, que podremos lograr precisamente reestructurando nuestra pastoral y poniendo nuestra arquidiócesis en un estado de misión permanente. Lo demás no nos tiene que interesar.

Con un fuerte aplauso la asamblea expresa su plena y entusiasta adhesión a los deseos y propósitos del Sr. Arzobispo. En realidad, todos nos sentimos fastidiados por la manera como se han llevado las cosas hasta la fecha: grandes planes con estrategias bien complicadas, para después quedar todo en la nada. Es convicción común que por fin se logrará aterrizar en algo realmente útil y factible.

Toma la palabra el Vicario General, que presenta el orden del día con la calendarización de las actividades y asambleas que van a marcar las distintas etapas de proceso, que va a culminar con la formulación definitiva del nuevo Plan Pastoral. Habla de análisis de la realidad, subrayando el aspecto económico y socio—político, de marco doctrinal, metas... lo mismo que la vez pasada. Mano a mano que va avanzando en su exposición, el ambiente se va enrareciendo y poniendo siempre más tenso. El mismo Sr. Arzobispo da signos de insatisfacción.

Antes que el Vicario General termine su exposición, pide la palabra el Vicario de Pastoral y el Sr.

Arzobispo se la concede. Con su intervención, el ambiente vuelve a serenarse:

— Creo que todo esto ya se hizo la otra vez — observa el Vicario de Pastoral—. Lo que el Sr. Arzobispo quiere ahora, es algo más sencillo y práctico. Para el análisis de la realidad y el marco doctrinal, es suficiente lo que ya tenemos.

— Según mi opinión —interviene el P. Rodolfo—, será oportuno rehacer todo el Plan Pastoral desde un principio, es decir, desde el análisis de la realidad. La diferencia sería la siguiente: en lugar de investigar el aspecto económico y socio—político, tendríamos que avocarnos al aspecto puramente religioso, lo que se descuidó la otra vez. Tendríamos que averiguar la cantidad de católicos y no católicos presentes en un determinado territorio, clasificándolos según una determinada tipología: por ejemplo, católicos practicantes, creyentes, simpatizantes o indiferentes, y no católicos testigos de Jehová, mormones, adventistas del Séptimo Día, pentecostales, etc. . Al mismo tiempo, tendríamos que averiguar cuáles son las creencias presentes entre nuestra gente: brujería, espiritismo, ocultismo, religiones orientales, etc. Una vez aclarado esto, habría que ver qué pasos dar para promover el tipo de catolicismo que queremos, con compromisos muy precisos a nivel personal y comunitario.

— Que no se olviden de incluir el aspecto bíblico y el factor económico — sugiere uno de los presentes.

— Y el aspecto misionero — añade otro.

Sin quererlo y en forma espontánea se van creando grupos de reflexión, que sugieren tal o cual propuesta. Al final, el Sr. Arzobispo toma las riendas de la situación y encarga al P. Rodolfo la coordinación de la comisión arquidiocesana destinada a organizar y presidir los

trabajos relacionados con la formulación del nuevo Plan Pastoral.

— Ahora sí —comentan muchos— ya llegó la hora para el P. Rodolfo. Si sale bien este bendito Plan Pastoral, ya la hizo. Solideo seguro.

— Y que no le vaya a pasar lo mismo que le pasó al P. José —comentan otros, riéndose.

Las Cinco Banderas

Como de costumbre, nos reunimos para nuestro Café Teológico. Teniendo en cuenta la ocupación de Irak por parte de Estados Unidos, alguien comenta el tipo de religión manejado por el presidente Bush y en general por el pueblo norteamericano:

— Una religión esencialmente individualista al servicio de los propios intereses. Una religión “funcional”, que mira esencialmente a la propia realización y afirmación personal. Más que tratar de descubrir lo que realmente quiere decir la Biblia, uno busca lo que más le conviene para su superación e interés personal.

— Una religión utilitarista —añade otro— Una religión que sirve para empujar hacia la acción y para justificar cualquier fechoría.

— De hecho —reflexiona un profesor de Sagrada Escritura—, en la Biblia hay para todo, hasta para hacerse menso.

Visto el interés que está despertando el tema de la visión religiosa que tienen los estadounidenses, aprovecho la oportunidad para hablar acerca de una novela que escribí el año pasado, titulada “¿Quién quiere matar a Mister Kunc?”, y otra que estoy escribiendo ahora, titulada “La Conversión del Presidente”, novelas que aclaran ampliamente esta problemática.

Hablo del calvinismo como el alma del capitalismo y base de la religiosidad norteamericana, de la pretensión del pueblo estadounidense de ser el Nuevo Pueblo Elegido, heredero del Antiguo Pueblo de Israel, con una misión de control a nivel mundial.

Me interrumpe un estudiante de Teología:

— Bueno, éste es el tipo de religiosidad que tiene el pueblo norteamericano. Ahora me pregunto: “¿Cuál es el tipo de religiosidad que tenemos nosotros católicos de Latinoamérica?”

— Una religiosidad totalmente opuesta – contesta otro estudiante de teología –, centrada esencialmente en Dios y en la comunidad. La preocupación principal del católico consiste en ver qué hacer para agradar a Dios y establecer su Reino en este mundo, un reino de justicia, paz y amor. Su religiosidad se centra en dos polos: Dios y la comunidad, la gloria de Dios y el bien de la comunidad.

— Por eso el católico normal se involucra poco en los asuntos estrictamente religiosos –comenta un laico comprometido—. Al no haber un interés personal, lo deja todo en las manos de los expertos, dedicado ex profeso a estos asuntos, como son los sacerdotes, los religiosos, los catequistas y los rezanderos. Allá ellos. Ellos saben cómo funciona todo lo relacionado con Dios. Basta acudir a ellos y todo queda arreglado. A lo sumo al católico se le exige cumplir con algunas oraciones o nociones de tipo doctrinal.

Muchos intervienen para apoyar o matizar esta manera de ver la religiosidad del pueblo católico de Latinoamérica. Otros le añaden algún elemento nuevo.

— Para mí la doctrina del *ex opere operato* –añade un teólogo profesional– ha causado mucho daño a la fe del pueblo católico, confundiendo el rito sacramental con un rito mágico. Claro que de por sí el rito sacramental

produce un cierto efecto. Sin embargo, habría que insistir más sobre la participación del interesado para que el rito logre su eficacia en orden a la santificación.

— Por eso el católico tiene una actitud esencialmente pasiva frente al fenómeno religioso, confiando en el poder de Cristo y la acción del intermediario, sea el sacerdote, el rezandero u otra persona autorizada.

— Por lo mismo —añade una catequista— queda desconcertado, cuando alguien le hace alguna pregunta acerca de tal o cual aspecto de la religión. Nunca se había imaginado que era importante saber tal o cual cosa.

— Y es precisamente lo que hacen los miembros de los grupos religiosos proselitistas —comenta otro participante.

Al mencionar a los grupos proselitistas, fácilmente la conversación se desliza hacia los distintos ataques que ellos hacen contra la fe del católico con miras a confundirlo y arrastrarlo hacia sus organizaciones religiosas. Intervengo una vez más para conducir la reflexión hacia los propósitos iniciales.

— Tratemos de no desviarnos del tema que nos está preocupando, es decir la diferencia entre la religiosidad del pueblo norteamericano y la nuestra.

— Si me permiten —interviene un presbítero que está por terminar su tesis en la Facultad de Pastoral—, quisiera presentarles un resumen de un trabajo, que estoy realizando en la universidad Pontificia y que tiene como título: “Líneas pastorales en un contexto religioso proselitista”. Anticipo que en campo católico existen pocos análisis acerca del fenómeno proselitista, que tan hondamente está perjudicando nuestras comunidades. Prácticamente se está actuando, como si este fenómeno

no existiera, lo que naturalmente representa una enorme falta de realismo y sensibilidad pastoral.

Ahora bien, según mi manera de ver las cosas, si queremos sacar al pueblo católico del bache religioso en que se encuentra y ponerlo en una actitud conciente y activa, tenemos que arrebatar a los grupos proselitistas norteamericanos cinco banderas, que de por sí son propias del mundo católico de los primeros siglos. Sin perder nuestro estilo propio, esencialmente comunitario, tendríamos que asimilar algunos elementos que fortalezcan la individualidad del católico y le den seguridad.

— No hay que olvidar que los grupos proselitistas derivan directamente del protestantismo histórico, están imbuidos del mismo espíritu calvinista y representan la vanguardia ideológica del imperio norteamericano. — señala otro teólogo—.

— Claro, claro —sigue el presbítero pastoralista—. Por eso es urgente hacer algo para que despierte nuestro catolicismo y no caiga en las fauces del imperialismo norteamericano, cuya religiosidad tiene poco que ver con la auténtica fe en Cristo y con el tiempo arriesga con perjudicar más que apoyar los auténticos valores del hombre y la sociedad.

Bueno, he aquí en pocas palabras el resumen de mi investigación y reflexión acerca de las cinco banderas, que pueden ayudar al mundo católico a despertar y ponerlo en una auténtica actitud religiosa, conciente, activa y entusiasta:

— Primacía de la Palabra de Dios. Tenemos que hacer todo lo posible para que la Biblia se vuelva en “el libro” de cada católico, su principal fuente de inspiración, dónde pueda encontrar la respuesta a los grandes interrogantes de la vida, la manera correcta de

relacionarse con Dios y los criterios fundamentales de acción. Y todo esto desde los primeros pasos en el camino de la fe. Biblia para la preparación a los sacramentos, Biblia para el culto, Biblia para la oración y reflexión personal y Biblia para cualquier tipo de devoción, pública o privada.

Es necesario que la Biblia adquiriera el papel que le corresponde en la vida del creyente y de la Iglesia, quedando todo lo demás como un subsidio didáctico, que aclare el sentido bíblico a la luz del Magisterio. Ya nada de Biblia como adorno o barniz.

— Centralidad de Cristo. Que todo católico acepte a Cristo como el único Salvador y Señor de la propia vida. Nada de confusión entre Cristo y la Virgen de Guadalupe o San Martín de Porres. Cada uno en su lugar, buscando solamente en Cristo la fuente y la razón última de la propia seguridad. Que ninguna otra devoción opaque, desfigure, ponga en duda o disminuya la centralidad del papel de Cristo en orden a la salvación.

— Experiencia de Dios. ¿En qué consiste? En tener la conciencia clara de que la propia vida está en las manos de Dios, que dirige todos los pasos del creyente y está siempre al pendiente de todo lo que le pueda suceder. Nada le puede pasar, sin que lo quiera o permita Dios. Y todo lo que Dios quiere o permite es para su bien. Hasta la enfermedad y la desgracia pueden entrar en el plan de Dios como medio de purificación.

— Comunidad. Viviendo en una sociedad plural, en medio de continuos peligros y tentaciones, para no sucumbir, es necesario pertenecer a una comunidad cristiana, contando con el apoyo de gente que lucha por el mismo ideal. ¿Hay una enfermedad, un fracaso económico o una crisis de fe? Ahí están los hermanos para apoyar, moral, económica y espiritualmente. ¡Ay del solo,

el autosuficiente o el presumido! En cualquier momento puede fracasar, confiando solamente en sus propias fuerzas.

— Misión. Es la consecuencia lógica de todo lo anterior. Cuando uno se siente seguro y realizado en su fe, siente la necesidad de comunicar a otros la riqueza de su hallazgo. Se trata de un contagio natural, que deriva de una experiencia de fe, una vida en continua comunión con Dios.

Mano a mano que el amigo pastoralista va avanzando en su exposición, noto en los presentes un sentimiento de satisfacción. Muchas dudas se van despejando en su vida. Por fin pueden contar con alguna idea clara en su acción pastoral.

— Lástima — comenta un diácono ya próximo a ordenarse sacerdote — que nunca se habla de esto en las clases de teología.

— Los mismos documentos de la Iglesia en este aspecto son muy vagos y dispersivos — opina una religiosa que se dedica a la pastoral.

— En lugar de ver cómo sacar al pueblo católico de su confusión, —concluye el pastoralista— estamos tratando de justificar nuestra apatía con el cuento de que no nos damos abasto, que de todos modos la religiosidad popular es un camino de salvación y tantas cosas más que no vienen al caso. Puros pretextos. Mientras tanto, los grupos proselitistas avanzan y el imperio norteamericano cada día extiende más su dominio cultural, económico, político, militar y religioso, perjudicando seriamente la causa del progreso de los pueblos y la fidelidad a Cristo y su Evangelio. Es tiempo de tomar más en serio el problema pastoral en la Iglesia católica. En lugar de preocuparnos tanto por los aspectos políticos y económico de la sociedad, luchemos por enfrentar seriamente el

problema pastoral, definiendo con claridad algunas líneas comunes de acción, que sirvan para lanzar la misión antes que nada, al interior de la Iglesia y después hacia afuera, hacia la mayoría del género humano que aún vive al margen del Evangelio.

Un fuerte aplauso sella su intervención.

En realidad, todos estamos convencidos de que algo hace falta en la Iglesia, que dé sentido, cohesión y entusiasmo a su acción pastoral. Al escuchar lo anterior, nos pervade un sentido de optimismo. Se ve que ya algo se está moviendo dentro de la Iglesia. Ahora depende de nosotros apretar el acelerador, si no queremos perder la cita con la historia.

El Anticlericalismo del P. Tacho

Todo empieza por una simple puntada del P. Juan contra el P. Tacho, un nuevo miembro de la comunidad, encargado de la pastoral a nivel arquidiocesano. Todos lo llaman el P. Vik, de Vicario de Pastoral. Pues bien, sin muchas consideraciones, el P. Juan se avienta contra el P. Tacho, acusándolo de flojo e indolente, sin un verdadero carisma para animar la pastoral a nivel arquidiocesano.

—Pura pasividad — despotrica el P. Juan—. Siempre lo mismo. Una que otra circular y cada quien haga lo que pueda. Falta carisma. Falta empuje. Faltan agallas.

Nunca se le hubiera ocurrido una tal puntada al P. Juan. Frente a su ex abrupto, de inmediato reacciona el P. Tacho, como buen colérico.

— ¿Yo flojo e indolente? —contesta el P. Tacho. — Mírate en el espejo y verás que estás más aguado que una gelatina recién puesta en el refri. Nos estás llenando el seminario de puros maricas.

El pobre P. Juan se siente perdido. Se metió en el lío sin pensarlo y ahora no sabe cómo salirse. En realidad, el P. Tacho es un óptimo polemista: inteligente, sagaz y despiadado, cuando se presenta el caso. Está tan molesto

e irritado, que parece vaya a devorarse vivo al P. Juan, por pura bilis.

Tenemos que intervenir el P. Nacho y un servidor.

— No le hagas caso al P. Juan —le sugiere el P. Nacho—. Así es el P. Juan, siempre exagerado. ¡Como si fuera tan fácil mover al clero, que representa la clave de toda la pastoral en la arquidiócesis: la mayoría son ancianos! Además, están tan cargados de trabajo, que casi no tienen tiempo ni para leer el periódico y tanto menos las circulares.

— De todos modos —interviene un servidor— para muchos las palabras “cambio” y “diálogo” están totalmente desterradas de su diccionario y de su vida desde hace mucho tiempo.

— Suponiendo que alguna vez en su diccionario hayan existido tales palabras — comenta el P. Tacho, tratando de serenarse.

Mientras el P. Juan sigue desayunando con la cabeza agachada y bastante avergonzado por su actitud irreflexiva, el P. Tacho da unas vueltas por el comedor como un león enjaulado, hablando del sistema eclesial anquilosado, época constantiniana y club de viejitos.

— Sí —grita a un cierto momento, dirigiéndose hacia mí, como intentando convencerme y atraerme hacia su causa y su manera de pensar—, sí, P. José, esto somos nosotros, un club de viejitos con un enorme poder en las manos, pero al mismo tiempo cerrados en nosotros mismos y celosos de nuestras prerrogativas, sin ninguna gana de compartirlo con otros. Mientras el mundo avanza por su cuenta.

Lo reconozcamos o no, ya no somos “sal de la tierra” y “luz del mundo”. ¿Por qué? Por la maldita sed de poder que se ha instalado en todos los rincones de

nuestros corazones. En lugar de servir, queremos ser servidos. Hasta hablamos de “carrera sacerdotal”. Si nos escuchara San Pablo, se quedaría horrorizado. “Por algo me quemé las pestañas”, se oye decir. Y con eso se justifica una vida totalmente mundana, corriendo tras el lucro y la comodidad. Tendría que darnos vergüenza.

El P. Tacho se para un momento, se sienta, intenta comer algo. Toma un plátano, vuelve a levantarse y sigue en su requisitoria, implacable.

— A veces llegamos hasta la explotación de los más débiles, como usted P. José, se habrá dado cuenta durante su experiencia con los indígenas. Cuando se ve que alguien tiene buena voluntad y quiere colaborar en algo, se le carga la mano “Te invito a un retiro. Cuesta tanto”. Y el pobre accede con el afán de aprender algo y poder compartirlo con sus hermanos. Deja de trabajar unos días, deja su familia sola y va al centro parroquial para el retiro.

Aprovechándose del entusiasmo que se crea con las charlas y las dinámicas que se llevan a cabo, se le invita a trabajar en su comunidad: “Haz una lista de todos los que no están casados por la Iglesia, los niños y adultos que aún no han hecho la Primera Comuni3n, los niños que están sin bautismo... y dales un poco de preparaci3n, seg3n lo que puedas. Cuando todo esté listo, me avisas para establecer la fecha en que yo voy a ir para administrarles los sacramentos. Para cada sacramento hay que cobrar tanto”.

Llega la fecha, va el Padre a la comunidad, arregla todo en un par de horas, agarra todo el dinero y se regresa a la parroquia. ¿Y el pobre agente de pastoral en ciernes? Como el chino... “nomás milando”.

Es tan realista su manera de presentar la situaci3n, que todos quedamos totalmente pendientes de sus palabras y sus gestos. El P. Tacho parece un actor nato.

Imita perfectamente bien al indito ingenuo y al cura astuto, que se aprovecha de su buena fe para meterlo a trabajar, sin darle ni un centavo para los pasajes y el tiempo dedicado a la evangelización. ¡Hasta le cobra la cuota para participar en el retiro!

Al observar nuestras miradas de asombro, el P. Tacho prosigue en su feroz requisitoria:

— Y después nos quejamos de que los laicos no quieren colaborar, son flojos... Claro, ¿quién va a querer colaborar con nosotros en estas condiciones? Ni el perro mueve la cola así nomás, por puro amor a Dios.

Todos nos reímos por su puntada. Mientras el clima de tensión va desvaneciéndose, el P. Tacho se sienta a mi lado, se sirve unos huevos estrellados y empieza a desayunar sin dejar de ahondar en las relaciones entre el clero y el laicado.

— Aparte de esto, ¿qué garantía tiene el agente de pastoral laico frente a los abusos del clero? Ninguna. En cualquier momento lo puede despedir, sin darle ni las gracias. Frente al señor cura, el laico se siente nada, sin ningún sentido de dignidad. ¿El cura se ríe? Todos tienen que reírse. ¿El cura critica al obispo, a otros curas o a los políticos? Todos tienen que asentir. El laico tiene que ser la sombra del cura. Ay de él, si se atreve a manifestar cierto desacuerdo o critica. Está perdido. Si quiere una vida feliz, tiene que darle siempre por su lado.

— Exagerado — comento con cierta precaución, en el intento de volver el monólogo en diálogo. Los demás padres me apoyan, añadiendo algún otro comentario. El P. Juan aprovecha el clima de distensión que se está creando para pedir disculpas al P. Tacho por sentirse culpable del incidente que se ha suscitado.

— Olvídate —contesta el P. Tacho—. Son cosas que pasan. ¡Qué bueno que se haya suscitado este incidente! Así tengo la oportunidad de aclarar ciertas situaciones, que están afectando seriamente a la Iglesia. A veces es necesario que estas cosas sucedan para que uno saque a flote lo que tiene dentro muy guardado y que no logra expresar en una situación de normalidad. Al contrario, tengo que agradecerle yo la oportunidad que me hayas dado para decir lo que realmente pienso sobre estas cosas. A veces exagero, claro, pero es un hecho que nosotros estamos muy atrasados en muchos aspectos. Y todo esto hace difícil el cumplimiento de nuestra misión.

No se imaginan ustedes la cantidad de quejas que me llegan continuamente de parte de la gente a causa del autoritarismo de los curas. Viene uno y quiere implantar su movimiento, asociación o devoción particular. Viene otro y quiere hacer lo mismo. ¿Y el pueblo? No sabe qué hacer. Mejor se calla y ya. Algunos optan por cambiar de parroquia. Otros hasta se salen de la Iglesia por resentimiento. Imagínense: antes eran líderes y ahora son vistos por el nuevo cura como la peste.

Si supieran ustedes cuánta bilis tengo que tragarme, al enterarme de tantas cosas chuecas que se dan entre nosotros por indolencia, flojera o verdadero desequilibrio psicológico. Como en el caso de las sectas, que usted, P. José, bien conoce. ¡Qué desastre! Muchos no saben ni papas acerca de éste asunto. La gente se acerca angustiada en busca de ayuda y ¿cuál es la respuesta? “No les hagan caso. Ustedes sigan adelante”. ¿Cómo no hacerles caso, si se trata de la mamá, el esposo, el hermano, el hijo o el vecino, que está continuamente fregando con el cuento del anticristo, la bestia, la ramera, las imágenes, la cruz y tantas cosas más? ¿Por qué una actitud tan cerrada frente al clamor del pueblo, que pide ayuda a gritos y se siente continuamente rechazado? La flojera,

hermanos, la flojera. No les gusta regresar a los libros o a las aulas de clase para ponerse al día. Por eso estamos como estamos.

Parece que el P. Tacho ya se desahogó. Dijo lo que tenía que decir para darse a conocer y presentarse ante la comunidad como un libro abierto. Un hombre cabal, un verdadero sacerdote y apóstol, celoso por la causa del Evangelio, arriesgado y violento. Un S. Pablo moderno, según algunos.

Sigue un largo silencio. El P. Juan y el P. Nacho piden permiso y salen para sus compromisos. Nos quedamos solos, el P. Tacho y un servidor. Por fin tomo la palabra:

— Mi querido P. Tacho, esta es la realidad. Evidentemente no hay que generalizar, pero es un hecho que las relaciones entre el clero y el laicado no son tan buenas que digamos. Están muy lejos de reflejar la Doctrina del Cuerpo Místico de Cristo. Más bien llevan el sello de una sociedad feudal, con una diferencia bien marcada entre los “señores” y los “servidores”.

Aún hay lugares en que no existe el consejo parroquial y donde existe, a veces se trata de algo puramente formal. Papel y nada más. Los feligreses acuden solamente para recibir órdenes. Nada de diálogo. ¿Y el consejo económico? Peor aún. La ley es: “Vénganos tu reino”, todo para el cura, precisamente al estilo de una sociedad feudal, cuando el “señor” (el príncipe, el marqués, el conde o el noble) era todo y el pueblo no era nada.

Evidentemente, no es que haya mucho dinero en nuestras parroquias. Lo que molesta, no es la cantidad de dinero, sino la manera de administrarlo, sin ningún control o informe. Estoy seguro de que, si el pueblo

estuviera más involucrado en los asuntos de la Iglesia, habría más entradas y colaboración de parte de todos.

— Seguro —confirma el P. Tacho—. Todo es cuestión de dignidad. No puede haber compromiso de parte del pueblo, si no hay corresponsabilidad en un clima de verdadera “Comunión y participación”. Y lo peor de todo, ¿sabe qué es? El hecho que nunca se habla de todo esto en nuestras reuniones, encuentros, retiros o asambleas generales. No se quiere poner el dedo en la llaga.

— Ésta será nuestra tarea, mi querido P. Tacho —concluye un servidor—: mediante nuestra Fraternidad Sacerdotal tenemos que inyectar en el clero nuevas ideas con un nuevo estilo de vida, a la altura del Evangelio y los tiempos en que vivimos. ¿Qué te parece?

— Estoy perfectamente de acuerdo con Usted, P. José. Me tiene a sus órdenes. Adelante.

Comunidad Terapéutica

Acabo de llegar de una gira por el Sureste, donde demoré más de una semana impartiendo conferencias sobre el asunto del proselitismo religioso, que tanto daño está causando a nuestras comunidades católicas. Sobre mi escritorio encuentro un recado: “Comunicarse inmediatamente con el Sr. Arzobispo”. Ni modo. Hay que obedecer.

— P. José — me contesta el Sr. Arzobispo —, hágame el favor de atender a unas mujeres, que traen un problema relacionado con el P. Anastasio.

— Otra vez lo mismo — comento con cierto enfado.

— Precisamente. Es que ya no sé que hacer con el P. Anastasio. Me promete que va a cambiar y cae siempre en lo mismo. Ahora parece que la cosa se está poniendo muy en serio. Amenazan con dar a conocer el caso a la prensa y pasar el asunto en manos de la justicia. Vea usted si encuentra alguna solución. Yo ya no puedo más. El P. Anastasio me está sacando las canas.

— Fíjese, señor, que hoy me toca dar el retiro en el Seminario Mayor.

— No importa. Si no encuentra alguien que lo sustituya, iré yo mismo.

Noto en la voz del Sr. Arzobispo un sentimiento de angustia. ¿Qué hacer? Pongo al tanto al P. Rodolfo. A

ver si entre los dos encontramos alguna solución. El P. Rodolfo se pone furioso:

— Ya se lo había dicho al Sr. Arzobispo. Y él siempre con lo mismo: “Hay que esperar. Hay que tener paciencia. Hay que creer en los milagros”. Y ahora... ahí está el milagro.

— Calma, P. Rodolfo. No es el momento de desesperarse. Tenemos que ver qué hacer para resolver el problema.

— ¿Qué hacer? Llamar a la policía.

Así es el P. Rodolfo. Cuando se enoja, se enoja. Mejor esperar para que se le pase. Mientras tanto intento buscar a alguien que me sustituya en el Seminario. Nada. Se lo comunico al Sr. Arzobispo.

— No tenga cuidado, P. José. Yo mismo me encargo del retiro. No sabe cuánto le agradezco su apoyo en la solución de este problema. ¿Le comentó algo al P. Rodolfo?

— Sí.

— ¿Y qué?

— Se puso furioso.

— No es para menos. Tal vez hubiera sido mejor haber hecho caso a sus consejos. Es que ...

Me doy cuenta que al Sr. Arzobispo se le hace un nudo a la garganta. Opto por concluir la conversación:

— No se preocupe, señor. Todo se arreglará con la ayuda de Dios.

— Es lo que espero. — Y vuelvo con el P. Rodolfo, que, al verme tan preocupado, se esfuerza por esbozar una sonrisa:

— Así que otra vez el P. Anastasio se salió con una de las suyas. Se ve que se trata de una verdadera enfermedad.

— Claro que sí. Ni modo. A estas alturas, no nos queda que ver qué hacer para remediar las cosas.

— Creo que ya llegó el momento de poner el punto final a esta situación.

Mientras desayunamos, seguimos comentando el asunto, en busca de una posible solución.

— Ojalá que no se trate de algo realmente grave — observa el P. Rodolfo —. Es que, en estas cosas, se empieza con algo pequeño y no se sabe hasta dónde se puede ir a parar. Es como cuando uno empieza a usar la droga. A principio se trata de una simple curiosidad y basta cualquier cosa para satisfacerla. Pero después el cuerpo exige siempre más... hasta no llegar a su completa destrucción.

— En el caso del P. Anastasio — opina un servidor — parecía que todo iba por buen camino. Posiblemente la presencia de su mamá en el curato, le impidió regresar a sus antiguas andanzas. Quién sabe cómo el demonio se le fue a meter otra vez.

— Su mamá es ya bastante anciana. Nada raro que todo haya sucedido bajo sus mismas narices.

— ¡Pobre doña Clotilde, cuando se entere del asunto! Posiblemente no va aguantar el golpe.

— Ojalá que el asunto no sea tan grave, como estamos sospechando, y no vaya a trascender en un escándalo público.

Ni tiempo me da para echarme un regaderazo, cuando ya tocan a la puerta. Son ellas: unas cinco mujeres exaltadas, echando pestes contra el P. Anastasio. Pronto

me doy cuenta de que hay un malentendido. Piensan que es la casa donde vive el P. Anastasio y llegan para reclamarle su mala actuación. Me apresuro a explicar el equívoco:

— Aquí no vive el P. Anastasio. Su parroquia queda muy lejos de aquí.

— Entonces —pregunta una señora que parece ser la líder del grupo —, ¿por qué el Sr. Arzobispo nos envió aquí?

— Para tratar el asunto con los padres de la Fraternidad Sacerdotal que vivimos aquí y buscar todos juntos alguna solución. En realidad, según el Sr. Arzobispo y todos nosotros, se trata de un caso muy serio y delicado, el del P. Anastasio. No es la primera vez que pasa esto. Por lo tanto, urge tomar alguna medida al respecto. Siéntense, por favor, veamos qué pasó en concreto y qué se puede hacer.

Al percatarse que se encuentran en un lugar sagrado, las señoras hacen el esfuerzo por controlarse, bajando el tono de voz y dejando de hablar todas juntas. Mientras tanto, llega el P. Rodolfo con una charola que lleva agua caliente para café o té, con algunas galletas. Todas se sirven con libertad y abundancia. Posiblemente ni desayunaron.

Y empiezan las quejas, entre lágrimas y amenazas. En resumen, ¿de qué se trata? El otro día el P. Anastasio fue a sustituir a un párroco para confesar a un grupo de niños y niñas, que se estaban preparando para la Primera Comunión. Pues bien, durante la confesión, manoseó alguna niña.

— ¿Cómo es posible que nadie se haya dado cuenta, mientras estaba pasando todo esto? En aquel momento, ¿dónde estaban ustedes? — Pregunto.

— Nosotras nos encontrábamos en la capilla, mientras el P. Anastasio estaba confesando en la sacristía — contesta la señora que encabeza el grupo.

— Ahí está — prosigo medio enfadado —: por una parte el P. Anastasio, un mañoso profesional, y por otra parte ustedes, unas ingenuas empedernidas.

— Es que en nuestra parroquia nunca había sucedido algo parecido — contesta otra señora como disculpándose.

— Hasta que sucedió — prosigo implacable —. ¿No entendieron para qué sirven los confesionarios? Ustedes tienen que ponerse más abusadas. ¿O creen que los curas somos unos ángeles?

Mano a mano que la conversación va avanzando, las señoras se vuelven más accesibles. Ya no hablan de llevar el caso a la prensa y a los tribunales. Sencillamente quieren algún tipo de satisfacción por el daño causado a sus hijas.

— Perfecto — concluyo —. Es lo que vamos a hacer. Ahora mismo voy a localizar al P. Anastasio y le voy a ordenar, en nombre del Sr. Arzobispo, que se presente aquí sin demora. Hizo lo que hizo. Ahora tenga el valor de disculparse con los agraviados.

Interviene el P. Rodolfo:

— Visto que vamos a quedar aquí un buen rato, ¿qué tal si empezamos a preparar algo para la comida?

Y se dirige hacia la cocina, seguido por dos o tres señoras, que de inmediato empiezan a meter mano a la estufa, las cacerolas y todo lo que encuentran a su paso. Parece que ya se olvidaron del asunto que las trajo a la Casa Sacerdotal, volviéndose en auténticas comadres, cuyos gritos y risotadas se pueden escuchar desde la calle.

Las demás se quedan en la sala, pegadas a la televisión, para no perderse la novela preferida. Aunque parezcan las más resentidas del grupo, de todos modos, se nota que también a ellas poco a poco se les va bajando el enojo que traían al llegar. Por lo visto, el asunto no es tan grave como suponíamos al principio.

Después de muchos intentos, logro localizar al P. Anastasio. Se siente perdido. Lo animo a tener confianza y lo invito a presentarse en la Casa Sacerdotal en la mayor brevedad posible, para arreglar el asunto con las señoras que vinieron a quejarse. Acepta de mala gana. Posiblemente se trata del peor día de su vida.

Apenas hemos terminado de comer y ya nos encontramos en la sala tomando el café, cuando llega el P. Anastasio. Al vernos, no sabe qué hacer, se ruboriza, se pone nervioso, intenta alguna excusa y explota en un llanto histérico. Las señoras no saben cómo reaccionar. Algunas entre ellas empiezan a chillar. El P. Rodolfo y un servidor nos sentimos como intrusos y nos retiramos. Misión cumplida.

Pero de pronto llega el Sr. Arzobispo. A señas le explicamos la situación. Para no romper el encanto, nos señala la oficina de la dirección, en la que nos reunimos.

— Bueno — comenta el Sr. Arzobispo, un poco aliviado —, parece que las cosas andan por buen camino. De todos modos, me pregunto: “¿Es conveniente seguir con este problema o es más conveniente cortar de una vez por lo sano?” Claro, nuestra gente es muy comprensiva, pero no nos olvidemos que quedan siempre los rezagos psicológicos, que difícilmente se borran de la mente de quienes recibieron el agravio. ¿Qué opinan ustedes al respecto?

Toma la palabra el P. Rodolfo:

— Ilustrísimo Señor, sin duda Usted tiene toda la razón. En estos casos hay que actuar con toda energía. Por ninguna razón hay que permitir que esta situación se vuelva a presentar. Al mismo tiempo, quiero hacerle notar que el problema de los curas necesitados de atención psicológica es más grave y más amplio de lo que nos podemos imaginar. Piense en los curas alcohólicos, en los neurasténicos, los que tienen graves problemas de personalidad o sufren depresión. ¿Qué imagen están proyectando dentro de la Iglesia y la sociedad? Es tiempo de enfrentar seriamente este problema.

— Bueno —pregunta el Sr. Arzobispo—, ¿qué sugiere Usted al respecto?

— Una comunidad terapéutica.

— ¿!i!

— Es decir una comunidad, que cuente con la asesoría de gente especializada para tratar estos problemas, como médicos, sicólogos, etc.

— Perfecto —asiente el Sr. Arzobispo—. Así se hará y Usted quedará como director de dicha comunidad terapéutica.

— ¿Yo? —pregunta el P. Rodolfo anonadado y confundido.

— Claro que Usted. ¿O no prometió obediencia el día de su ordenación sacerdotal?

— ¿Ya vio lo que le pasa a uno, por andar de metiche? — Interviene un servidor —. Lo mismo que me pasó a mí.

— Bueno — concluye en Sr. Arzobispo —, ahora manos a la obra. En la mayor brevedad posible quiero que me presente un proyecto de comunidad terapéutica,

especificando sede, programas de rehabilitación, personal encargado, etc.

Mientras empezamos a pensar en esto, se escucha un poco de movimiento en la sala: las señoras se están despidiendo del P. Anastasio. Minutos después salimos del despacho y encontramos solo al P. Anastasio. Se le ve más tranquilo, aunque bastante avergonzado. El Sr. Arzobispo nos invita a tomar asiento en la sala. Se ve que le cuesta sobremanera comunicar la decisión que ha tomado. Por fin, habla, dirigiéndose al P. Anastasio:

— Teniendo presente sus antecedentes, desde este momento se le quita el cuidado de la parroquia y la facultad de confesar. El P. Rodolfo lo va a sustituir, mientras no tome posesión el nuevo párroco que será nombrado en la mayor brevedad posible. Por el momento Usted formará parte de esta comunidad, mientras no empiece a funcionar la comunidad terapéutica a la cual se tiene que integrar con miras a encontrar alguna solución a su problema.

— Sí, señor —contesta el P. Anastasio.

— Vamos a la capilla — nos invita el Sr. Arzobispo.

Toma la Biblia en sus manos y nos lee el pasaje donde Jesús habla de la gravedad del escándalo, añadiendo unos breves comentarios. Después se pone de rodillas delante del Santísimo y ora en silencio. Todos seguimos su ejemplo. Cuando se ve totalmente serenado, se levanta, impone las manos sobre la cabeza del P. Anastasio y ora por él. Se parece a Jesús en su oración sacerdotal, el jueves santo, después de la Última Cena y en vísperas de su pasión.

La Fuerza de la Utopía

Hoy nos toca una reunión de comunidad en la línea de la formación general. El tema es: *La fuerza de la utopía*. Desde la mañana he ido rumiando acerca de la manera de enfrentarlo con sencillez y al mismo tiempo con una cierta profundidad. Por fin llego a definir algunos puntos de reflexión:

— ¿Qué quiere decir la palabra *utopía*? ¿Qué es una utopía?

— ¿Existe una utopía en la Iglesia? Si existe, ¿cuál es?

— Según nosotros, ¿cuál o cuáles podrían ser las utopías más ricas y fecundas para el futuro de la Iglesia y la Fraternidad?

Empezamos por el primer punto. Desgraciadamente tengo que notar que en este aspecto los miembros de mi comunidad están muy verdes. Uno que otro logra apenas balbucear unas cuantas palabras acerca del significado de la palabra *utopía*, como fruto o reminiscencia de antiguos encuentros con el mundo clásico. Tengo que intervenir, aclarando que la palabra *utopía* viene del griego *u* = no y *topos* = lugar, algo que no tiene lugar, algo que no existe en el momento y las circunstancias actuales y que sin embargo algún día puede existir.

¿Un ejemplo? Los israelitas se encuentran esclavos en Egipto. Para ellos, no existe otra perspectiva que la esclavitud. Ya se acostumbraron a pensar y actuar como esclavos. Hasta que alguien les habla de libertad y tierra prometida, haciéndoles vislumbrar otra existencia posible. Y empiezan a ver las cosas de otra manera y a dar pasos para alcanzar la libertad y posesionarse de dicha tierra.

Aquí está precisamente la fuerza y el valor de la utopía, en vislumbrar nuevas posibilidades, que permitan juzgar la realidad de otra manera e impulsen hacia un cambio. En este sentido, la utopía se vuelve en motor de la historia. Es como la estrella que guía a los reyes magos hacia Belén.

La utopía es el sueño o el ideal, que poco a poco se va definiendo hasta no volverse en una meta que se quiere alcanzar. A la luz de la utopía, se cuestiona la realidad presente, se descubren sus límites y se encuentra el valor para superarlos. Sin utopía, no hay adelantos. Pura rutina y aburrimiento.

Puede haber buenas o malas utopías, según la meta que se pretende alcanzar y los métodos que se utilizan. Normalmente, las malas utopías son exclusivistas, buscando el bien de un grupo restringido de personas, mientras las buenas utopías están en la línea de la comunión y participación.

Baste pensar en la utopía nazi o panamericanista de los vecinos del norte: un grupo que trata de sobresalir a expensas de los demás. La misma utopía comunista, que parecía tan participativa, se reveló totalmente exclusivista con la aparición de una burocracia totalitaria y sanguijuela. Y todo esto, sin hablar de los métodos utilizados para su realización.

Pues bien, a la luz de estas reflexiones entramos en el debate. Como siempre, el P. Juan es el primero en tomar la palabra, repitiendo lugares comunes, cosas oídas millares de veces en los encuentros o leídas en los libros, sin matizar, así nomás:

— Para todos, la grande utopía tiene que ser el establecimiento del Reino de Dios. ¿Qué es el Reino de Dios? Un mundo como lo quiere Dios, un mundo de fraternidad universal, amor, paz y justicia, un mundo en que todos tienen lo necesario para vivir honestamente, no un mundo en que uno tiene quinientas cabezas de ganado y otro no tiene segura ni su propia cabeza.

Todos nos reímos por la batuta. Y el P. Juan sigue adelante en su exposición:

— Este es precisamente nuestro grande reto el día de hoy, especialmente en México y en América Latina, donde hay tantas riquezas mal repartidas.

— ¿Solamente aquí existe este problema? — Interviene el P. Tacho — ¿Qué tal en África, en Asia...

— en Estados Unidos y en Europa..., el así llamado Primer Mundo? — Me atrevo a añadir.

— Pues bien, como ven ustedes, se trata de algo que abarca todo el mundo. Se trata de una exigencia mundial, — recalca el P. Juan, retomando la palabra —, un imperativo categórico que afecta a cada conciencia humana y tanto más cristiana. Sin la perspectiva del Reino de Dios, nos volvemos en unos salvajes o más bien en unos animales, como bien aclara aquel famoso refrán latino: “homo homini lupus”, que, dicho en nuestra lengua materna, reza: “el hombre es un lobo para el hombre”. No sé si me entienden.

Todos lo aplaudimos, no faltando algún comentario chusco:

— Claro, Juanito. ¿Cómo no vamos a entender?
¿Tan burros nos crees?

— ¿Qué te pasa, Juanito? Hasta te sales con un refrán en latín.

— Bájale un poquito, que ya no logramos respirar.

Pero el P. Juan sigue impertérrito, como si estuviera recitando algo aprendido de memoria. Efectivamente después nos damos cuenta de que acaba de frecuentar un curso sobre la Teología de la Liberación.

— Para que sepan, el Reino de Dios representa la quintaesencia del Evangelio y de toda la Revelación. Desde el Antiguo Testamento vemos cómo Dios ayuda al Pueblo de Israel a liberarse de la opresión del faraón para conquistar la Tierra Prometida. En los profetas, en los salmos.... no se habla más que del Reino de Dios, que al mismo tiempo es un regalo de Dios y el fruto más preciado de una lucha constante contra las fuerzas del mal, que nunca dejarán de oponerse a este designio amoroso de Dios para con sus hijos, que somos nosotros, herederos de las grandes promesas...

Ya el P. Juan se soltó. A ver quién logra pararlo. Parece que, si no saca todo lo que tiene dentro sobre el tema del Reino de Dios, vaya a reventar. En un momento suelta unas diez o quince citas bíblicas, tomadas del Antiguo y Nuevo Testamento, donde se ve la importancia de estar a favor de los pobres para construir el Reino de Dios.

— El mismo Cántico de la Virgen recalca este concepto tan importante para entender toda la Biblia, la que yo llamaría la clave hermenéutica bíblica fundamental: “Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes” (Lc 1, 52). Hermanos, ésta es la clave para poder entender todo el mensaje bíblico. Sin

esta clave hermenéutica, no podemos entender el verdadero significado de la Biblia.

Otro aplauso para el P. Juan. Ni modo. Es su día de gloria. Los nuevos miembros de la comunidad quedan anonadados frente a tanta sabiduría y a tanto empuje liberador. Nadie se hubiera imaginado tanta competencia en un tema tan controvertido.

— Échale, Juanito.

— Hasta te sales con palabras domingueras, como hermenéutica. ¿Qué quiere decir esta palabra?

— No lo interrumpen. — Sugiere el P. Tacho — . Si no entienden qué quiere decir la palabra *hermenéutica*, búsqüenla en el diccionario. Déjenlo terminar. Que de una vez suelte toda la sopa.

El P. Juan le agradece su intervención y sigue:

— Sepan ustedes que esta utopía del Reino de Dios ha dado a la Iglesia la mayor cantidad de mártires de toda su historia. Frente al reciente martirologio latinoamericano, palidecen los mártires de la antigua Roma imperial, por el número de sus integrantes y la calidad de los tormentos sufridos: desapariciones forzadas, torturas altamente refinada, fosas comunes, ausencia de juicios... Con la utopía del Reino de Dios, sin duda, la Iglesia acaba de escribir una de las páginas más brillantes de su historia, especialmente en Centro y Sudamérica, mediante la sangre de sus mejores hijos: sacerdotes, religiosas y laicos comprometidos, que no dudaron en arriesgar su vida por la causa de los más pobres y explotados. ¿Quién no recuerda la gigantesca figura de Mons. Oscar Romero, gloria del pueblo salvadoreño y fúlgida perla que acaba de incrustarse en la diadema que adorna las sienes de nuestra santa madre, la Iglesia Latinoamericana? He dicho.

Un sincero aplauso acompaña las últimas palabras del P. Juan, que se ve muy emocionado. No obstante todo intento de volverlo a la realidad de un simple debate comunitario, el P. Juan se queda como ensimismado, viviendo como en un mundo etéreo hecho de sueños y entrega heroica, casi con ganas de llorar. Lo dejamos solo, mientras el P. Nacho nos sirve un buen café, acompañado con galletas. Alguien prende la televisión. Nos enteramos de las últimas noticias. Unos diez minutos de descanso y regresamos a la reunión. Un servidor trata de hacer el punto de la situación:

— Todo lo que acaba de señalar el P. Juan es muy interesante. De todos modos, hay que matizar para entender mejor las cosas. Por ejemplo, cuando se mezcla la religión con un proyecto político, es siempre difícil poder deslindar los dos aspectos y poder hablar de verdadero martirio, que supone una muerte cruenta en odio a la fe. En este sentido, la cristiada (1926 — 1929) con su secuela de venganzas de parte del gobierno masónico y la guerra civil española, unos diez años después, ofrecen una lista de mártires más auténticos, tanto que muchos ya han sido reconocidos oficialmente por parte de la Iglesia y otros están en camino de serlo. Al contrario, por lo que se refiere al proyecto del Reino de Dios, hay pocos verdaderos mártires en un sentido religioso, aunque se puede hablar de mártires en un sentido más amplio, diría humanitario.

Todos miran hacia el P. Juan, que sigue absorto en sus pensamientos, sin prestar atención a las aclaraciones que se están haciendo. Toma la palabra el P. Tacho:

— A la base de todo este enredo estuvo un mal manejo de la Teología de la Liberación, muy ligada a la ideología marxista, que considera como reales solamente los aspectos económicos y políticos de la sociedad, des-

cuidando o rechazando abiertamente los demás aspectos, como por ejemplo el aspecto religioso, el desarrollo de la personalidad y en general los valores humanos.

— ¿Es posible todo esto — pregunta el Hno. Samuel—, si los líderes de la Teología de la Liberación eran gente de la Iglesia muy preparada y entregada, como son los sacerdotes, las religiosas y un gran número de laicos comprometidos?

— Claro que es posible — contesta el P. Tacho—. Cuando una utopía se apodera de alguien, lo vuelve ciego frente a cualquier otra posibilidad. Así que muchos sacerdotes, religiosas y laicos comprometidos se lanzaron a la lucha a sabiendas de que la colaboración con gente de otra ideología podía causar graves daños a la fe del pueblo católico. Muchos pensaron: “Primero hay que resolver el problema político y económico, y después el problema religioso”. Y con esta convicción se hicieron alianzas híbridas con actores sociales, que tenían una visión de la realidad totalmente diferente, para no decir contraria a la fe católica, o se descuidaron aspectos importantes de la pastoral, dando origen a comunidades católicas políticamente bien concientes y religiosamente frías, para no decir muertas. En muchos casos, los curas y las monjas se volvieron en *útiles idiotas*, para usar el lenguaje marxista, que apoyaron un proyecto político totalmente al margen o contra la fe católica, y, una vez logrado el objetivo, quedaron fuera de la jugada.

— ¿Qué habría que hacer entonces para llevar adelante el proyecto del Reino de Dios como utopía cristiana? — Vuelve a preguntar el Hno. Samuel —. ¿O de plano habría que rechazarlo definitivamente por inadecuado?

— No hay que rechazarlo. Sin duda, el proyecto del Reino de Dios es algo profundamente bíblico, que hay

que retomar y redefinir en todas sus componentes, como son el aspecto político, económico, cultural, espiritual y religioso. Dijo Jesús: “Yo quiero que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10), teniendo en cuenta todos los aspectos que contribuyen a la plena felicidad del hombre. En este sentido, cuanto más este proyecto es incluyente, tanto más es auténtico, puesto que mira a la plena realización del hombre con todo lo que lo rodea.

— Entonces, ¿también la ecología forma parte del Reino de Dios? — Insiste el Hno. Samuel.

— Claro — concluye el P. Tacho —. Todo entra en el Reino de Dios, hasta el futuro. No se olviden de los Cielos Nuevos y la Tierra Nueva, que encontramos en Isaías y el Apocalipsis.

Después de haber escuchado la exposición del P. Juan acerca del Reino de Dios con las aclaraciones del P. Tacho, todos quedamos profundamente convencidos de que realmente el proyecto del Reino de Dios representa una utopía bastante rica y entusiasmante para cada uno de nosotros, una utopía que puede colmar todas nuestras aspiraciones y dar pleno sentido a nuestra vida.

El único que manifiesta cierta reticencia, es el P. Nacho:

— Es cierto todo lo que se ha dicho sobre la importancia de la utopía en general y en especial la utopía del Reino de Dios. Solamente quiero observar que esta utopía me parece un poco complicada. Yo preferiría identificarme con otra utopía, que me parece más realista, sencilla y fácil de aplicarse, aunque tenga un alcance más reducido. Me refiero a la grande comisión o al grande mandato de Cristo: “Vayan por todo el mundo y prediquen mi Evangelio a toda criatura” (Mc 16, 15).

— No hay problema — interviene un servidor —. Puede haber muchas utopías, igualmente buenas y válidas, algunas más ricas y amplias, como la del Reino de Dios, otras más reducidas, que se refieren a ciertos aspectos determinados, como son el anuncio de la Palabra de Dios. De todos modos, todas llevan a lo mismo, es decir a la plena realización del hombre.

— También la búsqueda de la santidad en el propio estado de vida puede representar una buena utopía — añade el hno. Santiago.

— Claro. — Subraya el P. Tacho. — En realidad, ¿cuál fue la utopía de los místicos? Vivir desde ahora en aquella íntima unión con Dios, que representa la característica propia de la vida futura. Y lo lograron, aunque a ratos más o menos largos.

Quisiéramos quedarnos más tiempo reflexionando sobre el tema de la utopía y su importancia en la vida cristiana. Pero tenemos que cortar. Será para otra vez, puesto que muchos y variados compromisos reclaman nuestra presencia. Así que nos vemos en la necesidad de despedirnos y alejarnos de prisa, mientras una nueva chispa brilla en nuestros ojos. Es la *fuerza de la utopía* que empieza a dar sus frutos.

La Quinta San Quintín

Contrariamente a lo acostumbrado, hoy el P. Tacho regresa a la casa después de la cena. Apenas nos estamos disponiendo a seleccionar algún programa televisivo que satisfaga los gustos de la mayoría, cuando el P. Tacho pide silencio a toda la comunidad, porque va a comunicar algo muy importante, una verdadera primicia periodística o en jerga eclesiástica, un chisme de primera.

Todos nos aprestamos a secundar su deseo. Regresamos a la mesa, mientras el hno. Santiago le lleva su acostumbrado vaso de leche con pan. El P. Tacho parece radiante de felicidad. Empieza:

— Había una vez una quinta, llamada la Quinta San Quintín, un regalo de almas piadosas a las Hermanas del Divino Infante. Todo marchaba bien: kinder para niños, asilo para ancianos, catequesis... Poco a poco fue llenándose de habitaciones: cuartos, salones y una hermosa capilla. Se volvió en la envidia de los curas y las demás religiosas del barrio. Hay que aclarar que aquel barrio es llamado “El Vaticanito” de la ciudad, por albergar al seminario conciliar y a un montón de instituciones religiosas, con una estupenda vista sobre el mar.

— Apriétale, por favor — interrumpe el P. Juan —
. No tenemos toda la noche para escuchar tu cuento.

— Seré muy breve — continúa el P. Tacho —. Como les decía antes, todo marchaba bien, menos en el aspecto vocacional y comunitario. Poco fervor, muchos chismes y uno que otro escándalo. Conclusión, poco a poco la Congregación de la Hermanas del Divino Infante se fue extinguiendo: las más ancianas se fueron muriendo y las más jóvenes se fueron saliendo de su propia voluntad o expulsadas por falta de vocación y uno que otro problemita un poco delicado. Por fin quedó solamente la superiora, la hna. Gabriela, miembro de la Congregación desde hacía más de veinte años y representante legal de la Asociación Religiosa correspondiente.

— Nada nuevo — sigue interrumpiendo el P. Juan, ansioso de que esto se acabe pronto para ver su programa de televisión favorito —. No es la primera vez que esto pasa. Actualmente en el mismo “Vaticanito”, hay muchos casos parecidos.

— Espera. Ahora viene lo bueno. — Sigue el P. Tacho—. Puesto que desde hacía tiempo la hna. Amalia, de otra Congregación, le estaba echando el ojo a la Quinta, por fin decide dar el zarpazo. Le habla al Vicario Episcopal para la Vida Consagrada, conciertan el plan de ataque y pasan a la acción, citando a la hna. Gabriela en las oficinas de la Vicaría de la Vida Consagrada. Allá sin más ni más le comunican que la Congregación queda disuelta por falta de elementos y ciertos malos testimonios que se han ido dando en los últimos años. Al mismo tiempo, le ordenan desocupar la Quinta y retirarse adonde quiera, entregando todos los documentos de la Asociación Religiosa. Como es fácil de imaginarse, la hna. Gabriela, al enterarse de esto, se desmaya. De hecho, todo el mundo se le cae encima, quedándose de un momento a otro sola, sin casa, sin recursos económicos y sin ninguna perspectiva para el futuro. Sin embargo, acostumbrada a obedecer siempre a las órdenes de las autoridades eclesíásticas, no se resiste,

firma unos documentos que le presentan, sin antes leerlos (obediencia absoluta), va a la Quinta, recoge unos efectos personales, entrega los documentos a la hna. Amalia y se retira a vivir con su madre anciana y enferma, en un ranchito, lejos del mundanal ruido.

— Bueno — pregunta el hno. Samuel — ¿Se puede despedir así nomás a una persona que ha dedicado a Dios toda su vida con sólo declarar extinta la Congregación, sin ningún tipo de jubilación o algo por el estilo? ¿Dónde está el sentido de justicia, de que se hace tanto alarde en la Iglesia?

— Y ¿qué pasó con la Quinta? — Pregunta el hno. Santiago, medio sospechoso.

— Calma, calmantes montes — sigue el P. Tacho, muy feliz por haber logrado captar la atención de todos los miembros de la comunidad con su historia acerca de la Quinta de San Quintín.— Pues bien, el Vicario Episcopal y la hna. Amalia rastrean algunas ex religiosas de la extinta Congregación, improvisan un Capítulo General, nombran a una nueva Superiora, arreglan los papeles de la Quinta mediante un chanchullo jurídico de primera y se instalan en ella.

— Y esto ¿está permitido? — Vuelve a preguntar, escandalizado, el hno. Samuel — . ¿Qué dice el Derecho Canónico al respecto? Todo esto, más que un asunto eclesial, me parece una novela.

— Claro — sigue el P. Tacho —. Se trata precisamente de una novela. Pero el asunto no termina aquí. Una vez que la resucitada Congregación (¿Cuál congregación? De las cuatro ex, apenas dos se reúnen en la Quinta de vez en cuando) empieza a dar sus primeros pasos, hay que cambiar a la superiora, que funge al mismo tiempo como representante legal de la Asociación Religiosa, tomando el cargo la hna. Amalia, por su experiencia

en asuntos de gobierno, habiendo apenas dejado el cargo de superiora regional en su congregación.

— ¿¡!?

— ¿La razón? Como era de esperarse, las hermanas de la resucitada Congregación no quieren saber nada de la vida comunitaria ni se llevan bien entre ellas. Es que no les resulta fácil olvidar sus antiguas mañas. Fíjense que una de ellas, durante su experiencia anterior como religiosa, tuvo un amante. Además, al ser invitada a retomar el hábito, tenía novio y ya estaba por casarse.

— Entonces, — exclama irritado el hno. Samuel — aquí estamos en un verdadero manicomio. Y todo esto, por la maldita codicia de querer apropiarse de la Quinta a como dé lugar. En realidad, no creo que estén montando todo este show por amor hacia la Vida Consagrada, puesto que no se trata de la primera Congregación que se extingue por falta de vocaciones o por otras razones.

— Dejemos los comentarios para después — suplica intrigado el hno. Santiago —. Diga de una vez, P. Tacho, cómo fue a parar todo esto.

— Muy sencillo. Como era fácil de preverse, al cabo de unos meses se vuelve a disolver la Congregación por la mala conducta de sus integrantes.

— ¿Y La Quinta? — Insiste el hno. Santiago.

— Se queda con los autores del chanchullo, que deciden pasar en ella los últimos años de su vida contentos y felices

— Como en las novelas — comenta el hno. Samuel

— Precisamente como en las novelas — concluye el P. Tacho con aire de malicia —. Estoy seguro de que, si se escribiera esta historia, saldría un verdadero best seller,

puesto que cuenta con todos los ingredientes propios de una novela: amoríos, intriga, codicia y enredos de todo tipo.

Todos quedamos sorprendidos e impresionados al escuchar el relato del P. Tacho. No sabemos si creerle o no, o creerle sólo en parte, tan exagerado nos parece, fuera de lo común, extraño a la experiencia que cada uno de nosotros tiene acerca de estos asuntos. Además, cierta sonrisa sarcástica del P. Tacho y cierto sentido de malicia que se desprende de su mirada, nos hacen sospechar que en todo su relato hay gato encerrado.

Hasta que el P. Nacho despeja la duda:

— ¿No estará hablando de la Quinta de San Pablo?

El P. Tacho suelta una sonora carcajada:

— Claro que se trata de la Quinta de San Pablo. ¿Qué pasó? Los creía más buzos y me resultaron tan inocentes.

— Bueno — pregunta el hno. Samuel —. ¿Qué tiene que ver la Quinta de San Pablo con lo que nos acaba de contar acerca de la Quinta de San Quintín?

— Muchísimo. Lo que les acabo de contar presenta la historia como se la imaginaban los amigos de la Vicaría de la Vida Consagrada. Todo sencillo: se desintegra la Pía Unión, se saca de la Quinta a la única hermana superviviente, aunque cuente con la representación legal de la Asociación Religiosa, se improvisa un Capítulo General fantasma con algunas ex miembros de la Pía Unión sin fijarse en los motivos que provocaron su separación de la misma, se enredan las cosas para apoderarse legalmente de la Quinta, se deshace nuevamente la Pía Unión con el pretexto de la mala conducta de sus miembros, cuyos antecedentes negativos, de sobra conocidos por todos,

hacían sospechar este tipo de desenlace, y se quedan con la dichosa Quinta. ¿Para qué? Para hospedar a religiosas necesitadas o para alguna obra de caridad, en el mejor de los casos.

— Y para eso — comenta el hno. Samuel — ¿era propio necesario enredar tanto las cosas, hasta incurrir en un montón de irregularidades a nivel eclesiástico y civil? ¿No hubiera sido mejor de una vez dialogar con la hermana que quedaba de la Pía Unión y llegar a un acuerdo, como se hace entre gente civilizada?

— El problema es que el Vicario de la Vida Consagrada — concluye el P. Tacho — es un incompetente en asuntos legales y pretende resolverlo todo con el principio de autoridad. No se dio cuenta de que los tiempos cambiaron. Por eso le salió el tiro por la culata. Además, desconocía por completo otro detalle: desde hacía algunos años la Quinta había sido entregada por el Sr. Arzobispo anterior a la Asociación del Buen Samaritano y ya algunos miembros estaban integrados a la Asociación Religiosa. Así que el asunto legalmente ya está resuelto y, no obstante todas las amenazas eclesiásticas y artimañas legales posibles, no les resultará fácil salirse con la suya ni a la monja intrigante ni al Vicario Episcopal ingenuo ni a la poderosa Compañía.

Viendo el ambiente propicio, aprovecho para provocar algunas reflexiones al respecto. Como siempre, el P. Juan se avienta sin reflexionar:

— Ojalá que todo esto no trascienda a la prensa. Sería otro descalabro para la Iglesia. Aquí se ve claro que todo el problema es la hacienda.

— La Quinta — aclara el P. Tacho.

— Bueno, la Quinta — sigue el P. Juan —. En el fondo, las ex hermanas, invitadas a resucitar la antigua

Pía Unión, no tienen vela en el entierro. Nada más se están prestando al juego. De hecho los únicos que se están moviendo son la hna. Amalia y el Vicario de la Vida Consagrada. Ojalá que el Sr. Arzobispo reciba una buena información y no se deje arrastrar por su juego.

— Este es precisamente el problema —interviene un servidor—: que el Sr. Arzobispo, el Vicario General y todo el personal de la Curia cuentan solamente con la información que le proporciona el Vicario Episcopal de la Vida Consagrada. Según una indiscreción de un dirigente de la Asociación del Buen Samaritano, hace poco fue citado en la oficina del Vicario General el director de la Asociación del Buen Samaritano con el fin de poner el punto final al asunto. Y fíjense nomás qué pasó: que el Vicario General y el Vicario Episcopal de la Vida Consagrada, en nombre del Sr. Arzobispo, le intimaron la entrega de la Quinta, sin ningún conocimiento de la situación legal de la misma ni de todos los antecedentes. Al solicitar el director una entrevista con el Sr. Arzobispo, le contestó el Vicario Episcopal de la Vida Consagrada que esto no era posible, puesto que él actuaba en nombre del Sr. Arzobispo.

— Así que al mismo tiempo —interviene el P. Tacho— el Vicario Episcopal es juez y parte en un problema que él mismo ha suscitado. ¿Qué le contestó el director de la Asociación?

— Que esto no iba a ser posible. Otro detalle importante: según el citatorio verbal, iban a participar en la reunión el Vicario General, un Obispo Auxiliar, el Vicario Episcopal y el director de la Asociación. Pero ¿qué pasó? Que a la mera hora, en lugar del Obispo Auxiliar, se presentó un licenciado.

— Tramposos como siempre — comenta el P. Juan.

— Y todo esto ¿para qué? Para asustar y presionar

a firmar el acuerdo que ya estaba preparado. De hecho, el licenciado empezó a amenazar al director de la Asociación de intervenir con todo el rigor de la ley. Evidentemente pensaba que estaba hablando con un niño o con una humilde Hermanita de la Caridad, que frente a sus amenazas se iba a poner de rodillas y pedir clemencia. Cuando vieron que no se podía lograr nada con la amenaza de la ley, puesto que no cuentan con ninguna base legal, pasaron al campo eclesiástico, dando a entender que, si no aceptaba lo que ellos habían establecido, se estaba rebelando contra el Sr. Arzobispo.

— ¿Acaso estos señores no saben — comenta el P. Juan — que, cuando se tocan las bolsas, hasta los chivos respingan? ¿Qué tiene que ver un asunto de orden civil con un asunto de orden eclesiástico? Ahora sí: “Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”.

— Por fin, ¿en qué quedaron con el director de la Asociación del Buen Samaritano? —Pregunta el hno. Samuel.

— En nada. Por lo visto, el asunto les está resultando más complicado de lo que se imaginaban.

— ¿Y las hermanas de la resucitada Pía Unión? — Vuelve a preguntar el hno Samuel.

— Una está en su casa, con su mamá, estudiando enfermería, y no quiere saber nada de la vida religiosa. Otra se encuentra en otra ciudad desde hace años con otra ex religiosa y otras dos andan quién sabe donde, viéndose de vez en cuando en la casa de la tía de una de ellas.

Toda la comunidad se queda pensativa. Cuando intento hacer alguna reflexión conclusiva, se sale el P. Juan con un grito, que nos vuelve a todos a la realidad: “El partido México — Jamaica”. Prende la televisión y nos

enteramos que el partido acaba de concluirse: “México 5 — Jamaica 0”. La hicimos. Con eso pasamos a las finales, aunque sea a panzazos. Parece que nuestra selección está encontrando el rumbo, después de un cierto período de crisis. Ojalá que pase lo mismo con nuestra Santa Madre Iglesia.

El Proselitismo Religioso

Como siempre, el P. Egidio llega tarde, más o menos con una hora de atraso. Lo conozco desde hace muchos años, cuando los dos fuimos vicarios en una de las más grandes parroquias de la arquidiócesis, y por eso no me extraña. Le pusieron como apodo el P. Tortuga, porque llegaba siempre tarde, para las misas, las reuniones o cualquier otro compromiso. Era un milagro si en alguna ocasión llegaba a tiempo. Y siempre con sus excusas:

— Se me hizo tarde, por el tráfico infernal, no obstante toda la propaganda que está haciendo el gobierno, según el cual con las nuevas arterias y los puentes ya se iba a resolver este problema. Las llaman “vías rápidas”. ¿Rápidas? Habría que poner helicópteros para agilizar el tráfico en esta bendita ciudad.

— Ya sé, ya sé — es mi comentario habitual, cuando se trata de los atrasos del P. Egidio. — Vamos al grano: ¿a qué se debe tanta prisa en querer entrevistarse conmigo?

— Es que el otro día el Sr. Arzobispo, en un encuentro con los presbíteros de la foranía del este, insistió en la urgencia de llevar adelante el proyecto de los centros de vida comunitaria para el clero, en la línea que están desarrollando usted y el P. Rodolfo. Después me habló a solas y me pidió que aprovechara del año

sabático para hacer una experiencia con usted en esta comunidad. Por lo que entendí, el Sr. Arzobispo quiere que con el tiempo yo encabece otra comunidad en la foranía del este. ¿Cómo la ve usted?

— ¡Estupenda idea!

— Dijo el Sr. Arzobispo que no quiere obligar a nadie a entrar en este nuevo estilo de vida para el clero diocesano. Que todo se haga espontáneamente y sin ningún tipo de presiones, para que no vaya a pasar lo que se comenta de la diócesis vecina, donde se quiso imponer por decreto este nuevo estilo de vida para el clero diocesano y resultó un verdadero fracaso. Más que comunidades de hermanos presbíteros, parecen casas de huéspedes para solterones.

— En distintas ocasiones escuché al Sr. Arzobispo hablar de este tema y en realidad tiene toda la razón. ¿Cómo se puede obligar a uno a vivir en comunidad, si ha vivido siempre solo? Por esta razón nosotros estamos tratando de avanzar en este proyecto con pies de plomo, promoviendo experiencias entre seminaristas y presbíteros que manifiestan un cierto interés por este nuevo estilo de vida. Solamente algunos se quedan.

Y seguimos comentando el proyecto del Sr. Arzobispo, sus pros y contras, las experiencias ya realizadas y las perspectivas para el futuro. A un cierto momento, cuando estamos más en confianza, el P. Tortuga, perdón el P. Egidio, cambia de tono y entra en el meollo del asunto:

— Disculpe, P. José. Por lo que ya sabía acerca de este centro, lo que me acaba de comentar usted mismo y lo que acabo de ver, no tengo ninguna objeción en contra. Lo único que no deja de preocuparme, es su actitud extremadamente severa (según algunos, fanática) con relación a los grupos religiosos no católicos. Hace unos

días usted publicó una carta dirigida a los señores curas, en que nos fustigaba con vehemencia por nuestra actitud abierta y comprensiva hacia dichos grupos. ¿Me puede explicar a qué se debe una actitud tan radical y antiecuménica hacia los que tienen otro tipo de creencias? Puesto que, si acepto la propuesta del Sr. Arzobispo, tendremos que vivir juntos durante algún tiempo, considero importante aclarar de antemano este aspecto.

— Mira, P. Egidio. Yo no estoy ni a favor ni en contra de los que tienen creencias religiosas diferentes. Mi problema son los católicos, no los que no son católicos. Mi preocupación es la siguiente: ¿cómo orientar a los católicos de manera tal que no se dejen confundir y arrastrar por los miembros de los grupos religiosos proselitistas? A ver, cuando a usted se le presenta un católico confundido y le pide una orientación para aclarar alguna duda que le metieron los miembros de los grupos proselitistas, usted ¿cómo se comporta?

— Sencillamente lo invito a reflexionar y a tomar la decisión que considere más conveniente. Por temperamento y por convicción, yo nunca trato de presionar a nadie.

— Bueno. Una cosa es presionar y otra cosa es orientar. ¿Acaso todo católico no tiene derecho a ser orientado oportunamente por su pastor? Así que, según usted, mientras todos tratan de confundir y conquistar a nuestros católicos, nosotros tendríamos que quedarnos neutrales. A ver cómo se las arreglan.

— ¿!!?

— ¿Cómo orientarlos? Aclarándoles nuestra identidad (somos en plenitud la Iglesia que fundó Cristo: Mt 16, 18; Mt 28, 20) y dando una respuesta a sus ataques u objeciones acerca del problema de las imágenes, el bautismo de los niños, etc. Me parece una enorme

irresponsabilidad de parte nuestra dejar a nuestros feligreses sin ninguna protección ante el acoso sistemático y capilar de los grupos religiosos proselitistas.

— Es que el ecumenismo...

— Una cosa es el ecumenismo y otra cosa es dejarnos robar las ovejas bajo nuestras propias narices, sin mover ni un dedo. El ecumenismo es con las iglesias históricas, que no tienen nada que ver con los que hoy en día andan de casa en casa, tratando de conquistar a nuestra gente, y que han hecho de la religión su modus vivendi.

— Sinceramente — confiesa el P. Elpidio — yo nunca había visto las cosas desde este punto de vista. De todos modos, le voy a ser franco: a mí me parece exagerada su actitud con relación a los grupos proselitistas, como usted los llama. ¡Imagínese que llegó a organizar verdaderas “campañas” en su contra!

Ni modo. Ésta es la manera de pensar del P. Egidio y es difícil hacerle cambiar de opinión. Como la mayoría de los presbíteros, las religiosas y los católicos más allegados, piensa que no hay que meterse con los que no comparten nuestra fe. Es suficiente respetarlos y tratar de no hacerles caso, cuando intentan convencernos acerca de la bondad de su opción y del error en que, según ellos, nos encontramos como católicos. Piensan y actúan, como si los miembros de los grupos proselitistas vivieran en otro planeta. No caen en la cuenta de que a veces se trata de un miembro de la propia familia, un compañero de oficina o un amigo. En este caso, ¿cómo es posible no hacerles caso? ¿Por qué, entonces, no hacer el esfuerzo por preparar a todos los católicos de forma tal que se sientan seguros y no se dejen confundir por los miembros de los grupos proselitistas?

— En concreto, — le pregunto al P. Egidio — usted

¿qué está haciendo para enfrentar el problema de proselitismo religioso en su parroquia?

— Estoy evangelizando.

— ¿Cómo está evangelizando?

— Como si no existieran las sectas.

— Aquí está el problema: evangelizar “como si no existieran las sectas”. Una evangelización abstracta, desencarnada, sin tener en cuenta la situación concreta en que vive el pueblo católico, sumergido en un montón de dudas y en un continuo riesgo de perder la fe a causa de los continuos ataques que le vienen de todas partes: sectas de origen cristiano, Nueva Era, religiones orientales, etc.

— Actúo de esta manera para que haya respeto entre todos y evitar que nuestra gente se vaya a pelear con los que no son católicos.

¡Qué locura! Para que haya respeto entre todos y evitar que nuestra gente se vaya a pelear con los que no son católicos, se deja al rebaño sin protección alguna. Sálvese el que pueda. Mejor salirse de la Iglesia que conocer la propia identidad con el peligro de pelearse con las sectas. ¿De dónde sacaron ideas tan descabelladas? ¿De dónde sacaron que la verdad está reñida con el respeto? Parecería algo totalmente absurdo, si no fuera la pura realidad, una realidad fuertemente estremecedora al solo pensarla. Y esto ¿para qué? Para aquietar la propia conciencia. Un pretexto y nada más para no hacer nada y sentirse progresista, ecuménico... Fíjense: un diálogo ecuménico sin Biblia y sin conocimiento de la propia identidad, en que el no católico hable y el católico asienta siempre, sin percatarse de qué se trata. ¿Hasta cuándo durará dentro de la Iglesia esta especie de sopor o encantamiento, que tiene a mucha gente como

anestesiada, adormecida, atorada, fuera de sí, en un mundo totalmente imaginario? ¡Y pensar que se trata de pastores de almas y hasta teólogos!

Por otro lado, ¿cómo no se dan cuenta de que los católicos que se pelean, no son los que están preparados, sino los que no están preparados? Por esta misma razón, recurren a los gritos, las groserías o las amenazas. Los que, al contrario, están preparados en campo bíblico y apologético no tienen porqué pelearse. Exponen sus argumentos y ya. La experiencia enseña que en este caso son los no católicos los que empiezan a exaltarse y, al no encontrar argumentos bíblicamente válidos para contradecir la doctrina católica, se salen con que los católicos son demonios, el papa es el anticristo, la Iglesia Católica es la ramera, etc.

Y por lo que se refiere a la campaña que estamos haciendo, el P. Egidio aún no ha entendido que no se trata de atacar a los no católicos, sino sencillamente de fortalecer la fe del católico, de manera tal que se sienta seguro y no caiga en las redes de los grupos proselitistas. El mismo título lo dice: “Campaña para la promoción y el fortalecimiento de la fe católica”. Ni modo. Ésta es la triste realidad, que estamos viviendo dentro de la Iglesia: una profunda incomunicación entre los pastores y las ovejas, que lleva al abandono y dispersión del rebaño. ¿Hasta cuándo, Señor, durará esta situación? ¿Hasta cuando durará el largo letargo en que viven tantos pastores de la Iglesia, mientras el rebaño se va reduciendo cada día más?

Y las masas católicas, ¿qué?

Segunda entrevista con el P. Egidio. Lo acompaña un joven de unos 18 años de edad, con preparatoria terminada. Según el P. Egidio, el joven manifiesta claros signos de vocación y desde un principio quiere formarse en la Fraternidad Sacerdotal.

- Lo conozco desde hace unos tres años – aclara el P. Egidio – y me parece un buen muchacho: piadoso, honesto y sano en todos los aspectos. Ojalá que no me vaya a decepcionar como me ha pasado en otros casos. Se llama Onofre.

- ¿Qué tal, Onofre? – le pregunto.

- Muy bien, P. José. Como le acaba de informar el P. Egidio, yo quiero ser sacerdote y me gustaría formar parte de su comunidad. Así tengo la oportunidad de seguir conviviendo con el P. Egidio, que es mi director espiritual, y aprender a vivir desde un principio según este nuevo estilo de vida en la misma cuna de la Fraternidad.

Después de las presentaciones, el P. Juan nos invita a desayunar. Somos cuatro: El P. Juan, el P. Egidio, Onofre y un servidor. Onofre está ansioso de conocer de viva voz mi opinión acerca de la actual situación de la Iglesia, teniendo en cuenta de una manera especial el problema de las masas católicas con relación al fenómeno

del proselitismo religioso. Parece que leyó algún escrito mío acerca de este tema o por lo menos escuchó algo que le platicó el P. Egidio, su mentor.

- Según mi manera de ver las cosas, – empieza el P. Egidio – la situación no es tan trágica, como la pinta usted. Supongamos que en un pueblo haya un solo restaurante. Es evidente que todos vayan al mismo restaurante. Pero ¿qué va a pasar el día en que haya dos o tres restaurantes? Los clientes se van a repartir entre los distintos restaurantes. Pues bien, lo mismo está pasando en el campo religioso. Antes había solamente la Iglesia Católica. Por eso todo el pueblo era católico. No había otra opción. Pero ahora ya cambiaron las cosas. Por el fenómeno de la globalización, la migración y el acceso que todos tienen a la escuela y la cultura, fácilmente uno se entera de que existen otras opciones religiosas. Por lo tanto, no hay que extrañarnos si algunos por curiosidad, gusto, despecho, venganza o quién sabe qué decide salirse de la Iglesia y adherirse a un grupo religioso alternativo. ¿Qué le podemos hacer? Así son las cosas. El mundo va cambiando. ¿O cree usted que sería mejor regresar al tiempo de antes, cuando no había libertad religiosa y todos estaban obligados a profesar la misma fe?

- Aquí no se trata de imponer nada a nadie. Se trata simplemente de ayudar al católico a no dejarse atrapar por los grupos proselitistas. En realidad, las cosas no son tan sencillas como usted las acaba de pintar. La experiencia dice que los que abandonan la Iglesia Católica generalmente no lo hacen por gusto, curiosidad o cualquier otra razón. Por lo general, son inducidos por los miembros de los grupos proselitistas con calumnias contra la Iglesia Católica, dádivas o manipulando la Biblia. Ahora bien, estando así las cosas, mi punto de vista es el siguiente: en lugar de dejar solo al católico, sin ninguna protección, ante el acoso constante de los grupos

sectarios, ¿no sería mejor prepararlo para que no se deje confundir y sucumba?

- Prepararlo, ¿cómo? – insiste el P. Egidio.

- Con la Biblia en la mano y utilizando las normas de una sana apologética. Que toda la formación del católico tenga como base la Biblia. Todo con la Biblia y nada sin la Biblia. Biblia para la catequesis presacramental, Biblia para el rezo del Santo Rosario, Biblia para el Novenario de Difuntos, etc. Que todos vayan a la celebración eucarística o de la Palabra con la Biblia en la mano. Esto serviría para dar al católico un alimento espiritual más sólido y rico. Al mismo tiempo lo ayudaría a crecer en la autoestima y a no sentirse impotente ante el acoso de los grupos proselitistas. Por lo que se refiere a la apologética, es suficiente subrayar en la misma Biblia aquellos aspectos que niegan o distorsionan los miembros de los grupos proselitistas, dando la respuesta correspondiente, siempre con base bíblica.

- Y con relación a los católicos que el domingo no acuden a la Iglesia, ¿qué habría que hacer?

- Antes que nada, insistir más en su preparación a los sacramentos. Que no se trate de alguna plática y nada más. Que se trate de una verdadera catequesis, acompañada por una práctica de vida cristiana evaluable, y tenga como base la Biblia con un enfoque apologético, es decir, que mire a alimentar y fortalecer la fe del católico, teniendo en cuenta la problemática manejada por los que tratan de desprestigiarla. Aparte de esto, que es lo básico, habría que tratar de no perder el contacto con este tipo de católicos, que son la mayoría.

- ¿Cómo?

- Formando misioneros parroquiales, con la colaboración de todas las fuerzas vivas de la parroquia,

cuya actividad principal consistiría en visitar a los alejados.

- ¡Una tarea sobrehumana! ¿Cómo disponer de tanta gente preparada y dispuesta para realizar este tipo de contacto con la mayoría de la población católica, que normalmente no acude a la Iglesia?

- Se empieza por algo. Como en otros asuntos, “se hace camino al andar”. No todo se ve claro desde un principio. Aparte de las visitas domiciliarias, de vez en cuando se podría pasar por las calles, dando mensajes grabados mediante el uso de aparatos de sonido instalados en triciclos o carros. Se podría aprovechar para ofrecer folletos, trípticos, hojas informativas parroquiales, periódicos diocesanos, etc. Lo importante es tener bien claro en la mente que es necesario no perder el contacto con la masa católica alejada. Si la competencia lo hace, ¿por qué no lo podemos hacer nosotros, siendo mayoría? Todo es cuestión de voluntad y organización. Además, es algo que ya estamos haciendo en algunos lugares. No se trata de algo imposible.

Mano a mano que va avanzando la conversación, parece que el P. Egidio y el joven Onofre vayan volviéndose más receptivos con relación a esta nueva manera de ver las cosas. De todos modos, aún no están totalmente convencidos. Siguen con sus reservas.

- Mire, P. José: - se atreve a preguntar al P. Egidio casi balbuceando - ¿Es propio necesario hacer un esfuerzo tan grande para cambiar la situación de las masas católicas alejadas? ¿Acaso los grupos proselitistas no están evangelizando igual o tal vez más que nosotros? ¿Por qué, entonces, tanto escándalo? Los que quieren seguir viniendo a la Iglesia, que vengan. Y para los demás.... que se encargue la competencia, que está más entrenada para eso. En el fondo, todos estamos buscando al mismo Dios.

- Así que para usted todo es lo mismo: creer o no en la Eucaristía, respetar o despreciar a la Virgen, obedecer o no obedecer a los sucesores de los apóstoles...Lea Gál 1, 6-9 y verá que dice San Pablo al respecto.

- Es que tenemos que amar y respetar a todos.

- Una cosa es el amor y el respeto hacia todo y otra cosa es no saber distinguir entre la verdad y el error, cayendo en el más burdo indiferentismo religioso.

- De todos modos, no veo bien ese afán de su parte por querer acaparrar para nosotros todas las ovejas. Deje que coman también los demás pastores. En la viña del Señor hay para todos. ¿Por qué calentarnos tanto la cabeza? Comemos nosotros; que coman ellos también. Para mí, la presencia de los grupos proselitistas, más que ser un problema, es una ayuda para la Iglesia. Llegan adonde nosotros no llegamos. ¿Qué sería de tantos católicos alejados, si no contaran con la presencia de los grupos alternativos?

Ni modo. También al interior de la Iglesia es necesario el ejercicio de la paciencia y la tolerancia. Así piensa el P. Egidio y no hay manera de hacerle cambiar de opinión. Que siga por su camino, mientras yo sigo por el mío. De todos modos, no pierdo las esperanzas de que algún día logrará entender el papel especial que juega la Iglesia en orden a la salvación y el establecimiento del Reino de Dios. Lástima que dentro de la Iglesia haya muchos que opinen como el P. Egidio. Viven al margen del sentir cristiano y se sienten liberales o progresistas. En lugar de ver qué hacer para avanzar en la evangelización, se quedan como observadores, convencidos de que, en el fondo, todo es lo mismo.

- ¡Y con esa manera de pensar ustedes pretenden formar parte de nuestra comunidad! –Interviene el P. Juan.

- ¿Qué hay de malo en todo esto? – contesta Onofre – Tenemos que ser realistas y abiertos. No tenemos que pensar que solamente lo nuestro es bueno. Ya pasó el tiempo de los monopolios. Llegó el tiempo de la competencia. Es en la libre competencia donde se ve si algo realmente vale o no vale, funciona o no funciona.

- Nadie está en contra de la competencia. – Aclaro – Lo que trato de hacer, es preparar al católico de forma tal que pueda vivir sin complejo de inferioridad y sin zozobras en el mundo plural en que vivimos. No podemos dejar solos a los católicos ante la voracidad y astucia de la competencia.

- Hay otro aspecto que tenemos que examinar – concluye el P. Egidio, muy pensativo, como hablando consigo mismo -. Supongamos que logremos en cierta manera impedir que nuestras masas católicas alejadas se salgan de la Iglesia. Mi pregunta es: Y después, ¿qué? ¿Estamos en condiciones de evangelizarlas y atenderlas debidamente? ¿Contamos con suficientes pastores que las puedan apacentar? Me temo que no.

Sin duda, el problema es muy gordo. Ya estamos cansados. Será para otra charla.

Hacia un Nuevo Modelo de Iglesia

Teniendo en cuenta el interés que nuestras “Charlas de sobremesa” están teniendo entre un buen número de curas y seminaristas, se organiza un café teológico sobre el tema “Hacia un nuevo Modelo de Iglesia”. Se trata de comentar el libro, que acabo de escribir y lleva el mismo título. Participan un total de veinte personas.

Noto algo raro en el ambiente: todos quieren escuchar y muy pocos están dispuestos a expresar su opinión. Pregunto el porqué. El P. Rodolfo, que desde hace algún tiempo dirige otra comunidad de la Fraternidad Sacerdotal, rompe el hielo.

- Efectivamente algo raro está pasando con sus escritos: muchos los están leyendo con sumo interés y a escondidas. Como si se tratara de cuentos eróticos. Muchas veces me he preguntado el porqué, sin tener ninguna explicación plausible.

- Es que le tienen miedo al cambio. – Interviene el P. Juan – Según mi opinión, el clero y la vida consagrada actualmente representan un factor de resistencia dentro de la Iglesia. Son los instalados, que gozan de privilegios en el contexto eclesial y no quieren arriesgar con perderlos. Si queremos cambios serios, tenemos que pensar en el laicado, que es el que más está sufriendo las

consecuencias de este desbarajuste en que se encuentra actualmente la Iglesia. Pero ¿qué pasa? Que el laicado no está preparado para aportar sugerencias, sustentadas en una buena base teológica. Por eso no opina, por el miedo a quedar en ridículo o ser reprendido.

Retoma la palabra el P. Rodolfo:

- Aquí está la palabra clave: el miedo, un miedo que paraliza e impide hasta pensar. Muchas veces me he preguntado a qué se debe esta actitud tan común entre nosotros. Posiblemente al hecho de vivir en un régimen de tipo monárquico, en que todo depende de lo que piensan y ordenan los de arriba. Se tiene miedo a disgustarlos y a caer en desgracia, especialmente cuando alguien tiene alguna aspiración a subir en el escalafón eclesiástico o a recibir alguna prebenda. A nadie le gusta correr el riesgo de ser metido en la lista negra.

- Ahora entiendo – interviene un seminarista, que por primera vez participa en estos encuentros - porque el otro día el vicario foráneo de mi zona dijo que habría que tener mucho cuidado con los escritos del P. José, puesto que pronto serían censurados.

- ¿Censurados? ¿Por qué? – Pregunta un párroco, que ya está adoptando en su parroquia muchas sugerencias, contenidas en mis escritos.

Todos quieren tomar la palabra para opinar. El ambiente se está calentando. Sobresale la voz del P. Juan:

- Porque presentan ideas nuevas, que incomodan a mucha gente. Muchos piensan que nosotros tenemos la obligación de ejecutar todo lo que deciden los de arriba, como si fuéramos unos niños, sin capacidad de discernir y decidir. Y esto no está bien. En realidad, todos podemos y tenemos que hacer el esfuerzo por tratar de entender y resolver los graves problemas que aquejan a la Iglesia de

hoy. En realidad, nadie tiene el monopolio o la exclusividad para descubrir o intuir lo que más convenga para mejorar las cosas en la Iglesia de hoy.

Al no tener todos la oportunidad de expresar públicamente la propia opinión, cada uno trata de dialogar con los que se encuentran a su lado para dar a conocer la propia manera de pensar y al mismo tiempo escuchar lo que piensan los demás. Después de unos minutos de calentamiento general, poco a poco los comentarios disminuyen, mientras todos van dirigiendo su mirada hacia mí, en espera de una aclaración “oficial”. Lo que hago con mucho gusto.

- Según mi opinión, dos son las razones fundamentales, que en el caso concreto de mi último escrito “Hacia un Nuevo Modelo de Iglesia”, han impedido a muchos expresar libremente su opinión: la falta de costumbre a expresar públicamente las propias opiniones en los asuntos importantes de la Iglesia y la novedad de la problemática que se maneja en dicho escrito. Estando así las cosas, muchos prefieren leer y callar, en espera de alguna señal que venga desde arriba para apoyar o contrarrestar las ideas que allí se expresan. Nadie quiere correr el riesgo de “quemarse” así nomás, por el simple amor al arte. Algunos quisieran intervenir, a condición de tener las espaldas bien cubiertas.

- Además, - interviene el P. Rodolfo - no hay que olvidar que también entre nosotros normalmente se piensa, escribe y opina a nivel de interés personal, simpatía o grupo: diócesis, congregación, movimiento, línea teológica o pastoral. Es difícil que alguien se aviente al ruedo por el simple gusto, como un moderno Don Quijote de la Mancha. Sencillamente lo ignoran. Como si no existiera. Se toman en cuenta solamente a los que tienen el mismo interés o andan en la misma línea. Se

citan entre ellos, se admiran, se ensalzan mutuamente y se cubren de elogios. Para los demás, el ataque directo o velado, el silencio o el ostracismo. Por eso es importante que nosotros hagamos todo lo posible para aterrizar en algo concreto, para que las ideas que aquí se manejan, lleguen a fermentar realmente la Iglesia. Necesitamos llegar a una verdadera organización o nos quedamos a un nivel de profetismo puro, que a la larga puede volverse contraproducente, una vez que nuestros simpatizantes descubran que se trata de pura teoría sin ningún influjo directo en la realidad.

Nuevamente los participantes en el café teológico se dispersan en comentarios espontáneos, subrayando cada uno algún aspecto en particular. Contrariamente a lo que pasa en el ambiente eclesial en general, aquí se nota una gran efervescencia de ideas con un gran deseo de cambio, en busca de una salida a la actual situación de desaliento e incertidumbre en que actualmente se encuentra la Iglesia.

- Es un hecho – comenta alguien – que en este momento todos están avanzando, excepto nosotros. Hay algo que ya no funciona en nuestro sistema eclesial, algo que no nos satisface. ¿Qué es lo que nos está pasando?

- Es cierto – comenta otro participante- . Mientras todos los demás están tratando de conquistar a los católicos, nosotros nos quedamos con los brazos cruzados, buscando cualquier pretexto para justificar nuestra apatía y falta de interés por buscar una salida a la actual situación en que nos encontramos.

Un presbítero anciano, con muchos años de experiencia pastoral, que por primera vez participa en un café teológico, se levanta pide silencio y se dirige directamente a mí:

- Disculpe, P. José. Yo vine aquí para escuchar su voz. Quiero entender en pocas palabras cuál es su propuesta concreta para salir del actual bache en que nos encontramos como Iglesia. Desgraciadamente no tuve la oportunidad de leer su libro “Hacia un Nuevo Modelo de Iglesia”. Le pregunto: ¿Es posible esto o es necesario que sigamos adelante, dando cada quien su opinión con el peligro de no aterrizar en nada?

Un fuerte aplauso acompaña su intervención. Así que no me queda otra que tomar la palabra y tratar de “aclarar el asunto en la manera más breve, clara, precisa, concisa y compendiada posible”.

- Hermanos, antes que nada quiero aclarar que a la base de la actual situación en que se encuentra la Iglesia, no está la flojera o el egoísmo. Lo que está pasando es que estamos viviendo en un modelo de Iglesia ya superado, que se formó durante siglos y culminó en la edad media, en una sociedad completamente católica, cuando la fe se respiraba por todos los poros. Hoy las cosas cambiaron. Vivimos en una sociedad plural, en medio de un montón de obstáculos en orden a la vivencia de la fe. El saco ya no nos queda. Es urgente cambiarlo por uno más adecuado a las actuales circunstancias. Hoy tenemos que ver qué hacer para formar al católico de manera tal que pueda vivir su fe sin complejo de inferioridad y sin zozobra en un mundo, en que el pluralismo cultural y religioso es una realidad imprescindible. Se trata de ver cómo pasar de un catolicismo de tradición a un catolicismo de convicción, que pueda resistir a los embates del indiferentismo y el proselitismo religioso. Aquí está todo el meollo del problema. Lástima que muy pocos logran entender esta realidad y se van por la tangente, entreteniéndose en asuntos marginales, sin enfrentar directamente el problema.

- ¿Y el Concilio? – Pregunta un seminarista -.
¿Acaso no nos dio pautas para enfrentar esta situación?

- Sin duda – es mi respuesta -. De todos modos, es oportuno aclarar que se trata de una problemática totalmente ausente de las mentes de los padres conciliares. Ellos toman conciencia del malestar presente en la Iglesia y en la sociedad, aportan determinados remedios, pero no descubren la raíz del problema. Su perspectiva es otra.

Noto bastante desconcierto entre los presentes. Algunas miradas furtivas entre los que se tienen más confianza. Muchos me hacen señas de proseguir. Y prosigo:

- En este nuevo contexto general, nos hace falta un proyecto global, una utopía, que abarque todo el ser y quehacer de la Iglesia y nos señale el rumbo a seguir. Se trata de mirar más hacia delante que hacia atrás, no dejándose desviar por ciertas visiones triunfalistas del pasado, que ya no tienen sentido por lo menos para las próximas generaciones. Es necesario un cambio de perspectiva en nuestra manera de vivir la fe y hacer realidad el mandato de Cristo de ir y anunciar el Evangelio a todas las criaturas (Mc 16, 15). El actual modelo de Iglesia, estructurado en una sociedad completamente católica, ya no sirve; muchas estructuras e instituciones del pasado ya no nos ayudan; al contrario, nos distraen y nos estorban.

Ante el asombro de muchos, hablo de la urgente necesidad de revisar “todo, sin dar nada por descontado”: la religiosidad popular, en la que hay que intervenir con fuerza, llenándola de savia evangélica, la catequesis presacramental, la liturgia... Hablo acerca de la conveniencia de restaurar el antiguo catecumenado e impulsar siempre más los movimientos eclesiales, “que

representan la vanguardia de esta nueva manera de ser Iglesia”. Insisto en que hoy en día es preciso que todo el cuerpo eclesial despierte del estado de inconciencia y somnolencia general en que se encuentra y haga todo el esfuerzo posible por entrar en un estado de conciencia y compromiso con relación a los desafíos, que actualmente presenta a la misión un mundo tan variado, cambiante, problemático y conflictivo como el nuestro.

Aplauso general. Ya se hizo tarde. Hay que concluir. Una última pregunta de parte de un profesor del seminario:

- En su último libro “Hacia un Nuevo Modelo de Iglesia”, usted presenta la posibilidad de volver a la antigua praxis de la Iglesia, contando con presbíteros célibes y presbíteros casados. ¿Qué nos puede decir al respecto?

- Cuando digo que hay que revisarlo todo, quiero decir “todo”, hasta el asunto del celibato sacerdotal. Todo depende de la perspectiva con que se mira este asunto. ¿Y cuál tiene que ser la perspectiva correcta? La misión y el cuidado de las comunidades cristianas. En la medida en que la praxis actual del celibato sacerdotal permite a la Iglesia hacer frente a estas necesidades básicas, adelante; si, al contrario, la praxis actual perjudica la misión y deja a muchas comunidades cristianas sin la Eucaristía, que representa su principal fuente de vida e unidad, hay que revisarla. No hay vuelta de hoja, de acuerdo al principio “salus animarum suprema lex”.

No obstante el deseo que manifiestan algunos de ahondar más en el tema, hay que concluir. Ya se hizo demasiado tarde. Habrá otra oportunidad. Por mientras, que cada quien profundice algún aspecto para presentarlo en el próximo café teológico.

Como en los comienzos

De regreso de una misión, noto en el centro un cierto alboroto. Todos están presentes: antiguos y nuevos miembros de la comunidad. Un total de quince personas entre padres y seminaristas. Supongo que se celebra alguna fiesta de cumpleaños o aniversario de ordenación. Pero no es así. Terminando el rezo de la hora nona, antes de sentarnos a la mesa para tomar los alimentos, el P. Rodolfo rompe el hielo:

- P. José, estamos un poco preocupados por las reacciones que se suscitaron a raíz del último café teológico. Parece que hubo algún infiltrado, que nos quiere hacer la vida difícil. Desde entonces en la Curia no se habla que de nosotros como de un grupo de disidentes, que quieren cambiar todo en la Iglesia. De una manera especial, se está distorsionando su punto de vista acerca del celibato sacerdotal.

- Ni modo. ¿Qué le puedo hacer? Creo que mi manera de ver las cosas sea teológicamente correcta. En realidad, no podemos echarlo a perder todo para salvar a como dé lugar la praxis de celibato sacerdotal. En la medida en que ayuda la Iglesia a cumplir con su misión, que siga; en la medida en que la estorba, hay que revisarla. ¿Qué hay de raro, revolucionario o incorrecto en todo esto? Que el pueblo decida. Si quiere quedarse sin Eucaristía, con la simple Celebración de la Palabra, que lo haga. Sin embargo nadie quita que pueda haber algunos

casos en que el pueblo prefiera un sacerdote casado a un simple catequista o diácono casado. Por otro lado, cuando se quiso restaurar el diaconado permanente con hombres casados, ¿no hubo el mismo tipo de reacciones de parte de muchos entre clérigos, religiosas y laicos?

- Hasta la fecha no falta gente que sigue en contra de la restauración del diaconado permanente con hombres casados – interviene un seminarista.

- Ni modo. Así es, cuando hay cambios en cualquier aspecto de la vida personal, familiar, social o religiosa. No todos perciben al mismo tiempo su necesidad o eficacia. Y de todos modos los cambios se dan, puesto que la historia no se puede detener a causa de la miopía o cerrazón de algunos.

Parece que todos estén de acuerdo con lo que se está planteando. En realidad, lo que se pretende, no es otra cosa que estimular la reflexión acerca de la manera más correcta de llevar adelante hoy la misión que Cristo encomendó a su Iglesia. No se trata de rechazar, tergiversar o inventar ningún dogma dentro de la Iglesia. Se trata sencillamente de empezar a ver las cosas desde una óptica diferente, que ayude a la Iglesia a ubicarse correctamente frente a la historia y le permita liberarse de ataduras inútiles, que le impidan despegar el vuelo. Claro que, tratándose de cambios bastantes profundos, como exigen las actuales circunstancias históricas, muchos se espantan y reparan.

- Evidentemente, no se trataría de cambiar la ley del celibato sacerdotal de un momento para otro, sin más ni más – aclara el P. Rodolfo -. Primero, se podría hacer algún ensayo en algún determinado lugar, más necesitado de clero y más abierto al cambio.

- También se podría empezar ordenando a diáconos casados – añade el P. Emilio.

- Según mi opinión - y con eso doy por terminada la reflexión acerca del tema -, si se quiere un cambio en la praxis actual del celibato sacerdotal, habría que tener en cuenta estos dos aspectos fundamentales: ensayos paulatinos en determinados lugares y diáconos permanentes, que accedan a la ordenación sacerdotal a petición de las comunidades que los conozcan y soliciten su ministerio.

Noto en el ambiente un clima de satisfacción general acerca de la manera de ver y enfrentar los distintos problemas, que afectan la vida de la Iglesia hoy en día. ¡Qué diferencia entre el espíritu de sinceridad y fraternidad, que se respira en nuestras reuniones, y el clima de superficialidad y desinterés que se nota en muchos encuentros de decanato y foranía! De ahí la gran preocupación del Sr. Arzobispo por impulsar este tipo de comunidades, que representan el futuro del clero diocesano célibe.

Ojalá que los que no comparten esta misma inquietud, no se aprovechen de algún descuido de parte nuestra para echarlo a perder todo. Por eso tenemos que ser muy cuidadosos en la manera de llevar adelante nuestros proyectos de cambio dentro de la Iglesia, no permitiendo que gente sin escrúpulo se infiltre en nuestros grupos y trate de abanderar nuestros proyectos, por el prurito de novedades o ambición de poder. Como sucedió el otro día, cuando un periodista televisivo, sedicente católico de hueso colorado, me pidió una entrevista sobre el libro "Hacia un Nuevo Modelo de Iglesia". ¿Qué van a entender ellos de cambios en la Iglesia? Lo único que buscan es el escándalo para que aumente el número de los televidentes. Por eso no acepté.

Mientras comemos, alguien comenta algunas reacciones a mi último libro. Lo único que se escucha es:

“Muy fuerte”. Nadie va más allá; nadie se quiere quemar. No están acostumbrados a pensar y opinar. ¡Y se trata de profesores de seminario, estudiantes de teología, sacerdotes y religiosas! “Muy fuerte”. Hasta allí llega su comentario. Ni modo. ¿Será temor, inseguridad, cobardía? Quién sabe. ¡El mundo eclesiástico es tan raro!

Al terminar de comer, empieza la charla de sobremesa, con más formalidad. El P. Emilio, secundado por el P. Juan, me invita a exponer con más detalles mi proyecto acerca de un nuevo modelo de Iglesia.

- Puesto que todos somos miembros de la misma Fraternidad Sacerdotal y todo compartimos con usted la misma inquietud acerca de la necesidad de un cambio profundo en la Iglesia, ¿por qué no nos habla un poco más acerca de este proyecto, que sin duda representa algo novedoso dentro de la Iglesia y por lo tanto está expuesto a incomprendimientos y críticas? Así no nos resultará difícil defenderlo de posibles ataques malintencionados y al mismo tiempo estaremos en grado de ofrecer alguna explicación complementaria a los que traten de profundizar el tema.

Mi respuesta es afirmativa. En realidad, esto me sirve también a mí para aclarar más mi proyecto acerca del futuro de la Iglesia, aprovechando los cuestionamientos y las aportaciones de todos los miembros de la comunidad, un método que hasta la fecha me ha resultado extremadamente eficaz para profundizar muchos aspectos de la pastoral y llegar a los actuales planteamientos. De otra manera, ¿qué sentido tendría vivir en comunidad?

Antes que nada, hago un resumen de la situación:

- Como Iglesia, estamos en picada. Pocos ministros ordenados, que por lo general se entretienen en asuntos culturales de poca trascendencia en orden a la formación

de la comunidad y su pastoreo. No hay entusiasmo, puesto que su número disminuye cada día más. Parece que vamos hacia una Iglesia sin ministros ordenados, es decir, sin pastores. Trabajar, organizar, crear... ¿para qué, si no existe ninguna garantía para el futuro? Es que el actual sistema eclesial ya no funciona. Dio lo que pudo; ya no puede dar más. Funcionó en el pasado, cuando la práctica religiosa con sus valores era casi al 100% y había un sacerdote para cada 100 – 200 feligreses. Hoy ya no funciona, puesto que los católicos practicantes serán del 5 al 10% del total y para cada sacerdote hay 5 - 10 - 15 - 20... mil habitantes. Se trata de un sistema que se formó durante unos 700 años, desde Constantino hasta el año 1000, funcionó unos 700 años y empezó su decadencia. Ahora nos encontramos en la postrimería de un modelo ya agotado. Un promedio del 5 – 10 % de los que se declaran católicos, frecuenta la Iglesia con cierta constancia. Los demás acuden de vez en cuando para algún sacramento, y ya. Parecen cascarones vacíos. Pues bien, más seguimos con este modelo y más nos vamos a volver en pura pantalla, con costumbres, prácticas e instituciones que no dicen nada. Y seguiremos perdiendo gente. ¿Hasta cuándo? ¿Por qué no empezamos a pensar en un nuevo modelo de Iglesia, que refleje más la situación en que nos encontramos actualmente?

- ¿Cuál sería este modelo? - pregunta un seminarista.

- Un modelo que se inspire a la Iglesia primitiva, en su esfuerzo constante por fortalecerse interiormente cada día más y expandirse en el mundo pagano circundante, hostil y amenazante. Para penetrar en este mundo, tuvo que entrar en diálogo con su cultura y lograr expresarse en su mismo lenguaje, sin diluir su identidad. Inculturación, sí; asimilación, no.

- Al contrario de lo que se está intentando ahora – comenta el P. Juan -, que para ser agradables a todos y no correr el riesgo de molestar a los que tienen otras maneras de pensar, se prefiere diluir nuestra identidad católica, ocultando nuestro verdadero rostro, aceptando cualquier tipo de planteamiento y dando a todos la razón.

- Si cambiamos de perspectiva y empezamos a ver las cosas desde la óptica de los apóstoles y las primeras generaciones cristianas, en lugar de quejarnos por el deterioro en que se encuentra la sociedad a nivel de valores cristianos y luchar por conservar el actual papel de guía de la sociedad, suponiéndola cristiana, nos dedicaremos más a la que representa nuestra misión específica de ir y hacer discípulos de Cristo (Mt 28,19), en un mundo hostil, sometido al imperio del “príncipe de este mundo”; en lugar de ceder a la tentación del discurso “políticamente correcto”, no tendremos dificultad en optar por un discurso “evangélicamente correcto”.

Ahondando más en este aspecto, hago hincapié en la necesidad de revisar todo nuestro bagaje teológico para despojarlo, hasta donde sea posible, de todo su ropaje cultural del pasado para hacerlo comprensible y aceptable al hombre de hoy. De otra manera, nos volvemos incomprensibles para nuestra propia gente, para nuestros parientes, vecinos y feligreses.

- ¿Han pensado alguna vez, por qué para ser sacerdotes hay que estudiar tantos años de filosofía? Para entender mejor el dogma católico, que está expresado esencialmente en categorías filosóficas. Así que, los que no tienen la misma preparación filosófica, se vuelven ipso facto en católicos de segunda categoría, al estar incapacitados para entender perfectamente su religión. De ahí la incomunicación radical que existe entre el clero y la feligresía católica. Pues bien, si nos ponemos en la

perspectiva de los apóstoles y las primeras generaciones cristianas, lo primero que se nos impone es enfrentar seriamente este problema, haciendo todo el esfuerzo que sea necesario para traducir la fe en un lenguaje accesible al hombre actual. Una vez logrado esto, se podrá hablar seriamente de inculturación de la fe en el mundo africano, chino, japonés, etc.

- Por lo que veo, el asunto es más serio de lo que uno se pueda imaginar – comenta el P. Rodolfo.

- Claro que se trata de algo muy serio. Veamos el axioma “Fuera de la Iglesia, no hay salvación”. ¿Qué entiende el hombre de hoy, sin una preparación específica al respecto? Que fuera de la entidad eclesiástica católica, nadie se puede salvar; por lo tanto, todos los demás cristianos separados y los que no son cristianos se van a perder. Un absurdo a todas luces. Como se ve, hay un problema de lenguaje. La gente de hoy no entiende las cosas como las entendían los que acuñaron esta frase. Cuando ellos hablaban de Iglesia, se estaban refiriendo al “Cuerpo Místico de Cristo”, es decir a Cristo con su Iglesia, no a una simple entidad eclesiástica. Además, suponían un rechazo formal de Cristo con su Iglesia, una vez debidamente conocidos. En el fondo, se trataría de desconocer el papel único e insustituible de Cristo y su Iglesia en orden a la salvación.

Evidentemente, una vez aclarado esto, habría que revisar la formulación de los dogmas, la liturgia, los catecismos, etc., distinguiendo entre la doctrina y el ropaje cultural, el contenido y el continente, lo duradero y lo pasajero, debido a las circunstancias de tiempo y lugar.

- Una tarea titánica, pero necesaria – comenta el P. Rodolfo -, si queremos poner a la Iglesia Católica en condiciones de despegar el vuelo, con los pies bien puestos sobre la tierra, el Evangelio en las manos y fijando la mirada en Cristo, el señor de la historia.

- Otro punto importante que, según mi opinión, habría que analizar es la doctrina del *ex opere operato*, definiendo su origen, su sentido, su alcance y sus límites. De otra manera, no se da la debida importancia a la participación del hombre en orden a la eficacia de los sacramentos. Mientras en teoría rechazamos el principio luterano de la *sola gratia*, en la práctica lo afirmamos al sobrevalorar el papel de los sacramentos en orden a la salvación, sin tener en cuenta la participación del hombre, como si se tratara de ritos mágicos.

Sin duda, el problema es demasiado gordo. Todos comentan esta nueva visión acerca de la situación de la Iglesia y la manera tan original de hacer frente a los nuevos desafíos que se le presentan. Un inmenso panorama se abre ante los ojos de todos. Algún seminarista se ve como espantado. Pensaba entrar en la Fraternidad en busca de un refugio seguro en medio de tanta confusión a nivel teológico y pastoral y de repente descubre que se fue a meter en el ojo del huracán. Uno de ellos, Onofre, toma la palabra:

- Disculpe, P. José. Una pregunta me está revoloteando en mi mente desde algún tiempo: “¿Es posible que solamente usted tenga la razón y todos los demás maestros del seminario estén equivocados en la manera de ver la situación de la Iglesia y sugerir el remedio a sus males? Lo que usted dice ¿no será fruto de pura imaginación?” Es algo que me tiene intrigado desde hace algún tiempo y no encuentro una respuesta satisfactoria.

Otro seminarista pregunta por qué se está esperando tanto tiempo antes de poner mano a la obra y pensar seriamente en una revisión general de todo nuestro sistema eclesiástico. Mi respuesta es muy sencilla:

- Mientras se trataba de abrir las puertas a las demás culturas no occidentales, el asunto no parecía tan

apremiante y trascendental que digamos. Fácilmente se podía procrastinar su solución, con el pretexto de que no era sensato poner en riesgo algo seguro, que estaba a la vista, por algo incierto, que afectaba a la periferia de la Iglesia. Cuando, al contrario, las aguas llegan hasta el cuello, poniendo en peligro el mismo centro de la cristiandad, entonces cualquier ofrecimiento de ayuda tiene probabilidad de ser tomado en consideración. Así que no pierdo la esperanza de que algo se va a lograr con esta propuesta – provocación. Estoy seguro de que poco a poco las aguas estancadas empezarán a moverse y algo nuevo pronto se gestará en la Iglesia.

- Por otro lado – concluye el P. Rodolfo - ¿quién nos puede impedir soñar en un futuro diferente para la Iglesia? ¿Quién nos podrá quitar la ilusión de añadir un nuevo capítulo al libro de los Hechos de los Apóstoles?

Conclusión

¿Qué te parece todo esto? ¿Pura utopía? Si queremos un cambio dentro de la Iglesia, primero tenemos que empezar a soñarlo. O nos quedamos con la rutina de siempre, asfixiándonos y quejándonos continuamente.

Es preciso empezar a buscar algún camino alternativo para enfrentar seriamente el problema de los ministros ordenados y el pastoreo en la Iglesia. En realidad, son insuficientes y no se ven tan satisfechos que digamos. Hay algo que no funciona. Posiblemente la vida en común podría dar un toque de alegría a su rostro, que se reflejara también en sus "Charlas de Sobremesa".

Que los pastores de la Iglesia se enfoquen más a lo propio, dejando a un lado preocupaciones y estilos de vida, que tienen poco que ver con los valores evangélicos y los auténticos intereses del Reino de Dios.

Estas charlas representan un intento más, un recurso literario diferente, por enfrentar los problemas, que hoy en día afectan a la Iglesia. No me extrañaría que no todos estuvieran de acuerdo con mis planteamientos. Como dice un refrán: "No somos moneditas de oro, para que todos nos quieran".

De todos modos, para algunos pueden representar un buen motivo de reflexión, en orden a una acción pastoral más realista y eficaz. Y con esto me siento satisfecho.

Chicago, Il, USA, 14-11-2006.

P. Flaviano Amatulli Valente, fmap.

Formación para Agentes de Pastoral

Confiar en los laicos

A veces encontramos a presbíteros muy cansados por la gran cantidad de trabajo que desarrollan, haciendo cosas que podrían hacer tranquilamente otras personas. ¿Por qué pasa esto? ¿Por la falta de imaginación creativa, por no confiar en los laicos o sencillamente por no perjudicar las arcas de la parroquia? Posiblemente hay un poco de todo.

A este respecto, mi lema es: «En lugar de trabajar por diez, pon diez a trabajar». Claro que primero hay que confiar en los laicos; después hay que prepararlos de una forma adecuada a su capacidad y a las necesidades concretas de las comunidades a las que van a prestar su servicio y por fin hay que acompañarlos.

No se trata de transmitirles una serie de conocimientos teóricos, aprendidos en el seminario, sino de tomarlos de la mano, así como son, y ayudarlos a crecer y madurar como discípulos de Cristo y servidores de la comunidad, dando a cada uno el alimento que necesita (Mt 24, 45). Teoría y práctica; conocimientos, experiencia y entrenamiento; constante acompañamiento.

Ejemplo bíblico

La experiencia de Moisés (Ex 18,13-27: institución de los jueces), Jesús (Lc 10,1-22: misión de los 72 discípulos) y los primeros cristianos (Hech 6, 1-6: institución

de los siete; 1Cor 12: dones espirituales) es muy significativa al respecto.

Para cada necesidad de la Iglesia, siempre Dios da la capacidad a alguien para hacerle frente. Depende de nosotros descubrir el don de Dios y darle viabilidad concreta. Por lo tanto, cuando hay ovejas abandonadas, las posibilidades son dos: o no hemos sabido discernir la voluntad de Dios o no hemos tenido el valor de ponerla en práctica, arriesgando de morir por asfixia por no decidimos a salir del paradigma, que nos tiene encerrados.

Variedad

Hay ministerios ya comprobados por la experiencia, como son por ejemplo los del rezandero, el celebrador de la Palabra o el catequista, y hay ministerios emergentes, como son los del misionero parroquial, el asesor para los distintos tipos de pastoral o el consejero espiritual. Pues bien, para todos tiene que haber un cuidado especial de parte del clero. No importa si hay normas al respecto o no. «Se hace camino al andar». Hay que aprender a inventar cosas. Lo importante es no dejar a la comunidad abandonada.

A continuación, presentamos un esquema de la preparación que estamos dando a los Apóstoles de la Palabra en su formación inicial. Es un intento de dar respuesta a la inquietud de preparar a nuestros agentes de pastoral y está a la disposición de todos. En esta línea se ha manifestado muy útil también el libro «Evangelizar, la más noble aventura» de nuestras ediciones.

CICLO DE MATERIAS

PRIMER MES:

Rezanderos y Lectores

- Encuentro de Oración con Biblia
- Encuentro de Oración con la Liturgia de las Horas
- Curso Bíblico para Niños
- Cantos y tonos de salmos
- Curso Elemental de Apologética
- Juegos Bíblicos
- Teatro
- Santo Rosario
- Como hablar en público
- Juegos de Mesa
- Hora Santa
- Celebración de Palabra
- Ordinario de la Santa Misa
- Retiro Espiritual
- Vía Crucis
- Novenario de Difuntos
- Visitas domiciliarias
- Convivencia

SEGUNDO MES:

Celebradores de la Palabra

- Curso Bíblico para Jóvenes
- Convivencia
- Misión (Entrenamiento)
- Retiro Espiritual
- Catequesis Presacramental:
Primera Comunión
- Dinámicas
- Apologética I
- Entrenamiento de Diálogos (Sociodramas)

TERCER MES:

Catequistas

- Catequesis Presacramental para la Confirmación
- Apologética II
- Misión (Entrenamiento)
- Retiro Espiritual
- Catequesis Presacramental para el Bautismo
- Espiritualidad
- Superación Personal

CUARTO MES:

Misioneros Parroquiales

- Curso de Capacitación en Apologética
- Curso de Capacitación en Biblia
- Entrenamiento en visitas domiciliarias/sociodramas
- Exámenes y encuestas
- Misión (Entrenamiento)
- Retiro Espiritual
- Periódico Mural
- Narración oral
- Teatro

Índice

Introducción a la I Edición.....	3
Introducción a la II Edición	5
No es bueno que el hombre esté solo	7
El Gran Destape	15
Café Teológico	21
Un Equipazo	28
Corazón Indiviso.....	34
El Diálogo	41
Pobres y sencillos, sí; mañosos, no	48
Diálogo Cultural	55
El hombre y las estructuras.....	62
La familia crece	69

Planeación pastoral	76
Las Cinco Banderas	84
El Anticlericalismo del P. Tacho	91
Comunidad Terapéutica.....	98
La Fuerza de la Utopía	106
La Quinta San Quintín	115
El Proselitismo Religioso	124
Y las masas católicas, ¿qué?	130
Hacia un Nuevo Modelo de Iglesia	136
Como en los comienzos	143
Conclusión	152
<i>Apéndice</i>	
Formación para Agentes de Pastoral.....	154

*Se terminó de imprimir 22 de febrero de 2008,
Fiesta de la Cátedra de San Pedro
- 2,000 ejemplares -*